

RESEÑAS

CÉSAR ALBORNOZ, PATRICIO BERNEDO, MARCOS FERNÁNDEZ, JORGE ITURRIAGA, HUGO PALMAROLA, OLAYA SANFUENTES, DAVIS VÁSQUEZ, ÁNGELA VERGARA. Coordinador: Claudio Rolle, 1973. *La vida cotidiana de un año crucial*, Planeta, Historia y Sociedad, Santiago de Chile, 2003, 354 págs.

El objetivo de este volumen colectivo es comprender un momento de la historia chilena que marca un hito en la conciencia individual y colectiva del país. Se trata de un momento y una fecha muy precisa, aquel 11 de septiembre de 1973, cuya memoria produce todavía demasiado dolor, heridas y divisiones y que por cierto hace difícil, a los historiadores, la búsqueda de perspectivas, formas y palabras adecuadas para acercarse al tema. A treinta años de distancia de los acontecimientos de ese periodo, en un atmósfera marcada por un impresionante rebrote de memorias y al mismo tiempo por un “casi vacío” historiográfico, los autores del volumen entran en el tema desde perspectivas inusuales, insinuándose en los “intersticios” de una complejidad que requiere ser explorada.

Una amplia y densa introducción de Claudio Rolle, y ocho ensayos de diferente amplitud y articulación, conforman el libro.

La introducción da el “tono”, teórico y metodológico y se presenta como un condensado de sugerencias. La referencia inicial a la novela histórica titulada *Noventa y tres* de Victor Hugo sobre la guerra civil, el terror y la muerte que caracterizaron a Francia de final del siglo XVIII, indica al lector el deseo de aproximarse a la comprensión del *Setenta y tres* chileno desde la perspectiva, en las palabras del coordinador, de “una historia no estridente ni llamativa”, que, apuntando a lo “sensitivo y cotidiano”, busca “rescatar, reasumir, las voces de hombres y mujeres activos a la sazón” (...) “los proyectos personales, los sueños y los gustos de los ciudadanos de a pie” (p. 11). Entonces no es el análisis de los grandes acontecimientos políticos y económicos que diseña la trama del libro, sino más bien la narración de los “filamentos más tenues y delgados de la vida mínima, del acto consuetudinario, de la insospechada contingencia” (p. 14). La intencionalidad del coordinador, en la construcción de la estrategia narrativa, apunta a dar vida a una temporalidad que, eligiendo un día como eje ordenador, se articula en un “antes” y un “después”, privilegiando un movimiento pendular que quiere evidenciar cómo la reconstrucción de las imágenes ambientales, de las vivencias, de las señales que constituyen la memoria del acontecer cotidiano durante la “larga víspera” del once, necesita distintas profundidades temporales que, a su vez, permiten evidenciar el trauma del “después” inmediato, y el significado que tiene, a treinta años de distancia, el recuerdo de lo que pasó. La memoria del pasado, rescatada para proyectar el futuro de Chile, da cuerpo a los “cuántos años tiene un día”. Y es justamente la obra teatral del Ictus que Claudio Rolle recuerda para dar al lector la

idea de la combinación de las múltiples percepciones del tiempo y de los distintos planos temporales de los ensayos.

Rolle nos advierte que el análisis del acontecer cotidiano y el juego de los distintos planos temporales producen una narración fragmentaria, de carácter conjetural, muy lejana de la coherencia y claridad con la cuales los historiadores aspiran a presentar el acontecer humano. Plantea con fuerza el asunto que es imposible dar cuenta de una etapa de la historia de Chile convulsionada, discontinua, riesgosa, llena de contrastes, dudas y titubeos en la interpretaciones, hechas por tantas personas anónimas que esperan todavía reconocimiento, con un planteamiento, una lógica y un lenguaje lineal, coherente y progresivo. Sobre todo cuando la historia, como disciplina, reivindica tareas urgentes que pasan “no solo por hacer justicia a los muertos, no solo para explicar el complejo actuar de nuestra sociedad, sino también por desmontar una versión del pasado llena de imposturas, en algunos casos, o de muchos silencios culpables en otro” (p. 15). Frente al desafío de producir “actos reparadores” que, según Rolle, los historiadores tienen que asumir, la búsqueda del sentido de los acontecimientos no puede que ser incierta, propositiva, humilde.

Las afirmaciones de Rolle revelan la influencia profunda que en su pensamiento tienen, entre muchos otros, los historiadores italianos como Adriano Proserpi, Giovanni de Luna y Nicola Gallerano, y la adopción de un recorrido cognitivo fundamentado en el “paradigma indiciario” de Carlo Ginzburg con todos los vaivenes y búsquedas circulares que tal paradigma implica.

De la experiencia de la Unidad Popular, alrededor de la cual se organiza la reflexión de los autores de los ensayos, y sobre todo de cómo a él le gustaría que se trabajaran las distintas perspectivas, Rolle nos ofrece una pincelada muy bien lograda utilizando, coherentemente con sus planteamientos teóricos y metodológicos, indicios generalmente descuidados por los historiadores. Para dar cuenta de los anhelos de cambio y del rasgo utópico de dicha experiencia, recuerda los carteles electorales de 1970; el eslogan utilizado entre 1970 y 1973 que visualiza en la infancia, en los niños, los destinatarios privilegiados de los esfuerzos de cambio. Y como en la retórica de la UP no podían faltar los trabajadores, nos recuerda también la efigie de un minero anónimo en los billetes de 500 escudos. La versión trilingüe de la *Guía Turística de Chile*, publicada a comienzos de 1973 por el Servicio de Relaciones Públicas y Publicidad de la Empresa de Ferrocarriles del Estado, es, por un lado, muestra evidente de la conciencia que muchos chilenos tenían de ser observados atentamente por la opinión pública mundial y, por el otro, expresa, en el contrapunto entre el contenido y la fotografía de portada (niñas “bien” del barrio alto, en minifalda y sombreros de estilo *hippies*), la compleja realidad sociocultural del país. Los dibujos de Renzo Pechchenino, la música de Víctor Jara, de los Quilapayún, de Isabel Parra, el noticiero de la Universidad Católica de Chile, la caricaturesca lucha entre *Tevito* –un dibujo animado canino, símbolo de TVN– y el *Angelito* –emblema infantil del canal 13 de la Universidad Católica–, constituyen para Rolle indicios, huellas que nos llevan a vislumbrar las tensiones y las contraposiciones extremas de esos años.

En el ensayo que sigue a la introducción, cuyo título es *El Reportaje a Chile*, Angela Vergara analiza los acontecimientos del golpe militar desde el punto de vista de la opinión pública extranjera. El propósito es discutir cómo la prensa norteamericana, inglesa y francesa entendieron, debatieron y explicaron el golpe de Estado en el lapso que va desde el 12 de septiembre hasta final de diciembre de 1973. A través de un análisis minucioso de diarios y revistas con posturas políticas distintas como *The New York Times*, *Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Le Monde*, *The Guardian*, *The Times*, el *Christian Science Monitor*, *Newsweek*, *Le Monde Diplomatique*, *The Nation*, *The Progressive*, *The Wall Street Journal*, *The Miami Herald*, explora sea el impacto que tuvo el golpe militar en el mundo, sea la imagen cotidiana de Chile que se fue moldeando en el exterior. La autora quiere también entender por qué, hasta el día de hoy, el golpe de Estado en Chile tiene un lugar privilegiado en la memoria de muchos extranjeros. De hecho, con el gobierno de Unidad Popular la historia de Chile salió de sus fronteras nacionales y volvió a pertenecer a una entera generación mundial que soñaba con la realización del socialismo por vía parlamentaria y pacífica. Por este mismo motivo el golpe representó el término abrupto de una esperanza compartida a nivel internacional. A pesar que las miradas de la opinión de la prensa fueran distintas y sobre algunos aspectos contrapuestas, que las explicaciones del golpe reflejaban dichas miradas, Vergara nota que la tarea de los periodistas extranjeros fue esencial. Afirma que “mientras en Chile se suprimían violentamente los derechos humanos, la prensa internacional se convirtió en la voz de los sin voz. Lo que no se podía decir en Chile, se publicaba en las páginas de *Le Monde* en París, de *The Guardian* en Manchester o del *Washington Post* en la capital norteamericana. De esta forma, la prensa pasó a ser un actor importante en una campaña internacional de denuncia... Hacia 1974, el Chile de Pinochet había perdido la batalla en el exterior”.

Es interesante notar la forma elegida para entrar en el tema del golpe militar: desde el punto de vista de los extranjeros, dejando que “otros” expresen sus interpretaciones sobre la Unidad Popular y el golpe; sobre la intervención de Estados Unidos y la condena internacional. Una estrategia de aproximación al tema indirecta casi para subrayar una “toma de distancia” de la autora frente al drama. Una elección narrativa bien lograda, eficaz y esencial.

También con el segundo ensayo nos quedamos en el tema de la prensa, esta vez chilena. Su autor, Patricio Bernedo, desde la misma formulación del título *La prensa escrita durante la Unidad Popular y la destrucción del régimen democrático*, plantea claramente su interpretación acerca de la responsabilidad que los medios de comunicación, o por lo menos la prensa, tuvieron en el quiebre de la democracia. Los diarios analizados son: *El Mercurio* de Santiago, *Las Últimas Noticias*, *La Segunda*, *La Tercera*, *Clarín*, *La Prensa*, *El Siglo*, *Noticias de Última Hora* y, finalmente, *La Nación*, de propiedad estatal. En la primer parte del ensayo el autor los clasifica según la propiedad y la pertenencia a un bloque político, el nivel de difusión en términos de número de ejemplares diarios en circulación y los encasilla en las dos categorías de prensa “seria” y “popular”. Luego define el marco teórico aclarando en qué términos va a aplicar a la prensa escrita las categorías elaboradas por Linz-Stepan y Arturo Valenzuela que reparten los actores polí-

ticos del trienio 1970-1973 en tres bandos (leales, semileales y desleales con la democracia) y cómo extiende la categoría “prensa de combate”, elaborada por Patricio Dooner, también a la así dicha “prensa seria”. Finalmente reconstruye y restituye a la memoria, a través de un análisis minucioso que abarca los tres años de gobierno de la Unidad Popular, el rol jugado por los diarios y revistas en el proceso progresivo de deslegitimación del sistema democrático como mecanismo de resolución de conflictos. Según Bernedo, en este proceso se pueden visualizar cuatro etapas. Se comienza con el uso de “un lenguaje escatológico, soez y difamatorio, en especial a través de la descalificación personal; un lenguaje destinado a ridiculizar y destruir moralmente al adversario político” (p. 70). A ese propósito, recuerda la vulgaridad con la cual el *Clarín* atacó, en los días anteriores y posteriores a la elección del 4 de septiembre de 1970, al candidato Jorge Alessandri. Después se pasa a difundir informaciones falsas, de carácter propagandístico que llevan a una progresiva desconfianza hacia el sistema de representación pública y, en la tercera etapa, se suma la amenaza del uso de la violencia directa descrita con un vocabulario de guerra civil. Finalmente, en la cuarta etapa, con la descalificación no ya de las personas sino de las instituciones básicas de la democracia, se plantean y proponen soluciones abiertamente fuera del orden jurídico democrático.

Para subrayar con mayor fuerza su planteamiento, Bernedo concluye su análisis citando uno de los juicios de la “Comisión de Verdad y Reconciliación” establecida en 1990 para investigar las violaciones a los derechos humanos bajo el régimen militar: “Finalmente, no puede olvidarse —en la descripción de la fase última de la crisis 1970-1973— el papel jugado por los medios de comunicación. No en todos ellos, pero sí en algunos, especialmente escritos, de vasta difusión —y de ambos bandos—, la destucción de la persona moral de los adversarios alcanzó límites increíbles, y se recurrió para ello a todas las armas. Presentada así en ambos extremos, la figura del enemigo político como despreciable, su aniquilamiento físico parecía justiciero, si no necesario, y no pocas veces se llamó a él abiertamente” (p. 95).

En el tercer ensayo, *Nuestra forma de alienación es simultáneamente nuestra única forma de expresión*, el autor, Marco Fernández Labbé, analiza la política cultural del gobierno de Unidad Popular, el debate cultural y el compromiso político en la intelectualidad de izquierda. En el programa de gobierno, dedicado al área de la cultura y el trabajo intelectual, se planteaban, como tareas principales, la activa participación de las grandes mayorías de la población en la creación y discusión de lo que debería de ser, para el porvenir socialista, una cultura nacional y popular, así como su incorporación al disfrute pleno de la producción artística y cultural. Para poder realizar este objetivo, se llamaba a los intelectuales y a todos trabajadores de la cultura a colaborar para realizar un cambio estructural coherente con los valores expresados por el gobierno socialista en los contenidos y en los modos de producción artística. El autor analiza las evaluaciones, revisiones, redefiniciones tácticas y presiones estratégicas a las cuales todas y cada una de las partes del programa fueron sometidas a lo largo del trienio 1970-1973. De hecho y refiriéndose al análisis de Hernán Valdés, nos cuenta que, a final de 1971, en el mismo espacio político cultural que representaba la izquierda, tres proyectos culturales

apuntaban a poner en práctica el programa de la UP: el proyecto “revolucionarista”, el “burocrático” y el proyecto formulado públicamente por el Partido Comunista. Nos introduce también en la complejidad del debate que se desarrolla al interior de la intelectualidad de izquierda en torno a las tareas mismas del trabajo militante del intelectual y de su papel en la construcción de una nueva conciencia nacional. Las tareas de los intelectuales y artistas entonces, incorporados “a la batalla de la producción, asimilando acero y cobre a libros y partiduras, se referían tanto a la participación en talleres de creación artística y al rol de monitor-maestro de agrupaciones de trabajadores y pobladores con intereses creativos, como en el campo... de la formación ideológica” (p. 120). Fernández concluye su narración de lo que fue un intenso debate cultural con un epílogo que lleva un recuerdo doloroso: la quema de libros y publicaciones de izquierda y su obra artística y cultural, a la cual los militares, desde sus primeros días de poder, se dedicaron de forma sistemática.

David Vásquez, en *Los espejos suspendidos*, elige concentrarse en un espacio temporal más ajustado: el año 1973, o sea, la víspera del 11 de septiembre. La intención es, en sus palabras, “evocar y recorrer sin una lógica predeterminedada, algunos episodios... de la vida corriente de la ciudad y del celuloide que dio cuenta de ella y de algunos capítulos –frágiles, y efímeros, muchos en blanco y negro– de nuestra historia reciente” (p. 137). Pero la intencionalidad más profunda Vásquez la revela en las páginas finales de su trabajo: es la búsqueda de una identidad, individual y colectiva, que se construye mirando hacia atrás, en los hechos y procesos de un “nosotros pretérito ...que se refleja en nuestras creaciones colectivas” (p. 159). Para él, las películas hablan de su tiempo y de todos los tiempos y, en cierto sentido, obligan, a quienes las miran, en un juego de espejos en que se reflejan identidad, mitos, lecturas de la realidad, comentarios sociales, relatos mínimos, recuerdos personales y contribuyen así a construir memorias y sentidos. Con gran habilidad abre y cierra su reflexión con la referencia a la película *Palo-mita Blanca*, de Raúl Ruiz, inspirada en la novela de Enrique Lafourcade. Para el autor, esta película es la metáfora a la cual recurre para establecer lazos entre los años setenta y la actualidad. Entremedio, analiza los filmes que se ven en los cines de Santiago y los que se programan en los canales de televisión; reconstruyendo los debates políticos, a veces tórridos, que se dan en los diarios alrededor de estas programaciones, de lo que se ve y de lo que no llega del extranjero.

Si Vásquez nos lleva a la memoria visiones, César Albornoz nos habla de los sonidos de la época, y la lectura del volumen intensifica la activación de recuerdos sensoriales produciendo emociones profundas. El autor abre el artículo *Los sonidos del golpe* con la evocación de las últimas palabras del último discurso de Salvador Allende, las que se refieren a “las grandes alamedas por donde pase el hombre libre”, símbolo sonoro de una cesura traumática en la historia del país. Discos y cintas de grabación son las fuentes privilegiadas que permiten a Albornoz reconstruir los estrados sonoros y devolvernos un pedazo de la realidad que generalmente los historiadores omiten. Pero, para entender los sonidos, la dimensión temporal de aquel año se dilata y comienza con los años de fines de la década del 60 y comienzo de la del 70 cuando el canto comprometido alcanza su mayor expresión. La Nueva Canción Chilena con su denuncia social y rescate de la tradición latinoame-

ricana, las voces de Violeta Parra, Atahualpa Yupanqui, Carlos Puebla y después Patricio Manns, Quilapayún, Isabel y Angel Parra hacen de contrapunto a movimientos como La Nueva Ola, de clara orientación comercial y juvenil; el Neofolclore, con sus juegos vocales y onomatopeyas, y también a los Huasos Quincheros o al dúo Los Perlas. Participa, en el entretejido de sonidos que caracterizan 1973, también la música extranjera: el rock de los Led Zeppelin, los Pink Floyd y los Rolling Stones; la música del Festival de San Remo y una multiplicidad de ritmos bailables y melodiosas canciones de lo más variados orígenes. Con finura, el autor da cuenta de la esfera sonora cotidiana de los chilenos y, finalizando su reflexión, también del ruido, espantoso, del ataque aéreo sobre La Moneda aquel 11 de septiembre; de los gritos de festejo de quienes celebran el golpe militar, de los bombardeos y ataques terrestres que se suceden en fábricas, poblaciones y recintos universitarios. El asesinato de Víctor Jara da el paso a un silencio que se llena de terror y muerte.

La tensión emotiva del artículo de César Albornoz se diluye con la lectura de lo de Olaya Sanfuentes, *Tiempos de traje, aires de moda*, y por cierto no por el motivo que el tema de la moda, siendo considerado frívolo, tiene una cierta livianidad. La autora ya desde el comienzo aclara con determinación sus planteamientos. Considera la moda como un fenómeno que se relaciona con las expresiones culturales y que refleja “las condiciones geográficas, las estructuras sociales, las diferencias de género, el sexo y la edad, la política, los medios de difusión, la economía, la estética y la moral” (p. 201). Por eso es una fuente riquísima para detectar las transformaciones socioculturales de una determinada sociedad y las dinámicas que caracterizan la historia de un país. Y, de forma coherente con su plantamiento, Olaya pasa a decodificar la moda y el traje en Chile en los años setenta. Un primer ejemplo de la posibilidad de visualizar el conflicto social que anima esos años a través del traje, lo ofrece cuando describe, por un lado, jóvenes vestidos enteramente de blanco que portan brazaletes con un particular icono, o sea, una araña de estilo “rúnico”, evocadora de la vieja esvástica y, por el otro, jóvenes barbudos que emulan al ya mítico Che Guevara, uniformados con *jeans*. Se los puede casi ver. Ambos bandos se insultan con vehemencia y se enfrentan cuerpo a cuerpo.

Sanfuentes nos recuerda que también la juventud chilena participa de la gran transformación cultural de los años sesenta, que se refleja en la moda y que muestra millones de jóvenes de todo el mundo uniformados con camisas folclóricas y *jeans*. El código de la moda juvenil mundial quiere comunicar rebeldía, deseo de romper, al menos visualmente, con las diferencias sociales y afirmar la igualdad de condiciones entre los sexos. “La apariencia deja de ser un signo estético de distinción suprema, para convertirse en un símbolo que designa una franja de edad, unos valores existenciales, un estilo de vida, una forma de contestación social” (p. 207).

A comienzo de los años setenta, si bien las clases alta y media acomodadas de Chile siguen la moda imperante en Estados Unidos y Europa, y para las mujeres pantalones y minifaldas son prenda clave, un fenómeno interesante comienza a ocurrir. Entre algunos diseñadores nacionales se da una corriente de recuperación de elementos autóctonos y folclóricos chilenos. El modisto Mario Correa lidera esa corriente de diferenciación de las modas internacionales. La autora nos recuerda el

movimiento de defensa y recuperación del diseño textil chileno organizado por la empresa textil Yarur (intervenida por el Estado) y la exposición parisina de la diseñadora Nelly Alarcón, de una colección de vestidos cholotes. Esa tendencia coincide con todo un ambiente general de conocer lo propio y valorar las raíces, y Sanfuentes establece, con sutileza, el nexo entre las dinámicas que caracterizan la moda y los discursos latinoamericanistas del gobierno, la difusión de la galería artesanal Cema Chile, el Plan Nacional de Artesanía y la música de grupos tan disímiles como Quilapayún y Los Huasos Quincheros.

Esta moda perdura en forma residual hasta fines de los años setenta y luego se identifica con el estilo artesanal de los años ochenta, mientras que la política económica, “abierta y competitiva” del régimen militar, permite la importación de una gran variedad de productos desde el extranjero. Las tendencias en boga en Europa y Estados Unidos vuelven a prevalecer; “vitriñar” es obligación hasta que, con la crisis económica de los primeros años ochenta, también todo esto se detiene. Obviamente y como siempre, nos recuerda Sanfuentes, un importante grupo de la población chilena puede solamente vestirse quedando afuera de cualquiera búsqueda de identidad a través de la prenda.

El artículo de Hugo Palmarola Sagredo, *Productos y Socialismo: Diseño Industrial Estatal en Chile*, nos obliga a abandonar las perspectivas analíticas hasta ahora descritas, para acercarnos a entender otro tema de investigación historiográfica, casi nada explorado, por lo menos en Chile. A través de un análisis muy minucioso y sistemático (el artículo consta de casi 70 páginas), el autor reconstruye la investigación para nuevas tipologías de diseño industrial que se desarrolla durante el gobierno de la Unidad Popular en el marco del proceso más amplio de cambio y racionalización del sector productivo. El replanteamiento del diseño, fabricación y uso de diversos artículos cotidianos como vajillas, muebles, electrodomésticos y vehículos que, como observa el autor, son productos que mantienen una estrecha interacción con nuestro cuerpo, “supone siempre una preocupación previa por el modo de coordinar las conductas en el lenguaje y, en especial, cómo estas conductas se harán disponibles mediante el uso del producto al interior de un sistema cultural” (p. 226). Las políticas estatales de diseño de productos destinados a la solución de problemas sociales masivos y del sector público, son casi tan inéditas como el mismo experimento político que las sustentan. Siendo el diseño industrial una actividad escasamente desarrollada en el país hasta el momento, resulta importante recurrir a proyectistas extranjeros especializados en la disciplina. Palmarola analiza entonces el rol determinante jugado por Gui Bonsiepe, proyectista alemán que lidera en Chile el proceso y participa en la formalización de un programa estatal de diseño que se concreta en 1971 con la creación del “Grupo de diseño industrial” dentro del Instituto de Investigaciones Tecnológicas de Chile, ITEC, de Corfo.

Al igual de lo que ocurre en otras áreas, la dictadura se encarga de borrar las huellas de esta iniciativa. La escasa información disponible y el inevitable juicio político sobre los acontecimientos del periodo generan con el tiempo un confuso recuerdo que favorece la construcción de un mito, en especial al interior de la disciplina, mito que Palmarola se encarga de evaluar.

El artículo de Jorge Iturriaga, *Proletas, Limpios, Cobardes y Burgueses. El Fútbol en 1973*, cierra el volumen. Consciente de que la visión más difundida del fútbol es aquella que lo ve como un “recreo”, una “isla” en el cotidiano de la vida, un paréntesis, un “algo” que no produce nada afuera de la cancha y que, sobre todo, es “neutral” frente a los acontecimientos políticos y entonces insignificante para la reflexión historiográfica, el autor dedica las casi ochos páginas iniciales a demostrar la complejidad, la riqueza y el poder de esta actividad y su relación dialéctica con la sociedad al interior de la cual se desarrolla. Empieza con decir, citando a Osvaldo Bayer, que el fútbol “es un juego capitalista porque requiere rendimiento, hay un afán de ganar y ser superior, y a la vez es un juego socialista porque necesita el esfuerzo de todo el equipo, de la ayuda mutua para obtener el triunfo” (p. 298). El fútbol como imán, como instrumento del imperialismo, como escuela y conciencia, como elemento constructor de la unidad nacional son algunas de las diferentes miradas y aproximaciones al deporte en cuestión que Iturriaga analiza. Hace referencia también a la cantidad de metáforas que el fútbol y el deporte ofrecen a la política y a los políticos. Nos recuerda, por ejemplo, que a Salvador Allende le gustaba recordar su pasado de deportista y cómo, con mucha ironía, remarcaba cuanto “malo era para el salto alto... y que por eso le costó tanto llegar a La Moneda” (p. 302). Y desde una perspectiva que otorga al deporte una alta significación social, Iturriaga reconstruye la trayectoria del fútbol profesional en Chile, la transformaciones de los clubes en equipos, los procesos de modernización en sus aspectos organizacionales. Finalmente analiza los varios hitos que en los años de la Unidad Popular marcan al deporte, especialmente su internacionalización y los partidos y campeonatos de 1973, cuya descripción es minuciosa. Lamenta también la “ausencia de voz” de los futbolistas en la política y nos recuerda una nota, algo triste, del entrenador de Lota Schwager, Dante Pesce: “No puedo entender que el jugador sea de una raza especial y que no tenga conciencia de clase ni sensibilidad frente a la realidad... Los jugadores saben que el fútbol es para niños necesitados, para los niños proleta y que no puede ser que, por el solo mandato del dinero, el jugador-extracción-pobre se transforme en el jugador-burgués-cómodo. Aquel de la entrevista sosa y de las actitudes blandas” (p. 317).

Todos los artículos aquí presentados son extremadamente interesantes. Cada uno de ellos nos abre perspectivas nuevas de reflexión, sea respecto al periodo al cual se refieren, sea respecto al tema abordado. Sin embargo, el conjunto no responde plenamente a las intenciones planteadas por Claudio Rolle en su introducción. Se vislumbran, en el grupo de los autores, diferentes sensibilidades e inquietudes historiográficas, algunas de las cuales se perciben como ajenas a las del coordinador. Además, la distinta amplitud de los artículos obstaculizan una percepción armónica del volumen. Pero, a pesar de estos pequeños detalles, la obra es por cierto muy sugerente y constituye un estudio de gran envergadura para entender un pasado aún presente en la conciencia de los chilenos.

MARÍA ROSARIA STABILI

PEDRO ÁLVAREZ CASELLI, *Historia del Diseño Gráfico en Chile*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Escuela de Diseño, Santiago, 2004, 188 páginas, y EDUARDO CASTILLO ESPINOZA, *Cartel Chileno, 1963-1973*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Escuela de Diseño, Santiago, 2004, 112 págs.

Los libros de Pedro Álvarez y Eduardo Castillo tienen el doble mérito de contribuir al conocimiento de una historia poco tratada, y de hacerlo en ediciones que incluyen excelentes reproducciones de material gráfico.

Historia del Diseño Gráfico en Chile se refiere al avance de tal actividad en el país, desde sus inicios hasta las creaciones gráficas más recientes. Su autor, como él mismo lo señala, cubre tres áreas de investigación: el diseño editorial, la imagen corporativa y la gráfica publicitaria. El texto avanza cronológicamente para ir presentando los hitos más significativos de la evolución de la gráfica chilena, de manera de permitir al lector conocer y reconocer los formatos de diversos diarios y revistas, boletos de locomoción colectiva, logotipos comerciales, afiches artísticos, anuncios publicitarios. Si bien se va organizando el texto por temas, la lectura cronológica es la predominante, lo que hace que a veces se vuelva una y otra vez a ciertos tópicos, obligando al lector a estar bien atento.

En los cinco primeros capítulos, Álvarez revisa los comienzos de la actividad gráfica en el país con la llegada de las primeras imprentas, que dieron origen a los “incunables” chilenos. Las publicaciones de esos tiempos acusaban las limitaciones que imponía la escasez de medios técnicos en el sentido de que difícilmente se podía “diseñar”. Ejemplo de ello es la viñeta que acompañaba a la portada de los primeros números de *El Mercurio* de Valparaíso y que correspondía, cosa insólita, al escudo de armas de los Estados Unidos. El autor señala que hasta la década de 1830, los textos impresos en el país empleaban bloques de columnas con caracteres con terminales (*serif*) que apenas iban acompañados de alguna viñeta. A partir de entonces, la gráfica chilena recibió un impulso, debido en gran parte a la llegada de artistas, tipógrafos e impresores extranjeros, especialmente franceses y españoles. Asimismo, la incorporación de la fotografía a los medios impresos en la década de 1860 y el fuerte desarrollo urbano y económico que experimentó el país en las últimas décadas del siglo XIX, se vieron reflejados en una mayor demanda de piezas impresas, lo que rápidamente se tradujo en la multiplicación de diarios, revistas, afiches y otros materiales gráficos. Para una correcta observación de las distintas piezas de diseño que aparecen en el libro, su autor no olvida destacar la importancia de algunos dibujantes, como tampoco de insertar su análisis en relación con la influencia ejercida por distintas corrientes artísticas o hecho, culturales. En la elaboración de carteles artísticos y comerciales, así como en la ilustración de diversas publicaciones periódicas, como la prensa satírica de la época, destaca la labor de dibujantes tales como Antonio Smith o Benito Basterrica. Por otra parte, afirma que la influencia extranjera, especialmente europea, se hizo sentir en la creación gráfica nacional: con el Romanticismo primero, y el Neoclasicismo francés más tarde.

En los cuatro últimos capítulos, el autor se refiere al desarrollo de la enseñanza artística y gráfica en el país, a los inicios del arte utilitario, como el “arte de la propaganda”, a la influencia norteamericana en el desarrollo del mercado gráfico

para terminar con las tendencias de las últimas décadas del siglo XX. Alvarez no deja de mencionar las dificultades que tuvo el arte “utilitario” para levantar su vuelo, debido en gran parte a que los egresados de la Escuela de Artes Aplicadas eran reticentes a considerarse “diseñadores” pues aspiraban a ser legitimados como artistas. A pesar de ello, algunos ilustradores y artistas gráficos chilenos y extranjeros, como es el caso del polaco Mauricio Amster, supieron abordar su trabajo eludiendo cualquier pretensión artística. Iniciativas personales como la de Amster, sumada al protagonismo adquirido luego de la Segunda Guerra Mundial por los dibujantes publicitarios fueron, según el autor, algunos de los factores que contribuyeron a distinguir el ámbito artístico del mundo del diseño gráfico. Dicha separación de aguas se vio pronto expresada en el ámbito académico, con la creación de un Taller de Diseño en la Escuela de Arte de la Universidad Católica. Fue así como a partir de la década de 1960, el diseño gráfico nacional experimentó un interesante despegue caracterizado por la búsqueda de nuevas técnicas, así como por el desarrollo de tendencias o estilos diferentes.

A pesar de que el tratamiento del tema de la gráfica para las últimas décadas del siglo XX bien podía resultar algo caótico, en parte por los enormes volúmenes de producción, pero también por la escasa perspectiva que se le ofrece al observador que está inmerso en el objeto observado, Pedro Alvarez logra dar con los hitos suficientes como para otorgar al lector una mirada general sobre el tema. Señala, por ejemplo, que en la segunda mitad de la década de 1970 era evidente la separación de los diseñadores gráficos del país en dos polos opuestos: los que se dedicaron al ámbito académico, y aquellos que optaron por formar sus propios estudios para prestar asesorías a las empresas. La publicidad de marcas y productos, en la medida en que Chile se reactivaba económicamente, generó nuevos desafíos a los diseñadores nacionales. A ello se sumó el impacto que provocó la creciente masificación de la televisión, que fue requiriendo de la elaboración de animación gráfica con fines comerciales o informativos. Junto con la creciente profesionalización de la actividad gráfica en el país hacia fines de la década de 1970, se fueron abandonando los elementos regionales o de la cultura popular que habían destacado hasta entonces. Durante el régimen militar, asegura el autor, el diseño gráfico chileno estuvo marcado por un excesivo rigor geométrico, cuestión que luego se fue abandonando para volver al trazo manual que había imperado a comienzos de los setenta.

El libro de *Cartel Chileno 1963-1973* es quizá menos ambicioso que el anterior, por tratarse de un estudio mucho más acotado, pero no por ello menos interesante. Al no incluir un índice, el lector no sabe bien con qué se está enfrentando. Se trata de una compilación de alrededor de noventa carteles organizados en tres grupos (político, social y cultural) que van precedidos de tres textos: “Cartel chileno 1963-1973. Un tiempo en la pared” de Eduardo Castillo Espinoza; “Waldo González y los carteles para la Polla Chilena de Beneficencia” de Mauricio Vico Sánchez y “La visualidad urbana en el Chile de la Unidad Popular” de Patricio Rodríguez-Plaza. A pesar de la coincidencia numérica, los textos no tienen relación con la compilación posterior.

Eduardo Castillo hace una síntesis de los principales momentos en la historia del cartel chileno entre los años 1963 y 1973, centrándose fundamentalmente en la labor realizada por la oficina de los hermanos Larrea. Como antecedentes del desarrollo

del cartel nacional menciona la labor de los pintores de letreros, la determinación de dividir la Escuela de Bellas Artes en dos secciones: una de arte puro y la otra de arte aplicado a la industria, la llegada de “grafistas” extranjeros tras la Segunda Guerra Mundial quienes, a diferencia de la mayor parte de los artistas gráficos nacionales, se habían despojado de cualquier pretensión artística, además de los vínculos establecidos entre el diseño y la gráfica popular. Concluye que el cartel de dicho periodo pareciera no haber logrado desarrollar un lenguaje lo suficientemente definido como para ser considerado una “escuela” o una “tradición”.

Por su parte, Mauricio Vico se refiere a la trayectoria de Waldo González Hervé, primer licenciado en artes plásticas con mención en cartel y propaganda de la Universidad de Chile. El autor destaca que González se abocó al rescate de tradiciones locales, al compromiso con el entorno social y a la vinculación del cartel con la cultura popular, lo que ciertamente se ve reflejado en sus conocidos carteles para la Polla Chilena de Beneficencia, en los que no solo experimentó con diversos colores y materiales, sino que convirtió en un medio educativo para la sociedad.

Por último, Patricio Rodríguez-Plaza destaca el desarrollo del cartel entre los años 1970 y 1973 especialmente como producto de la fuerza creativa del “anonimato”, de una mayoría que usa ciertos espacios urbanos para conectarse con la vida diaria de una colectividad. Señala que las imágenes presentes en los carteles de entonces, respondían al ideario de un Estado benefactor, al socialcristianismo, a un marxismo popularizado y a las posibilidades de participación ciudadana.

En síntesis, *Cartel Chileno 1963-1973* resulta un aporte al conocimiento de la gráfica chilena al incluir la reproducción de una importante colección de carteles que hablan por sí solos. *La Historia del Diseño Gráfico en Chile* es, por su parte, un trabajo ambicioso, bien documentado y que permite conocer una historia bastante ignorada. Además de ser una excelente síntesis de la evolución de la gráfica nacional, su autor no se restringe a un lenguaje puramente formal, sino que también busca explicar ciertas tendencias desde una perspectiva más amplia.

JACQUELINE DUSSAILLANT CHRISTIE

RUDOLPH AMANDUS PHILIPPI, *El orden prodigioso del mundo natural*. Pehuén Editores-Universidad Austral de Chile. Santiago, 2003, 152 páginas; ALEXANDER VON HUMBOLDT, *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802)*. Editorial Universitaria, Santiago, 2004, 288 páginas, y ALEXANDER VON HUMBOLDT, *Cuadernos de la naturaleza*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2003, 432 págs.

Abordamos en esta reseña tres obras recientemente aparecidas en que los protagonistas de las mismas son dos naturalistas del siglo XIX. A través de ellas no solo apreciamos la importancia de la puesta en valor del patrimonio cultural, el interés que despiertan en Chile los textos de viajeros o el creciente desarrollo de la historia de la ciencia, en especial, la ampliación de las categorías con que los estudiosos abordan la comprensión del pasado americano.

En *El orden prodigioso del mundo natural*, se reúnen trabajos del Rodolfo Amando Philippi, rescatados por un equipo de investigadoras de la Universidad Austral de Valdivia liderados por la antropóloga Leonor Adán, e integrado por las historiadoras Ulrike Steenbuck y Andrea Larroucau, y la conservadora-restauradora Susana Muñoz Le Breton. En el texto, junto a los documentos que se ofrecen, algunos por primera vez, encontramos monografías relativas a la vida y obra del naturalista alemán llegado a Chile en 1851, sobre su aporte a la zoología y su papel en el desarrollo de la botánica chilena, una valoración del saber del científico y, finalmente, una explicación del acervo documental de este explorador, investigador y dibujante que conserva la Dirección de Museología de la casa de estudios valdiviana.

La publicación muestra la variedad de temas que ocuparon la atención de Philippi, transformándose en un buen ejemplo de las nuevas oportunidades que animan el trabajo historiográfico, gracias a las cuales problemas tan antiguos como los de la expansión nacional decimonónica, ahora cuentan también con fuentes para ser abordados desde el ángulo del papel del conocimiento científico en dicho proceso.

Ahondando en el contenido de los originales de este naturalista y viajero incansable, encontramos trabajos que tratan asuntos tan concretos como la identificación de especies naturales, hasta otros más abstractos relacionados con sus ideas políticas; pasando por sus descripciones de paisajes, tipos humanos, costumbres, usos sociales y mentalidades de la sociedad en que se desarrolló. También es posible captar la evolución de su propia situación y mirada, en el sentido que en sus primeros escritos se aprecia todavía al extranjero recién llegado, al inmigrante que añora su tierra natal, cuyo trabajo aparece teñido de una mirada emotiva; mientras que a medida que pasa el tiempo, comienzan a desaparecer tales evocaciones y a dominar la visión racionalista y crítica del científico dotado de un agudo sentido de observación, capaz no solo de apreciar la variedad y riqueza del paisaje natural objeto de su preocupación, también las profundidades del carácter del pueblo con el cual convive. Un buen ejemplo de lo que afirmamos se encuentra en algunas de las láminas de Philippi que se seleccionaron para esta edición, en la que la representación de Chile y “lo chileno” aparece claramente. Pero también en sus relatos cuando, por ejemplo, en medio de una excursión, y fatigados por la jornada, cuenta que en la casa del dueño del potrero había pocas mujeres, “así pues nosotros mismos ataviamos nuestras camas”; o cuando grafica el peso de lo formal en Chile a propósito de aquel pastor que, queriendo contraer matrimonio, pero sin tiempo para asistir a la misión a aprender las obligaciones de los esposos, acordó con el piadoso padre enviar a un criado en su lugar.

También en relación con las fuentes reproducidas, el texto resulta muy estimulante. Ellas son abundantes y variadas, demostrando su potencialidad para el estudio de temas como el papel de la geografía en la construcción de la identidad nacional, la relación entre ambiente natural y desenvolvimiento económico, la participación desde Chile en redes científicas internacionales, como la correspondencia de Philippi lo demuestra y, fundamental para quien sea capaz de hacer las preguntas adecuadas, las posibilidades de una historia interdisciplinaria, no solo con otras disciplinas de las ciencias sociales, en especial con las ciencias físicas y naturales.

Las monografías que acompañan esta edición de documentos resultan pertinentes pues no solo sitúan la personalidad del naturalista en el contexto histórico, valorando su contribución al conocimiento científico de su época, sino que también permiten apreciar el valor que hombres como él atribuían a su trabajo en relación con el papel del conocimiento en la ampliación de la libertad y el cultivo de la personalidad. Por último, libros como este muestran una vez más la necesidad de investigar las colecciones patrimoniales existentes en los diversos acervos que se encuentran a lo largo del país. Solo así estas cobrarán significado, se mantendrán vivas y contribuirán al desarrollo de nuestro conocimiento. Haciendo posible descubrir, entre otros aspectos, lo que Philippi captó en su tiempo, esto es, que no hay “nada más sublime que el estudio de la naturaleza”.

Esta máxima también se aprecia en la antología preparada por David Yudilevich L., en la que el investigador de las universidades de Chile y de Londres reúne los escritos de Humboldt relacionados con su viaje por América del Sur. El editor aprovecha pasajes de *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, de los *Cuadros de la naturaleza* y de los diarios del barón alemán, para “reconstruir” el viaje del naturalista por el “camino del inca” entre 1801 y 1802, en un recorrido de cerca de 2.000 kilómetros que lo llevó, junto a Aimé Bonpland, desde Pasto a Lima.

Acompañados de textos del editor en el que se informa sobre la trayectoria del naturalista y se ilustra sobre su obra científica, los escritos seleccionados muestran claramente la aventura científica que significó el conocimiento de la naturaleza americana, uno de cuyos protagonistas absolutos, en especial por la repercusión de su obra, resulta ser Humboldt. Buscando “tomar el pulso del cielo y la tierra”, identificar las principales características del nuevo mundo, “investigar en él la interacción conjunta de todas las fuerzas de la naturaleza”, fue que el sabio realizó sustantivos aportes al conocimiento de la geografía y botánica americana, así como a las ciencias en general al determinar, entre otros fenómenos, la relación existente entre altitud, temperatura y vegetación.

Humboldt describe especies animales, como el cóndor, y vegetales como la quina, pero también paisajes y elementos propios de la cordillera de los Andes, como volcanes, valles, quebradas, cimas, gargantas, precipicios y cascadas. Ahí están sus reflexiones sobre la planta que más vida había salvado en la historia de la humanidad, la quina. La que servía para combatir el paludismo, las fiebres tercianas y la malaria, y que gracias al legado indígena había sido apreciada por los europeos. Su valoración de la naturaleza andina no tiene límites: “el panorama maravilloso que solo pueden brindar los Andes” escribe. “En una cordillera tan enorme todo es proporcional, la forma, las masas, tamaño de los contornos, profundidad de los valles, cantidad de agua, altura de las caídas, su sonido tronante; todo es más grande y majestuoso que en los Alpes suizos, en los Pirineos, en los Cárpatos, los Apeninos y otras montañas que he visto”. No escatima adjetivos para referirse a la realidad que se le presenta. Imponente, calmo, majestuoso son los que utiliza en su descripción del Chimborazo visto desde la meseta de Tapia.

Junto a las descripciones, están las reflexiones del explorador, fruto de una mirada de la realidad que, por venir de quien viene, normalmente está sometida a

la comparación con lo europeo, aunque no por eso deja de captar la idiosincrasia de algunos de los pueblos americanos. Por ejemplo cuando refiriéndose a los numerosos obstáculos que se encuentran en los senderos y caminos concluye: “en Europa se quita el árbol del camino; aquí se cambia el camino”. O cuando alude a la “codicia de los hacendados” que ha causado el deterioro de los monumentos históricos que encuentra a su paso. Mostrando sensibilidad, es capaz de apreciar el valor de la arquitectura indígena, haciendo notar la elegancia de las formas de sus edificios, o la riqueza de las lenguas americanas, que considera ejemplo de que “América poseyó alguna vez mucho mayor cultura de la que encontraron los españoles en 1492”. Incluso la realidad americana lo proyecta más allá de ella, como cuando afirma: “Así, en los trópicos todo toma formas y costumbres más suaves, más pacíficas. ¡Solamente el hombre sigue siendo en todo el planeta igual, persiguiendo y odiando a su propia especie!”.

Mapas, láminas, anexos, índices toponímicos y onomásticos y bibliografías completan una edición que pone al alcance del público chileno escritos de difícil acceso desde nuestro país. Tal vez el principal mérito de una publicación que, por otra parte, tiene el defecto de integrar escritos que poco tienen que ver con el cuerpo principal, como el de Víctor W. von Hagen sobre las carreteras del sol y los capítulos de Cieza de León sobre los reyes incas, sus palacios y algunas de su provincias.

Muestra de la influencia de Humboldt en la configuración de la moderna geografía española es la reedición de sus *Cuadros de la naturaleza*, publicados en español por primera vez en 1876 por el editor, impresor y librero Gaspar, sobre la traducción realizada por Bernardo Giner de los Ríos de la edición francesa de 1866. En esta obra, una de las más apreciadas por el naturalista de origen alemán, se ofrece en toda su magnitud el goce que embarga al viajero cuando aprecia, con admiración, los grandes paisajes de las cordilleras americanas, sus selvas, sus ríos y los restos de las civilizaciones precolombinas. Aquí se ofrece la mirada humboldtiana revestida de todo su afán por tratar de descubrir el orden existente en las apariencias caóticas de la naturaleza, así como las conexiones que se dan entre fenómenos distantes pero que obedecen a una misma causa. El naturalista utilizó un método empírico de observación sistemática que, por medio del raciocinio, debía conducir a la explicación causal de dichos fenómenos y a su comparación con otros similares.

El romántico prusiano demuestra que su método no fue el de la simple observación neutra, y que para él la contemplación de la naturaleza era una fuente de placer estético y un camino para su comprensión. Un estímulo para desarrollar la imaginación y la comunicación pues, como escribió, luego de dieciocho meses en el interior del continente y al arribar al océano Pacífico: “¡qué suma de gozos y de dolores! Cuán pequeño y estrecho es el mundo real en comparación con el que el hombre produce, abrazado en la profundidad de sus sentimientos”.

Dividido en siete libros en los que Humboldt aborda a través de cuadros más o menos breves la descripción de estepas y desiertos, las cataratas del Orinoco, la vida nocturna de los animales en las selvas del Nuevo Mundo, la fisonomía de las plantas, la estructura y modo de acción de los volcanes, la fuerza vital o genio rodio y la meseta de Cajamarca, el texto tiene la intención de, como alguna vez afirmó, hacer ver “que la exacta y precisa descripción de los fenómenos no es

absolutamente inconciliable con la pintura viva y animada de las imponentes escenas de la creación”.

La edición está acompañada de una introducción debida a los investigadores del Consejo Superior de Investigación Científica de España (CSIC), Miguel Ángel Puig-Samper y Sandra Rebok. El primero, un reconocido historiador de la ciencia e investigador y editor de la obra científica de Humboldt, entre otros intereses relacionados con el quehacer de los naturalistas en América y España.

En su estudio los historiadores del CSIC pasan revista a los primeros años de estudios del naturalista, ofreciendo una descripción de cómo llegó a materializar su viaje a América luego de la muerte de su madre en 1796; a continuación abordan su paso por España como una etapa de preparación, en la que Humboldt no solo se vinculó a científicos peninsulares, sino que se las arregló para obtener un pasaporte real para viajar por América; nombran a grandes rasgos las etapas de su viaje y explican las características de su trabajo científico en Europa a su regreso del Nuevo Mundo. En una visión estimulante, y que abre numerosas posibilidades a los estudiosos de la ciencia, interpretan los cuadros de la naturaleza como un intento por comprender el mundo natural a partir de la conjunción entre ciencia y estética, en donde el concepto de *cuadro* tiene una importancia radical al ser el instrumento utilizado por el sabio para organizar el espacio según criterios estéticos, modificando los criterios de percepción y ampliando su escala de observación. Un verdadero modelo de conocimiento que Humboldt toma de la filosofía de Kant, para quien el conocimiento comienza por los sentidos, pasa por el entendimiento y concluye en la razón.

Como acertadamente sostienen Puig-Samper y Rebok, la representación artística de América en el siglo XIX, está íntimamente vinculada a Humboldt, entre otras razones, porque la iconografía representaba otra forma de comunicar una idea de la naturaleza. Sin duda una concepción que tendría seguidores, entre otros, Claudio Gay y su *Atlas de la historia física y política de Chile*. Magnífico ejemplo de la utilización explícita del arte para transmitir conocimientos científicos.

Humboldt concibe la representación del paisaje no solo como un instrumento para la contemplación de la naturaleza. En razón de sus objetivos científicos, este debe apreciarse también como la representación de objetos específicos fieles a la realidad, para su posterior investigación o ilustración. Por lo anterior es que no debe resultar extraño que, a impulsos de sus concepciones, la iconografía sobre América experimentará una renovación fundamental hacia una representación realista y estéticamente exigente, como la obra de Claudio Gay o Auguste Morisot, el pintor que acompañó a Jean Chaffanjon al Orinoco en 1886, lo muestran.

Entre los cuadros más incitantes están aquellos que ofrecen un sentido estético y sensible, por ejemplo, el referido a la vida animal una vez entrada la noche. El naturalista introduce el sonido nocturno de la selva, añadiendo así otro elemento perceptible a los sentidos en sus descripciones científicas. La descripción de los gritos nocturnos de los animales en los trópicos, en las riberas del Orinoco, es elocuente: “comenzó en el bosque un ruido tal que fue preciso renunciar en absoluto a dormir. Todo el matorral resonaba de los gritos salvajes. Entre las numerosas voces que tomaban parte en este concierto no podían distinguir los indios sino aquellas que, después de una breve pausa, comenzaban a dejarse oír solas. Eran estas los

aullidos guturales y monótonos de los aluatos; la voz quejumbrosa y aflautada de los titíes; el ronquido del mono dormilón; los gritos entrecortados del gran tigre de América; del cugar o león sin melena; del pecari, del perezoso y de un enjambre de loros; los de las parraquas y de otras gallináceas. A veces, el rugido del tigre bajaba de lo alto de los árboles, acompañado siempre de los gritos agudos y lastimeros de los monos que pugnaban por escapar a este peligro nuevo para ellos”.

Más dramática resulta todavía la razón que ofrece Humboldt para explicar el tumulto de la selva. “Me pareció que la escena provenía de un combate empeñado por casualidad que se iba prolongando con encarnizamiento siempre creciente. El jaguar persigue a los pecarís y tapires y estos animales, estrechamente apretados unos contra otros, quiebran la empalizada de arbustos que pone obstáculo a la fuga. Asustados con este ruido, mezclan los monos desde las copas de los árboles sus gritos a los de los grandes animales; despiertan a las familias de aves posadas en sociedad y así, poco a poco, se va poniendo en conmoción toda la gente animal”. Es la cadena de persecuciones mutuas para la conservación de la propia vida animal en plena acción. A ella todavía el explorador agrega los violentos aguaceros, oportunidad en que “eran más ruidosos los gritos o cuando, en medio de los truenos, iluminaba el relámpago el interior de la selva”. Si duda una escena espectacular que, desde el ángulo de los estudiosos de la ciencia, contribuye a dilatar sus oportunidades de comprender la realidad americana. Como concluyó el sagaz viajero prusiano: “en cada matorral, en la corteza agrietada de los árboles, en la tierra que cavan los himenópteros, la vida se agita y se hace oír, como una de las mil voces que envía la naturaleza al alma piadosa y sensible del hombre”.

La elocuencia de sus descripciones, la densidad de sus reflexiones, la intensidad de las imágenes, la variedad de temas que es posible desarrollar a partir de estas fuentes justifican plenamente editar y leer a naturalistas como Humboldt y Philippi. A través de ellos, el descubrimiento científico de América, el papel de la ciencia en la organización y formación de las naciones durante el siglo XIX, la constitución de redes científicas o la práctica científica en los nuevos estados se ofrece como un terreno virgen para los historiadores. Tan inexplorado como alguna vez se presentaron ante los naturalistas viajeros los dilatados espacios del continente americano.

RAFAEL SAGREDO BAEZA

Pontificia Universidad Católica de Chile

MARCELLO CARMAGNANI, *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Ensayos, México, 2004, 408 págs.

El estudio de la civilización occidental y del occidentalismo desde la teoría literaria y los estudios culturales, y en parte influidos por autores como Edward Said, Homi Bahbha y Gayatri Spivak, ha emergido en estos últimos decenios al

amparo de los llamados *estudios postcoloniales* y *subalternos*¹. Hasta ahora, prácticamente, no se había advertido una investigación de tales tópicos que ofreciera una perspectiva desde la historiografía. El texto de Marcello Carmagnani *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, conforma al respecto una excepción.

Abordar la historia de la occidentalización de América Latina abarcando un amplio espectro temporal y geográfico, posee la particularidad de ofrecer nuevas dimensiones analíticas. En primer lugar, permite matizar las historias nacionales. Mucho se ha criticado cómo tales historias no pocas veces han tendido a cerrarse sobre sí mismas, acentuando ciertos elementos como si fuesen solo locales, desvinculándose de otros espacios e historias. Carmagnani, al respecto, se sitúa más allá de lo local, entretejiendo las historias nacionales de los países latinoamericanos entre sí. En segundo lugar, la idea escribir la historia del proceso histórico de occidentalización del Nuevo Mundo pone a América Latina en su vinculación con Europa, reconociendo que, más allá de influencias o *copia de modelos*, América Latina debe su existencia –ya desde la posibilidad misma de pensarse a sí misma– al Viejo Mundo. En este sentido Carmagnani redescubre los puentes culturales que enlazan ambos espacios, revalorando aquellos elementos que han conformado la historia de dos mundos desarrollados de manera interdependiente.

Tal como lo expresa su título, el presente libro trata de la *occidentalización* de América Latina. En tal cometido analiza aquellos procesos que han favorecido o por el contrario entrabado la convergencia entre las áreas latinoamericanas y europeas y entre estas y los demás continentes, en un espectro temporal que va desde 1492 hasta nuestros días. Su objetivo central radica en mostrar y subrayar las interacciones económicas, sociales, políticas y culturales entre ambos mundos puesto que, según Carmagnani, fueron justamente dichas interacciones las que instaron a los latinoamericanos a (...) *elegir determinadas opciones colectivas y convertirse en sujetos activos en el proceso de occidentalización* (p. 9).

Al abordar un conjunto de naciones y ámbitos (económico, social, cultural, etc.), Carmagnani opta por una *historia global* antes que estudiar realidades históricas particulares. A partir de tales posiciones, el autor intenta ir más allá de lo eurocéntrico, destacando la presencia ejercida por el mundo latinoamericano, en la medida que este ha influido “...positivamente en la evolución del mundo occidental” (p. 9). El texto se divide en cinco capítulos. El primero trata de la inserción latinoamericana a partir de la llegada europea al Nuevo Mundo, destacando la convergencia de las áreas americanas en el contexto ibérico.

El segundo capítulo se concentra en el mundo ibérico, incluida la América Hispana, describiendo los componentes de dicho espacio geocultural (mestizaje, transformaciones económicas, sociales y culturales, nuevas cotidianidades, etc.).

El tercer capítulo titulado “La reactivación”, aborda el panorama de los siglos XVIII al XIX tanto en España como en América: la inserción mundial del mundo

¹ Edward Said, *Orientalism. Western conceptions of the Orient*, New York: Phanteon Books, 1978; Homi Bhabha, *The Location of Culture*, London: Routledge, 1994; Gayatri Spivak, “Can the Subaltern speak?”. En: Patrick Williams/Laura Chrisman, *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory: A Reader*, New York: Columbia Universty Press, 1994.

ibérico, la independencia de los países americanos, el surgimiento de un nuevo orden económico, político y social.

El cuarto capítulo analiza el “mundo euroamericano” a partir del estudio de América Latina –ya independiente– en el concierto internacional: su participación en el comercio internacional y el orden político liberal y republicano que lo caracterizó.

El último capítulo se titula “La occidentalización”. Aquí Carmagnani aborda la “evolución” del mundo latinoamericano desde el segundo tercio del siglo XX, destacando el análisis de sus múltiples oscilaciones entre, por una parte, su proyección internacional y, por otra, sus períodos de aislamiento, los que la llevaron incluso hasta a negar “su matriz occidental” (p. 274).

Llama la atención el hecho que el autor a lo largo de todo el texto nunca defina lo que él entiende por *occidentalización*. En gran medida el libro gira en torno a los “procesos de occidentalización” por los cuales América Latina ha atravesado en su historia, sin embargo no queda claramente establecido qué significa aquello: ¿Corresponde el *occidentalizarse* la adscripción de la América Hispana al proyecto Iluminista europeo? ¿O se trata más bien de la participación del subcontinente en la *economía-mundo*? Si hubiese que extraer una definición implícita en el texto esta correspondería a lo último: ¿Es que la *occidentalización* de América Latina se reduce solo a su matriz economicista? ¿Qué sucede en la esfera del pensamiento, de las ideas? ¿Cómo asumieron los propios latinoamericanos en su reflexión su incorporación al mundo occidental? ¿Por qué el autor no incluyó sus cuestionamientos y críticas?

En otro aspecto, y a pesar de que el autor niega que este proceso de occidentalización latinoamericano tenga algo de teleológico (p. 119), queda la sensación de que tal premisa juega un rol en su texto. Una parte importante del libro gira en torno a los “obstáculos” o “dificultades” por las cuales pasó el subcontinente en su proceso de occidentalización. En la medida en que América Latina se adscriba a una “política común con Europa” (p. 133) o que asuma un orden constitucional basado en la “soberanía nacional” y “unidad interna” (ídem), se acerca al modelo occidental. Aquí, según mi parecer, Europa no solo conforma un punto de referencia para el autor, sino también un punto de arribo.

Finalmente cabe destacar que un elemento que rescata Carmagnani es cierta “matriz” cultural que vincula a América Latina con el mundo occidental. El hecho de que el subcontinente participe del mundo cristiano le otorga ciertas ventajas, mismas que no poseen o gozan los musulmanes, los animistas africanos o hindúes. (p. 133). ¿Esto quiere decir que aquellos elementos no católicos o europeos son un impedimento a la occidentalización de América Latina? ¿Dónde incluir aquí a los otros grupos, como los amerindios, afroamericanos, mestizos? ¿Qué decir de las posiciones antioccidente de aquellos grupos, representados en parte en el siglo XX por Rigoberta Menchú o el movimiento de los Zapatistas? Carmagnani afirma que la “...occidentalización de las áreas latinoamericanas se configura (...) como el producto de la participación de todos los actores que generan fuerzas dinámicas, ya sea de aquellos que desde Europa se proyectan hacia el contexto latinoamericano, ya sea de los que se vuelcan a la escena internacional desde el subcontinente” (p. 119). Habría que asumir que entre estos actores que “generan fuerzas diná-

micas” no se incluye a los grupos antes mencionados. La occidentalización, en este sentido, correspondería a un esfuerzo de las élites criollas, más que al conjunto de la sociedad. Son estos actores quienes poseen la “matriz” adecuada y los que en definitiva logran insertarse, vía comercio internacional y apropiación de ideas, en el mundo occidental. Carmagnani concentra su estudio prácticamente solo en aquel grupo, de ahí que no advierta las dificultades, rechazos o críticas de aquellos que no hacían parte de tal matriz u horizontes culturales.

CARLOS SANHUEZA

Pontificia Universidad Católica de Chile

MARCOS CUETO, *El valor de la salud. Historia de la Organización Panamericana de la Salud*. Organización Panamericana de la Salud. Washington, 2004, 201 págs.

La renovación historiográfica que impulsó la Escuela de los Annales y la que, entre otros, promovió Pierre Chaunu, en medida importante para mirar el pasado no solo desde la perspectiva de la historia económica y social que propugnó aquella, estimuló la realización de estudios que poco o nada tenía que ver con la llamada –y desprestigiada– historia positivista. Estos nuevos rumbos, que se dirigieron hacia los más variados y recónditos campos, también se hicieron sentir en la historia de la medicina, dando origen –con el significativo aporte de la sociología– a lo que el historiador peruano Marcos Cueto llamó, en un trabajo anterior, la “nueva historia social de la ciencia y la medicina”¹.

Esta nueva historia de la ciencia y la medicina, sin dejar de lado los asuntos clásicos que trató esa especialidad, como por ejemplo las biografías de médicos, las investigaciones sobre los descubrimientos científicos o la historia de esa profesión, se abrió a temas diferentes. Así, por mencionar algunos, procuró dilucidar el papel de los médicos como grupo social y gremial; se interesó por los enfermos y las enfermedades a fin de conocer, desde una perspectiva no tradicional, a los sectores populares; centró su atención, con el objeto de comprender al estado asistencial del siglo XX, en las instituciones públicas relacionadas con la salud; y se ocupó, para mencionar un último ejemplo, de la “internacionalización de la medicina”, esto es, del estudio de las instituciones internacionales que, a partir del siglo XIX, dictaron normas para prevenir, controlar y erradicar las enfermedades y, en general, promover la salud.

La historia de una de esas instituciones –nos referimos a la Organización Panamericana de la Salud (OPS)– fue el propósito que se trazó el profesor Cueto. Su desafío era considerable, puesto que no era fácil resolver los múltiples problemas historiográficos que se presentan cuando se estudia una institución en la que confluyen temas propios de la Historia de las Relaciones Internacionales, la Historia

¹ Cueto, Marcos (editor), *Salud, cultura y sociedad en América Latina*. Instituto de Estudios Peruanos-Organización Panamericana de la Salud, Lima, 1996, 27.

Económica, la Historia Social y la Historia Política. Con todo, hay que reconocer que la nueva historia de la medicina y la ciencia –de la que el autor es un cultor destacado– le proporcionó las herramientas para resolver esas dificultades y elaborar un trabajo que, sin exagerar, puede considerarse un modelo de cómo abordar la “internacionalización de la medicina”.

El punto de partida de este libro es una pregunta aparentemente sencilla: ¿por qué se crea la OPS? La respuesta que se ofrece permite comprobar que ese organismo comenzó a cobrar vida en 1902 y que su nacimiento en parte se explica porque para los intereses económicos de los Estados Unidos –una de cuyas expresiones más poderosas era el “extraordinario crecimiento del comercio marítimo”– resultó fundamental combatir las epidemias con medidas distintas a las que, hasta entonces, empleaba la “sanidad marítima tradicional”. Las cuarentenas y el aislamiento de pasajeros, en efecto, servían poco a esas alturas. De ahí que dicho país, con ocasión de la Primera Conferencia Internacional Americana (1889-1890), creara una Oficina, con sede en Washington, para enfrentar los desafíos sanitarios comunes a toda América; y que, en 1902, la delegación norteamericana que participaba en la Conferencia Internacional de los Estados Americanos que se efectuó en México, aprobara organizar una Oficina Sanitaria Internacional con sede en Washington “para elaborar los acuerdos y reglamentos beneficiosos a los intereses de todos los países”. Cada república –se decía– tendría un voto, se nombraría un Consejo Ejecutivo y se elegiría un Presidente en la próxima convención sanitaria, por todo lo cual –añade el profesor Cueto– la reunión de México puede “ser considerada como la convocatoria para la Primera Convención Sanitaria Internacional de las Repúblicas Americanas, el evento fundacional de lo que hoy conocemos como Organización Panamericana de la Salud”.

Sus primeros años, bajo la dirección del doctor norteamericano Walter Wyman, estuvieron marcados por la “convicción que la capacidad y los conocimientos humanos podían dominar la naturaleza, dirigir racionalmente el comercio y mejorar la salud pública... Todo parecía depender de un concienzudo estudio previo y de la energía y racionalidad que se aplicasen a la solución de un problema”. Con esta fe, se realizaron nuevas convenciones sanitarias en las que se plantearon medidas para combatir la fiebre amarilla, la malaria, la peste bubónica y la tuberculosis, y a las que se agregaron, a partir de 1911, recomendaciones para abastecer con agua potable a las poblaciones; reglamentar la prostitución y controlar los productos alimentarios. La idea era que esos acuerdos tuvieran un alcance continental, que, en lo posible, obligaran a todos los países, sin que importara que, al menos en teoría, limitaran su soberanía en nombre de la ciencia. El convencimiento de que se poseía la verdad científica era más fuerte, a tal punto que, poco tiempo después, se solicitó que los delegados a las conferencias sanitarias fueran las “autoridades sanitarias de sus respectivos países” a fin de que informaran de los medios empleados “para hacer cumplir las resoluciones aprobadas en la Convención anterior”.

El impulso que tomaba la sanidad panamericana tuvo un quiebre a partir de 1911, como queda en evidencia al observar la postergación (hasta 1920) que experimentaron las conferencias sanitarias. Según el profesor Cueto, esta situación obe-

deció al inicio de la Primera Guerra Mundial y a la “intensificación de las intervenciones militares norteamericanas en determinados países de la región”. La reanudación de las conferencias en Montevideo, en 1920, coincidió con la designación del médico militar norteamericano Hugh Smith Cumming como Director, según se denominaba ahora al Presidente de la Oficina Sanitaria Panamericana. Ocupó dicho cargo hasta 1947, siendo su gran logro la “consolidación de la identidad” de dicha institución. En este sentido, podría decirse que dicha evolución contribuyó a “sentar las bases de la salud pública en la región”, cumpliendo así el “objetivo político y sanitario del panamericanismo” en una etapa en la que se “relanzó el panamericanismo como un componente esencial de la relación entre Estados Unidos y América Latina”, llamada entonces la Política del Buen Vecino. Así, pues, y al igual como había ocurrido en sus orígenes, la Oficina Sanitaria Panamericana coincidía con parte de los propósitos que perseguía la política exterior norteamericana, sin perjuicio de lo cual hay que reconocer que su labor –liderada por médicos de esa nación– resultó de gran trascendencia para la salud de las poblaciones de América. Un notable ejemplo en tal sentido corresponde a la aprobación en La Habana, en 1924, del Código Sanitario Panamericano. En sus disposiciones, entre otras cosas, se reconocía que la “salud era un derecho de todos los países y de todas las personas”, y la necesidad de crear ministerios de sanidad, sirviendo estas declaraciones para que “la salud internacional se abriese paso en la agenda política local”.

La década de 1930 y primeros años de la siguiente estuvo marcada por la Segunda Guerra Mundial. Este conflicto, al igual que la Primera Guerra, repercutió en la vida de la Oficina Sanitaria Panamericana. De hecho, uno de los temas que se abordó, en 1942, fue la “defensa continental” para proteger –de acuerdo a la exposición del delegado mexicano– “a nuestras mujeres, a nuestros niños, a nuestros ancianos, y a nosotros mismos, contra la esclavitud que nos sería impuesta por los agresores”.

En 1947 será designado el doctor Fred L. Soper como cuarto director de Oficina Sanitaria Panamericana. Su labor se orientó a evitar que dicho organismo se convirtiera en un “instrumento de la política exterior norteamericana o de cualquier país”, puesto que –sostenía– la “política no debía mezclarse con la ciencia” y la institución que dirigía debía ser “ eminentemente técnica, imparcial y objetiva”, y así contribuir al “bienestar de las poblaciones”. El doctor Soper, por otra parte, creía que era primordial que la OPS creciera para cumplir sus metas; que se convirtiera en una gran institución. Se empeñó, por lo mismo, para elevar su presupuesto (con cuotas mayores a las que pagaban los países miembros hasta entonces) y para aumentar la cantidad de sus funcionarios (que pasó de 88 a 750), y para que tuviera una sede acorde con su importancia. En otro plano, impulsó como política la erradicación de algunas enfermedades, como la frambesia, la viruela y la malaria, con la “confianza en la ciencia y la tecnología para dominar la naturaleza”. En este sentido, es muy sugerente la observación del profesor Cueto respecto a que los notables éxitos que se obtuvieron fueron aparejados con el surgimiento de problemas no previstos, como por ejemplo el hecho de que los insecticidas empleados mataban no solo a los mosquitos, sino también a las aves y las abejas; contribuían,

además, a generar contaminación ambiental y, por si fuera poco, no erradicaban para siempre la enfermedad. Esta, en efecto, tendía a reaparecer después de algunos años, dejando en evidencia que el sueño de los erradicadores podía tener un amargo despertar. Que la ciencia y los investigadores no siempre encontraban verdades y que sus soluciones, que podían ser útiles en el corto plazo, representaban una incógnita respecto a sus consecuencias futuras.

En 1959, será elegido Director de la OPS Abraham Horwitz, médico chileno que permaneció en el cargo hasta 1976. Hombre de su tiempo, estimó necesario diseñar una política que subrayara la “íntima relación... entre la salud y la economía” y destacara que las “condiciones de salud dependían del grado de desarrollo económico”. El profesor Cueto afirma que para entender la difusión que tuvieron esas ideas es menester tener en cuenta la “aspiración –y cierta urgencia– por alcanzar el desarrollo” que se respiraba en las sociedades latinoamericanas y, sobre todo, que una serie de organismos internacionales sostenían los mismos planteamientos, constituyendo una suerte de clima intelectual del que no era fácil escapar. La OPS, por lo mismo, promovió acciones que coincidían con parte del programa de transformaciones que promovió el Presidente Kennedy y la Alianza para el Progreso a partir de 1961, entre las cuales cabe mencionar los planes nacionales de salud. ¿Quién podía dudar de la eficacia de estos últimos si la ONU había declarado al decenio de 1960 como la década de la planificación, creando en Santiago, por intermedio de la CEPAL, el Instituto Latinoamericano para la Planificación Económica y Social (ILPES)? Por otra parte, y recogiendo también ideas que nadie discutía, la OPS propuso, al igual como lo hacía la Carta de Punta del Este, aumentar el número de graduados en las escuelas médicas, y orientar su formación preferentemente a la prevención y al servicio de la sociedad.

En 1975, el médico mexicano Héctor Acuña fue elegido Director de la OPS. Por entonces, los países del Caribe iniciaban su incorporación a este organismo, después que Canadá lo había hecho en 1971. Será precisamente su ministro de Salud, Marc Lalonde, quien dio a conocer un informe acerca de las bondades de la salud primaria y en el que se preguntaba si contar con más profesionales y hospitales, que era lo que se defendía hasta entonces, era el mejor camino para enfrentar los problemas de salud. Su respuesta era negativa, sugiriendo como política la prevención de las enfermedades comunes, como las diarreicas y respiratorias, las que eran causadas en muchos casos por la pobreza. El doctor Acuña hizo suyos esos planteamientos y, por lo mismo, consideró necesario que OPS promoviera la atención primaria en campos tales como la salud maternoinfantil. El activo papel que jugó la comunidad en los nuevos planes, así como el buen resultado de los mismos, contribuyeron a modificar el “estilo de los programas de erradicación, tradicionalmente denominados verticales”. Así, la lucha contra la viruela y la poliomielitis que hasta entonces se hacía desde “desde arriba”, comenzó a tomar en cuenta las condiciones locales y a buscar participación de la comunidad. La eficacia de estos programas se manifestó en el hecho de que, en 1971, se registró el último caso de viruela.

El médico brasileño Carlyle Guerra de Macedo, que dirigió la OPS a partir de 1985, continuó en esa línea promoviendo campañas a favor de la inmunización.

Ese año, en efecto, se tomó la decisión de erradicar la poliomielitis. Con los fondos que recaudaron los rotarios de todo el mundo, se consiguieron los 120 millones de dólares que, en principio, se requerían para vacunar a todos los niños. Nueve años después, se verificaba que dicho flagelo había desaparecido en América.

En el último decenio del siglo XX –anota el profesor Cueto– la OPS enfrentó nuevos desafíos, entre los cuales destaca lo que denomina como “ofensiva neoliberal”. Quienes defendían este pensamiento económico postulaban la necesidad de mejorar la administración y eficiencia de la salud pública, y disminuir su costo para el Estado. La OPS, por su parte, estimó que debía “seguir reivindicando la salud como un derecho de las personas y las sociedades”, tal como el doctor George Alleyne, de Barbados, su Director entre 1995 y 2003, lo planteó en un documento en el que afirmó –al igual que lo habían hecho varios de sus predecesores– que la salud pública era “una responsabilidad social e institucional”.

La lectura de esta investigación pone en evidencia la indiscutible significación de la OPS en el combate a la enfermedad y –en palabras del autor– en la defensa de la “salud como una necesidad impostergable de mejorar las condiciones de vida, como un derecho humano fundamental, y como un requisito indispensable para la paz, la seguridad, la tolerancia y la solidaridad”. Por otro lado, enseña que la vida de esa institución estuvo influida por variados factores, como por ejemplo los intereses norteamericanos, la personalidad de sus directores, los cambios experimentados por la noción de salud pública y por las políticas para enfrentar las enfermedades; y que ella, a su vez, tuvo una cierta responsabilidad en las decisiones que tomaron los países que la integraban.

Teniendo en cuenta esos aportes podría decirse que se trata de una obra que, al reconstruir la historia de América desde la perspectiva de la ciencia, presenta visiones nuevas y sugerentes, contribuyendo, por lo mismo, a enriquecer nuestra comprensión de la historia de América del siglo XX.

JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA
Pontificia Universidad Católica de Chile

JOSÉ DEL POZO, *Historia de América Latina y del Caribe, 1825 hasta nuestros días*. Santiago: Lom Ediciones, 2002.

Para comprender el enfoque de este manual de historia latinoamericana, hay que comenzar por comentar que José del Pozo es un historiador chileno que enseña hace varios años en Canadá. El libro surge de su experiencia docente con alumnos de ese país, y del valioso material recolectado para la preparación de sus clases. Se trata, por lo tanto, de un esfuerzo dirigido a un público poco familiarizado con los avatares de la historia latinoamericana, al cual se entregan los hitos básicos de su desarrollo desde una perspectiva geográficamente amplia, al incluir, además de México y América del Sur, el Caribe y Centroamérica. El autor sabe enfrentar la falta de familiaridad de sus lectores, a través de una aproximación pedagógica que

denota su experiencia. Sin embargo, su interacción con el medio estudiantil y académico norteamericano le conduce hacia concesiones al imaginario presente en ese medio respecto de América Latina. Así, la democracia aparece como un ideal ético cuya dificultad de asentamiento en nuestro continente desdibuja los demás progresos latinoamericanos de los siglos XIX y XX, especialmente cuando sometidos a la comparación entre el mundo “democrático” y desarrollado, este continente parece destinado a mayores o menores fracasos, según se aproxime o aleje del modelo del norte. La otra faceta de la corrección política se hace presente en una visión de la historia latinoamericana como una lucha entre el Occidente avasallador y poblaciones indígenas oprimidas.

Lo primero queda claramente explícito en la Introducción del libro. El autor define un “eje central del libro”, como “la cuestión de la democracia” (p. 9), y la caracterización de la debilidad de esta, atribuida a una estructura social y cultural que no ha permitido superar las diferencias entre las elites y la masa por las condiciones especiales de ser “sociedad de conquista” y por el control de la tierra “por unos pocos en detrimento de la gran mayoría”. Asimismo, define una “trama central” definida como que “América Latina ha sido lenta en adoptar, y sobre todo en respetar, la democracia de masas, proceso que se debe fundamentalmente a las tensiones internas en los distintos países, y que ha sido exacerbado por las presiones exteriores”. Lo anterior ha impedido forjar sociedades “medianamente igualitarias, donde los derechos humanos sean respetados y, al mismo tiempo, en construir un sistema político que funcione en base al respeto a las leyes y a la opinión ciudadana” (p. 8). “Eje” y “trama” se completan para explicar la tesis de José del Pozo para este libro.

La segunda concesión del autor a sus lectores, aparece desde la portada. Imágenes de Rigoberta Menchú y Simón Bolívar se sobreponen al mapa político de América Latina en la carátula. El libro entrega así una afirmación sobre la orientación de su contenido desde la primera mirada. La selección de estos dos “próceres” habla por sí misma para indicar que el autor se sitúa entre quienes asimilan la liberación continental que se propuso Bolívar con esa otra liberación que representa la Menchú, como indígena guatemalteca y esperanza de “los autóctonos” (p. 245). Ambos personajes fueron debatidos en su momento de mayor figuración. La figura de Bolívar ha resistido el paso del tiempo por razones obvias para quienes conocen su vocación independentista y su peregrinaje republicano desde las Antillas a los Andes intentando consolidar los nuevos estados americanos. La Menchú, acreedora del Nobel de la Paz en 1992, aunque convertida en símbolo no solamente de las víctimas de las represiones militares por los ataques que habría sufrido su familia, sino también del resurgimiento de las reivindicaciones indígenas contra los estados nacionales, no ha logrado erigirse en una figura de unidad continental y ha concitado muchas oposiciones por su carácter de figura mediática y su dudosa representatividad incluso dentro de su propio país.

Nada de lo anterior oscurece un enconiable esfuerzo de síntesis de la historia de América Latina, planteado desde las categorías convencionales de historia social, económica, política y de relaciones internacionales. Se incluye a Canadá, por razones que parecen tener más que ver con el trabajo del autor en una universidad

de ese país, que con su pertenencia cultural a la denominación continental napoleónica. Cada sección termina con un aparte dirigido a la “cultura”, subdividido en “pensamiento”, “arte y literatura” y “cultura popular”, tal vez lo más corto y débil de cada sección. Esta síntesis se inicia en 1825, cuando la batalla de Ayacucho de 1824 ya había consagrado el destino independiente de los Estados latinoamericanos. Este primer período, también primer capítulo, “la época oligárquica”, culmina en 1889, dando inicio a “escasos avances” en la apertura del sistema debido al auge exportador, hasta 1930, analizados en el capítulo 2. Desde esta fecha hasta 1959, tema del capítulo 3, el autor privilegia el rol de los populistas y militares en diálogo con la oligarquía y su esfuerzo por sustituir importaciones y crear un modelo de desarrollo propio. El capítulo 4 es “la gran polarización”, de 1960 a 1989, caracterizada por dictaduras, autoritarismos, revoluciones, “democracias aparentes” con solo Costa Rica y Venezuela alumbrando el panorama político como “estados de derecho”. “¿El triunfo del neoliberalismo? De 1990 a 2001” es el título del capítulo 5. La interrogante surge del destino de un proceso que está aún en curso pero cuyas características inducen al autor a introducir su conclusión en el sentido de “la frustración (y quizás el fracaso) es el sentimiento dominante para referirse al conjunto de la experiencia histórica latinoamericana” (p. 266). Estas características serían que “la democratización ha sido limitada” en el continente, y que “los que ayer ejercieron la represión han logrado desarrollar un lenguaje político que los hace respetables ante el electorado, que no discierne entre los partidarios y los adversarios de las antiguas dictaduras” (p. 258). El resultado, para el autor, ha sido “...el de impedir toda reconciliación verdadera entre los enemigos de ayer, que hoy se toleran y dialogan a nivel de las elites, pero se está lejos de un entendimiento a nivel colectivo” (p. 259).

Es indudable que el itinerario democrático de América Latina ha sido un fracaso si se le aplica el concepto de democracia contemporánea que prevalece en el mundo occidental, no solo respecto de su perdurabilidad, sino del respeto a las libertades e igualdades que el liberalismo consagra. Es importante partir por mencionar que la historia latinoamericana no es solo la historia de su democracia. Sin embargo, si se decide usar como “eje” de un manual de historia latinoamericana el concepto de la democracia, se hace necesario precisar el uso y los alcances de dicho concepto en el momento histórico que se analiza. Lo mismo respecto del concepto de “liberalismo”. Al referirse a la vida política del siglo XIX, el autor sostiene que tanto en las repúblicas como en las monarquías, esta se orientó “... a través de dos grandes corrientes: la conservadora y la liberal” (p. 39). Esta última se caracterizaba por criticar la influencia de la Iglesia, apoyar la inmigración europea, favorecer la abolición de la esclavitud y la ampliación del sufragio, y preferir el libre cambio en política económica exterior, mientras conservadores eran los desconfiados de la inmigración y proteccionistas en materia económica. Posteriormente, al presentar su conclusión al libro, plantea que “...el gran problema de la elite liberal fue su dificultad, o más bien dicho su falta de interés por legitimar su liderazgo social y político ante las masas. El único gran progreso social realizado durante el siglo XIX había sido el fin de la esclavitud...” (p. 263). La consecuencia de lo anterior fue la ausencia de identificación entre dirigidos y dirigentes, situa-

ción que fue aprovechada en el siglo XX por los militares que entraron a arbitrar los conflictos sociales y políticos. Esta pérdida de terreno ganado por el liberalismo en el XIX es, para Del Pozo, "...una de las claves de la inestabilidad crónica de la vida política latinoamericana".

Hablar de "democracia" o "liberalismo" en el siglo XIX hispanoamericano no es lo mismo que hacerlo para los siglos posteriores. Además, es un error pretender asignar categorías ideológicas al conservadurismo, confundiendo así ideas con actitudes, teorías con prácticas. Lo anterior no implica desconocer el hecho que las ideologías políticas europeas, especialmente el liberalismo, constituyeron el canon ideológico de las clases dirigentes, siendo asimiladas en América Latina, y adaptadas a la visión que las elites tenían de la situación social. El conservadurismo, o más bien la mentalidad conservadora, también inserto en la matriz republicana liberal proveniente de Europa o Estados Unidos, ejercía la función de dique para contener el cambio brusco; era una actitud frente a los procesos de implementación del ideario republicano, al interior del mismo universo de ideas de los liberales, y no solamente restos "del orden heredado de la época colonial"¹. De allí que, por ejemplo, la ampliación del sufragio o el apoyo a la inmigración no fuera siempre una bandera liberal y que en muchas ocasiones conservadores y ultramontanos no estuvieran en la misma trincheras. El tamaño de la empresa republicana, los progresos en su implementación, el hecho que esa elite republicana decimonónica se hizo cargo de organizar los Estados y de construir las naciones, además que a ella debemos los progresos educacionales y, en muchos casos, la contención de los caudillos y las ambiciones militares, hace inapropiado sostener que el único progreso social fue la eliminación de la esclavitud. Si además se toma en cuenta las condiciones de debilidad de las sociedades civiles por razones más profundas que la "falta de voluntad" de las elites, y que escapan al espacio de esta reseña, con mayor razón se recomienda mayor cautela a la hora de introducir en un mismo saco los contenidos civilizadores del liberalismo del XIX con los errores de las oligarquías del XX. Especialmente si se afirma al mismo tiempo que en el siglo XX se "perdió terreno" ya ganado por el liberalismo. Por cierto que en el siglo XX el panorama ideológico es distinto, así como lo son las diferencias entre conservadores y liberales, y las condiciones y desafíos de la democracia. Es evidente que las oligarquías latinoamericanas mantuvieron una ceguera suicida ante la presión por

¹ Durante el XIX, las elites republicanas, en casi todo el continente, compartían ideas provenientes del liberalismo europeo con visiones conservadoras respecto del orden social. Para enfrentar la tensión entre liberalismo y republicanismo, y resolver el nudo respecto de las ideas que guiaron a los organizadores de los estados latinoamericanos, es útil la conceptualización de Philip Pettit, quien establece que existió una diferencia entre la concepción de libertad de republicanos y liberales. Los primeros, entendían la libertad como la ausencia de dominación arbitraria, lo cual no implicaba necesariamente la plena vigencia de los derechos individuales, mientras el ejercicio del poder no fuera arbitrario, tuviera limitaciones, y tuviera que justificar cualquier suspensión de derechos en función de un bien social. Cfr. Philip Pettit, *Republicanism. A theory of freedom and government*, Oxford: 1997. Para América Latina, los trabajos recientes de Gabriel Negretto son una contribución importante. Cfr. Gabriel Negretto y José Antonio Aguilar, "Rethinking the Legacy of the Liberal State in Latin America: The cases of Argentina (1853-1916) and México (1857-1910)", en *Journal of Latin American Studies*, 32, 2, 2000.

cambios sociales, y que América Latina, siendo parte de la esfera norteamericana de influencias fue víctima también de ensayos infructuosos para forzar caminos de desarrollo diseñados al margen de su cultura, como lo fueron las teorías de la modernización y también de la dependencia.

La complejidad del itinerario democrático latinoamericano tiene que ver, más que con pérdidas de terreno respecto de los progresos del liberalismo decimonónico, con las dificultades de adecuación de los postulados republicanos del XIX con los requerimientos de profundización de la democracia y las prácticas políticas que ello implicaba, en un universo ideológicamente complejo, con altas demandas económicas y de participación, y donde también se hacía necesario dialogar con posturas antidemocráticas, desde la izquierda hasta los militares de derecha. Ello requería poner a prueba la fe en la democracia como sistema político y vocación social, por parte de una sociedad civil que tanto la quería como la temía. El hecho que, como sostiene Del Pozo, "... los que ayer ejercieron la represión han logrado desarrollar un lenguaje político que los hace respetables ante el electorado, que no discierne entre los partidarios y los adversarios de las antiguas dictaduras" no es por sí solo demostración de una democracia limitada. La implantación de nuevas prácticas políticas de consenso y negociación frente a los traumas del pasado y el futuro de la democracia no conduce necesariamente a "...impedir toda reconciliación verdadera entre los enemigos de ayer, que hoy se toleran y dialogan a nivel de elites...". Menos aún compromete la posibilidad de "... un entendimiento a nivel colectivo" (pp. 258-9). Muy por el contrario, podría sostenerse que, justamente si antiguos adversarios logran articular el lenguaje común del diálogo democrático, se aproxima el escenario de un entendimiento colectivo, con el cual se invertiría la pesimista conclusión del autor.

Más allá de estas diferencias, no cabe duda que esfuerzos de síntesis y análisis de la historia latinoamericana, como el que emprendió José del Pozo, son un avance en situar a América Latina y su historia en un lugar desde el cual su complejidad y su diversidad aparezcan para comprensión de los lectores, y como materia de reflexión respecto de su futuro. Esperamos que la discusión que él emprende, y las respuestas que provoca, contribuyan a superar la permanente polaridad histórica entre el éxito y el fracaso de América Latina, abriendo a los estudiosos hacia una mirada desde ella misma y su cultura que también traiga como consecuencia el fortalecimiento de su democracia.

ANA MARÍA STUVEN
Pontificia Universidad Católica de Chile

CLAUDIO GAY, *Atlas de la historia física y política de Chile*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Lom Ediciones. Tomo I, 250 pp, tomo II, 154 págs., Santiago, 2004.

Hace ya más de 40 años afirmamos que hacía rato que la historia había dejado de ser un relato de la actividad política, actos oficiales, batallas, vidas de personajes y gestos de próceres en tensión, los cuales solo afloran a la superficie del acontecer cuando profundas y grandes fuerzas mueven a los pueblos. Entonces advertíamos que estas fuerzas carecen de momentos culminantes y de fechas precisas, que son tendencias lentas y no dejan huellas espectaculares; pero que están presentes en los sucesos de cada día, en las pequeñas cosas de la vida –las grandes cosas– y entretejiéndose en millares de hilos forman el amplio cuadro de una época.

Señalamos también que no es fácil coger el rastro de sucesos anónimos disueltos en las costumbres trilladas de otras épocas, que entonces a nadie llamaban la atención; pero que afortunadamente las láminas históricas del *Atlas de la historia física y política de Chile* de Claudio Gay, nos brindaban un testimonio petrificado, sencillo y encantador, de hechos costumbres y modos de vida que formaron el ir y venir de sociedades de otros tiempos. Que en ellas está el Chile que el sabio vio en la época de su residencia, entre 1828 y 1843, con sus tertulias y chinganas, mineros y campesinos, ciudades y rodeos; el Chile que nacía a la vida independiente, de la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana y de la plata reluciente de Chañarillo. Época del magisterio reposado de Bello, de la invasión alegre de la zamacueca y de la capitalización básica, expresada, por ejemplo, en la navegación a vapor.

Tales conceptos, formulados ante las imágenes históricas de Gay, nos vienen hoy a la memoria ante la nueva edición de esta obra fundacional de nuestra nacionalidad que es el *Atlas de la historia física y política de Chile*, fruto de esa notable labor, por decir lo menos, que viene desarrollando el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, que en esta oportunidad se ha asociado con LOM Ediciones para ofrecer una versión completa del original de 1854 y 1866.

La edición contó con el apoyo del Consejo Nacional del Libro, que, al igual que con la reedición de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana, ha tenido una actitud ejemplar.

Sin duda hacía falta una nueva edición del *Atlas*, tanto porque las originales se han constituido en una rareza y han alcanzado precios exorbitantes, como por hacer asequible a los estudiosos una fuente esencial de la evolución histórica y natural de Chile, en la que los nuevos problemas y planteamientos relacionados con la evolución histórica y natural de Chile podrán investigarse y documentarse ampliamente.

Según es bien sabido, la primera edición fue hecha con láminas de impresión variada y no uniforme que aparecieron por entregas, de manera que los ejemplares del *Atlas* son irregulares. En la nueva edición se tuvo cuidado de escoger las láminas en mejor estado y se las imprimió en variedad de tonos, ya fuese en color sepia, verdoso y otros indefinibles. También se escogieron algunas “iluminadas” en las que se representan escenas y tipos populares; pero también una gran variedad de especies vegetales y animales que, como la “theresa valdiviana”, “el siete colores” o “el pato de la cordillera”, componen el tomo II de la obra.

El conjunto de láminas, tanto las de historia como las de botánica y zoología, es un despliegue de buen gusto por la composición de ellas y su colorido, discreto y natural en las de vegetales y animales, aunque no tanto en las de caracteres humanos, donde la fantasía podía emplear cualquier color.

Los grabados fueron realizados por “los primeros artistas de París” sobre la base de dibujos de Gay, su esposa y Moritz Rugendas, entre otros. El dibujo es generalmente correcto, existiendo posiciones forzadas solo en muy pocos de ellos, como en “Ternero atacado por los cóndores” o en “Caza a los guanacos”, donde además hay algunas fallas de proporción en las figuras. En “Vendedores en las calles” el caballo del fondo resulta sumamente alargado y el jinete fuera de lugar.

En todo caso, la versión de las láminas correspondió por último al grabador. Por la misma razón, en ocasiones los relieves andinos corresponden a una visión alpina del paisaje; así ocurre en “Vista del volcán de San Fernando”, donde el fondo, con picachos muy puntiagudos, corresponde a un valle glacial en forma de U con erosión renovada.

Los defectos que pueden anotarse son insignificantes en una obra monumental, que demandó tanto trabajo, preocupaciones de toda índole y el manejo de numerosos colaboradores.

Curiosa es la aparición del propio Claudio Gay en algunas de las láminas. Obviamente en el cráter del volcán Antuco y muy probablemente en “Andacollo” y en “Un bodegón”. La explicación podría estar en la identificación con el ambiente, que el autor amaba de manera entrañable, y el espíritu romántico de la época, aunque el científico francés no era propenso a la expansión de sentimientos. Era un naturalista tímido.

La representación de las especies naturales llama la atención, no solo por la fidelidad, sino porque su disposición es delicada y hermosa, con un inmejorable sentido estético y sin perder la naturalidad y la necesidad descriptiva. Algunas plantas parecen naturalezas muertas con raíces, tallos, hojas, pétalos y estambres.

Una bien estudiada introducción, debida a Rafael Sagredo Baeza encabeza la edición, que deja informado al lector corriente de la vida y los trabajos de Gay. Aunque también de la ejecución del *Atlas* y del valor del conjunto de las estampas que lo componen en relación al proceso de consolidación de la nacionalidad. Ella no solo incluye una novedosa interpretación del retrato que el Estado mandó ejecutar para homenajear a Claudio Gay por su obra sobre Chile, también varios mapas que especifican los recorridos del científico por nuestro país.

Vale la pena recordar que *La Historia física y política de Chile*, con sus treinta volúmenes fue la obra más completa y acabada que se publicase sobre un país latinoamericano. Sin embargo, al aparecer mereció críticas por el espíritu estrecho de algunas personas. Hubo suscriptores que se desilusionaron al recibir las primeras entregas, pues creían que sería una obra más ligera y entretenida. El representante chileno en Francia, Francisco Javier Rosales, personaje adocenado de la aristocracia, puso tropiezos para la elaboración del retrato encargado por el gobierno. En un plano más elevado, se indicaron algunos errores en los mapas y en las descripciones científicas, que en un trabajo de esas dimensiones no podían evitarse.

La nueva edición es una prueba irrefutable, a través del tiempo, del mérito de una obra que enorgulleció al país y que sigue enorgulleciéndolo.

SERGIO VILLALOBOS
Universidad de Chile

FRANCISCO XAVIER GONZÁLEZ E., *Aquellos años franceses, 1870-1900, Chile en la huella de París*, Santiago, Taurus, 1903, 483 págs.

El libro del profesor González es la traducción de una tesis doctoral que aprobó en la Universidad de París I bajo la dirección del fallecido François Xavier Guerra, al parecer sin cambios. Con todo no es una tesis propiamente tal, vale decir una nueva interpretación de un tema o problema histórico, como se encarga de hacerlo ver, con su fina ironía, el propio Guerra en la contratapa. Pero aporta bastante información.

Si bien el libro se refiere principalmente a los años que menciona en el título, no deja de hacer alcances a episodios y personas a partir de la Independencia. Esto no lo favorece, pues si referido a los años que toca es más o menos completo, en las incursiones hacia el pasado se dejan vacíos grandes e importantes, por ejemplo, no se refiere a Claudio Gay y sus obra.

González se preocupa de las principales formas en que Francia habría influido en Chile durante el período que le preocupa. Detecta varias. También toca algunos temas relacionados, como la imagen de los chilenos en París y otras.

Además del problema de la ausencia de tesis, el libro tiene también un grave problema de estructura. No se dice que fue lo más y lo menos importante en la influencia que Francia ejerciera sobre nuestro país durante aquellos años y el orden de los temas tratados no parece obedecer a lógica aparente. Buenos me han parecido los capítulos en que estudia la acción de las ordenes religiosas francesas en Chile y algo menos el último que se refiere a la colonia chilena en la capital gala. El resto me parecen incompletos y a veces superficiales. Abundan también los errores de fondo y de forma, incluso en la bibliografía y las notas. Ya señalaremos algunos más adelante. ¿Con todo, entrega una idea del asunto?, sí, pero lejos de ser acabada.

Parte preocupándose de algunas librerías que importaban libros de Francia y de los libros franceses llegados a Chile en la época, o mejor dicho los llegados a la Biblioteca Nacional. No menciona los llegados a otras bibliotecas —como la del Instituto Nacional, también muy importante— para lo cual pudo utilizar la tesis de Patricia Arancibia y María Eugenia Pinto, dirigida por don Ricardo Krebs y titulada *La obra de pensadores europeos en la biblioteca del Instituto Nacional, un estudio cuantitativo* (Stgo. 1980) realizada en la Universidad Católica de Chile. O la biblioteca de la Universidad de Chile.

Por otra parte, bastante más de 50 novelas (como dice González) fueron publicadas en Chile como folletín, por entregas, en los diarios. La práctica venía de la

década de 1830. Podría haber consultado la tesis de Licenciatura de Carolina Robero *Folletín literario, 1830-1890* (Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile donde las menciona en detalle, llegando en total a unas 1.900).

En la pág. 64 inventa un cuarto viaje de Benjamín Vicuña Mackenna a Europa... en fin.

Pero quizá lo más grave es que ni siquiera mencione el libro de Alphonse de Lamartine que, sin duda con algo de exageración como era su estilo, Vicuña Mackenna dice que “Aquella obra inmortal tuvo en Chile, y especialmente en Santiago, una boga inmensa, cual no la ha tenido ni la tendrá posiblemente, ningún libro en lo venidero” y que se leyó hasta la primera mitad del siglo XX casi como un deber para cualquier persona medianamente culta.

Con todo este primer capítulo entrega algunos datos que –aunque fragmentados– son útiles.

El segundo capítulo es el mejor, se preocupa con dedicación a estudiar cómo los colegios franceses, regidos por sacerdotes, formaron sus redes de sociabilidad en Chile. Parece indudable que la educación católica de origen francés resistió la embestida del laicismo. Pero también este era muy fuerte a fin de siglo. No solo lo era en el Instituto Nacional y la Universidad de Chile (por eso se fundó la Universidad Católica en 1888), sino que en todo la columna vertebral de liceos fiscales a lo largo del largo del país. De ella saldría toda la intelectualidad mesocrática que marcó la primera mitad del siglo XX chileno y que solo vino a ser disputada en sus hegemonía cultural, por los grupos de jóvenes social cristianos que, por la obra de sacerdotes chilenos que habían estudiado en Francia o Bélgica, la mayoría jesuitas, egresarían de la Universidad Católica de Chile recién en la década 1930. Pero a pesar de ser el capítulo más logrado, hay vacíos que se notan. Ciertamente debió haber consultado y citado el libro de Sol Serrano, *Virgenes viajeras*, acerca de las monjas de los Sagrados Corazones que llegaron a Chile entre 1837 y 1874, publicado en el año 2000. Pero en beneficio del capítulo digamos que es un tema que está cerrado sobre sí mismo y contiene al menos un esbozo de tesis: el triunfo católico, en su lucha contra el laicismo. Que sea cierto o no ya es otra cuestión, pero ahí hay una tesis. *Sin non e vero e bien trovato*

El tercer capítulo lleva por título “Una atmósfera peculiar, lo francés en la vida diaria”, nuevamente, como en el capítulo primero, aporta bastante información dispersa, pero sin desarrollo ni análisis apreciable, ni opinión, excepto en relación a la reafirmación de la influencia francesa en Chile, tesis ya antigua, enunciada por F.X. Guerra y mencionada al comienzo. Pero en medio de las listas de frascos de agua colonia y cuadros copiados o falsificados importados a buen precio desde Francia se deslizan algunos errores que hubieran sido fáciles de corregir en una revisión de cierto rigor. En la pág. 188 –de nuevo preocupándose de un período anterior al estudiado– dice que el Arquitecto francés Francisco Brunet Debaines llegó a Chile en 1878, en circunstancias que lo hizo en 1849. Lo que deja en evidencia el mismo autor cuando en la página siguiente consigna que su sucesor, un señor Lucién Hénault, llegó a nuestro país en 1857, o sea 19 años antes de lo que lo habría hecho sus antecesor Debaines. *Errare humanum est*, pero no es algo bien visto en una tesis doctoral.

El cuarto capítulo sobre lo francés en el debate en lo político y educacional es el más pobre. En una época en que la “influencia francesa era muy superior a la de otros países europeos” como dice Guerra en el párrafo citado, y especialmente en lo político y educacional, González despacha el tema en 29 páginas. Nada de lo que dice constituye un grave error, pero tampoco aporta sobre lo ya escrito varias veces por diversos autores.

Más interesantes son los capítulos siguientes sobre los latinoamericanos y chilenos en París, quienes eran sus hábitos, el “rastacuerismo” y los “afrancesados” de fin de siglo. Entrega una idea y se lee fácilmente. Lo que no quita de que como todo el libro este final esté también pleno de errores evidentes. Por ejemplo: en dos lugares afirma que Santiago Arcos “y familia” vivían en el N° 15 de la Place des États-Unis (pp. 312 y 402) hacia ¡1887! En circunstancias que Santiago Arcos Arlegui había muerto en ¡1874! y vivía en la calle Newton N° 8, como lo dice su necrología aparecida en *Le Figaro*, el 25 de septiembre de 1874. ¿Se refiere al hijo de Arcos? Mejor hubiera sido, ya que estaba estudiando a los notables chilenos en París, que hubiera hecho notar que el ex igualitario Santiago Arcos Arlegui era quizá el único chileno que era recibido frecuentemente en Las Tullerías durante el Segundo Imperio por el hecho de ser amigo de Eugenia de Montijo. De hecho un hermano menor de Arcos había sido novio de la “maga de Andalucía” (como la llama Vicuña Mackenna) y según testimonio de Lucio Mansilla (*Causeries de los jueves*).

Pero el recién consignado es un error menor. González también se refiere a los jóvenes chilenos que iban a París casi desde comienzos del siglo XIX. Su destino allá no eran algunos institutos militares, como dice el autor (p. 386) sino el colegio del español Manuel Silvela como lo cuenta Vicente Pérez Rosales en *Recuerdos del pasado*, ni más ni menos.

En fin, el libro tiene también numeroso errores de forma. Algunos muy menores, pero uno muy mayor. El autor parece ignorar que los títulos de los libros, en idioma castellano van en minúsculas excepto la primera palabra y los nombres propios. El libro tiene 1.274 citas, podemos pensar que al menos la mitad están mal escritas.

CRISTIÁN GAZMURI

Pontificia Universidad Católica de Chile

JUAN IGNACIO GONZÁLEZ ERRÁZURIZ, *El Arzobispo del Centenario. Juan Ignacio González Eyzaguirre*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2003; y PILAR HEVIA FABRES, *El Rector de los Milagros. Don Carlos Casanueva Opazo 1874/1957*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2004.

Estas biografías tienen varios elementos en común, partiendo por el hecho de referirse a dos miembros del alto clero de la primera mitad del siglo XX. En efecto, ellas tratan de dos personalidades de la Iglesia chilena, que tuvieron un papel muy significativo en los cargos que les tocó desempeñar y, no obstante la diferencia de

edad, fueron contemporáneos, se conocieron y alcanzaron a tener una relación de clérigo a obispo, es decir, un vínculo de dependencia jurisdiccional y de gobierno del primero con respecto del segundo. Ambos pertenecían a familias de la elite social del país y en el seno de ellas recibieron desde muy niños una sólida formación católica que los marcó por el resto de sus vidas. Otro aspecto que les une es el paso por la ciudad de Valparaíso. Carlos Casanueva nació y vivió en ella hasta los siete años. Allí fue bautizado por el cura de “Los Doce Apóstoles”, Mariano Casanova, futuro arzobispo de Santiago. Pues bien, Juan Ignacio González fue estrecho colaborador de don Mariano cuando estuvo a cargo de la gobernación eclesiástica de Valparaíso, y también se desempeñó como párroco de “Los Doce Apóstoles”.

Las coincidencias entre ambos eclesiásticos resultan numerosas, pues a las ya señaladas pueden agregarse varias más, como, por ejemplo, el significado que tuvo para ellos el seminario de Santiago y de manera más amplia la formación de los seminaristas y futuros sacerdotes. Monseñor González Eyzaguirre cursó allí la enseñanza media y los estudios propiamente eclesiásticos; además, después de haber tenido a su cargo la fundación y primera etapa del seminario de San Rafael de Valparaíso, fue profesor en el Pontificio de Santiago en los ramos de Castellano, Latín e Historia Sagrada, para culminar en el cargo de Ministro de dicho instituto. Por su parte, Monseñor Casanueva Opazo ingresó al seminario de Santiago después de haberse titulado de abogado y ejercido la profesión por un corto tiempo. Una vez ordenado sacerdote llegará a ser director espiritual en ese seminario, desempeñando esa labor entre 1910 y 1919.

La actividad periodística fue otro ámbito en el que coincidieron. Don Juan Ignacio González, siendo párroco de “Los Doce Apóstoles”, fundó en 1885, junto a un grupo de laicos, el diario *La Unión* de Valparaíso. Esta iniciativa respondía a un momento de gran tensión entre la Iglesia y el Estado que se manifestaba en la expulsión de Monseñor del Frate y la promulgación de las leyes laicas. Además, participó en la fundación de *El Diario Ilustrado* de Santiago y fundó *El Diario Austral* de Temuco y *La Aurora* de Valdivia. El cura, y después arzobispo, González Eyzaguirre, convencido de la importancia de la prensa católica, no solo contribuyó con aportes económicos a su establecimiento, sino que además fue un colaborador frecuente en sus páginas, “con artículos que llamaban la atención por su oportunidad, por su forma y su fondo”, según recordaba *La Revista Católica*. Don Carlos Casanueva, a su vez, también desarrollará una activa labor periodística en defensa de los valores católicos, la que inició en 1902 a instancias del futuro arzobispo de Santiago, Juan Ignacio González, que le encargó la fundación, dirección y financiamiento del *Diario Popular* de Santiago. La idea era contrarrestar desde la óptica católica la difusión de las ideas materialistas entre los obreros que efectuaba la prensa socialista y anarquista. En 1906 el presbítero González Eyzaguirre le confió la dirección de su obra periodística más estimada: *La Unión* de Valparaíso. Y no solo se encargará de su administración, sino que será una de sus plumas más activas y combativas. Bajo el seudónimo de Kar adquirirá notoriedad con su periodismo agudo, que, al decir del padre Francisco Vives, su colaborador de esos años, “nada que no fuera la defensa de la verdad y la defensa de la doctrina católica en aquella época de sectarismo laico, pasó inadvertido para la pluma del joven Carlos”.

Estos dos libros que reseñamos, desde perspectivas y presentaciones formales diferentes, nos muestran la notable labor que desarrollaron estas figuras de la Iglesia chilena del siglo XX al frente de las instituciones que les tocó gobernar. Monseñor Juan Ignacio González Errázuriz, actual obispo de San Bernardo, es el autor de la biografía de su antepasado, el arzobispo de Santiago, de homónimo nombre. El autor, desde hace ya algunos años venía dedicándose al cultivo de la historia; fruto de ello había sido la publicación del libro *El Vicariato Castrense de Chile, Génesis histórica y canónica. De la Independencia de Chile al conflicto eclesiástico de Tacna (1810-1915)*, con el cual se había incorporado a una fecunda tradición historiográfica en el campo de la historia de la Iglesia chilena cultivada por eclesiásticos y por algunos insignes prelados. En esta oportunidad, Monseñor González Errázuriz nos presenta una biografía en que se describe con abundante detalle el gobierno episcopal del arzobispo González Eyzaguirre, que lo ejerció entre 1908 y 1918. Sobre la base de fuentes directas obtenidas fundamentalmente en el Archivo del Arzobispado de Santiago y en el Archivo Secreto del Vaticano, el autor reconstruye las circunstancias que rodearon el nombramiento de González Eyzaguirre, primero como vicario capitular y luego como arzobispo; con minuciosidad también describe las complejas relaciones que tuvo con el internuncio de su Santidad, monseñor Enrico Sibilia; resalta como una de las preocupaciones centrales de su pontificado la formación y situación material y espiritual del clero, junto al fomento de las vocaciones; se refiere asimismo a la organización del trabajo pastoral y al estímulo y progreso de determinadas devociones y, de manera especial, enfatiza la obra que progresa en relación con los sectores más desposeídos de la sociedad, la cual alcanzó tal dimensión que será el aspecto que más marcará el carácter de su gobierno. A través de este libro podemos apreciar muchos de los avatares de la Iglesia en su funcionamiento interno y en sus complejas relaciones con el poder temporal. Interesante habría sido poder contar con más información sobre la niñez y juventud del arzobispo, para poder apreciar mejor los factores que incidieron en su vocación, en su formación intelectual y en la configuración de su personalidad.

La señora Pilar Hevia Fabres, licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica, es la autora de la biografía de Monseñor Carlos Casanueva. El desafío que tenía por delante no era fácil, pues debía tratar de conciliar una investigación histórica sobre fuentes primarias y con rigor metodológico, con una exposición de los resultados que resultara de fácil lectura, que pudiera llegar a un público amplio y no especializado en la disciplina. Ese objetivo en gran medida se logró, pues la obra se deja leer, no está recargada de erudición, pero, al mismo tiempo, refleja la importante revisión de fuentes documentales que se hizo, comenzando por el archivo de la propia Universidad y continuando con la prensa periódica y las revistas académicas, a lo que se agrega la utilización de las fuentes orales, tan convenientes para trabajar temas de historia contemporánea.

La autora nos informa sobre los años de estudiante del joven Casanueva, cuyo paso por el colegio San Ignacio le generó un vínculo espiritual con los jesuitas, que perdurará por el resto de sus días; también aporta algunas referencias sobre sus estudios universitarios y primeros años de ejercicio profesional como abogado, en

los que se debate entre sus dudas vocacionales y su permanencia en el “mundo”. Interesantes páginas nos entrega sobre la vida de la familia Casanueva Opazo, de las relaciones con sus hermanas, hermano y cuñados. Buena parte de un capítulo dedica a los maestros que más influyeron en su formación: el padre jesuita Francisco Ginebra, en el ámbito espiritual, y Francisco de Borja Echeverría, en lo referente al catolicismo social. Interesantes y novedosas resultan las páginas dedicadas al Patronato de Santa Filomena, en cuya fundación participó y a la que se vinculó por muchos años transformándolo en el centro de sus preocupaciones, haciendo de ese modo realidad su compromiso con la doctrina social de la Iglesia. Como le hemos adelantado, también trata de la labor que don Carlos Casanueva desarrolló en el campo periodístico, aunque lógicamente el grueso del libro está dedicado a su gestión como Rector de la Universidad Católica. De la lectura de los capítulos correspondientes queda en evidencia el notable esfuerzo que realizó en el desempeño de ese cargo, al punto de recibir una institución muy pequeña, con serias dificultades de funcionamiento y terminar su rectorado con una Universidad prestigiosa, reconocida ampliamente por la comunidad nacional, con un desarrollo significativo en cuanto al número de alumnos y carreras. Ese salto cuantitativo y cualitativo que experimentó la Universidad se debió en gran medida a su trabajo entusiasta, generoso, creativo y bastante autoritario, pero eficaz. Posiblemente, en aras de un texto no muy extenso, hubo aspectos o temas que pudieron desarrollarse un poco más y poder así tener una más completa visión de ellos, como acontece con la Universidad en la década de 1940, de la que solo hay algunas pinceladas. También podría haberse ajustado un poco mejor la estructura del libro, pero esto y lo anterior son cuestiones que no opacan el resultado global, que le permite al lector conocer las peculiaridades de la personalidad de monseñor y la magnitud de la labor que realizó sobre todo al frente de la Universidad.

Iniciamos esta reseña destacando aquellos aspectos que ambos eclesiásticos tenían en común. Retomando ese punto, es necesario destacar que los libros no se quedan en la descripción de la trayectoria de estos sacerdotes, sino que a partir de las alternativas de sus vidas nos entregan información sobre el contexto de la época en que actúan. Al respecto es del mayor interés apreciar, ya sea por referencias directas al acontecer nacional o por menciones indirectas o derivaciones, ciertos aspectos de la situación de la Iglesia chilena en la primera mitad del siglo XX. En ese sentido, estos libros pueden ser considerados más que meras biografías; son obras, hasta cierto punto, de historia eclesiástica. Gracias a ellos podemos conocer cuestiones relacionadas con el gobierno de la Iglesia, con las relaciones Iglesia-Estado, con la aplicación efectiva de la doctrina social, y con las estrategias que aplicó la Iglesia chilena para enfrentar o contrarrestar en las diferentes épocas los problemas y amenazas que afectaban al catolicismo y a la Iglesia. Tanto a monseñor González Eyzaguirre como a monseñor Casanueva Opazo les tocó vivir períodos muy difíciles para la Iglesia, por que coincidieron con momentos de gran efervescencia en el país desde el punto de vista de las ideologías y de la situación económica social. Ambos eclesiásticos respondieron personal e institucionalmente a los desafíos que las circunstancias les imponían y lo hicieron de acuerdo a los principios tradicionales en el caso de la pobreza, es decir, mediante el ejercicio de

la caridad; pero además también estuvieron abiertos a llevar adelante iniciativas que implicaban nuevos métodos e instrumentos que provenían o se inspiraban en el catolicismo social de raíz europea. Ante la difícil situación social que se vivía como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, el arzobispo González Eyzaguirre redobló sus esfuerzos a favor de los desamparados; organizó ollas del pobre, hizo llamados a la caridad del clero y de los laicos. Murió en 1918 recomendando a los eclesiásticos a que trabajaran “en la conservación y crecimiento de todas las obras que favorecen a los pobres”. Monseñor Casanueva, en la etapa final de su vida, bastante mayor ya, no fue capaz de adaptarse a los cambios que la modernidad de la década de 1950 provocaba al interior de la Universidad. El quiso seguir dirigiéndola como lo había hecho siempre, de manera personalista y autoritaria. Pero, esa forma de gobierno, a esas alturas, no era posible.

No obstante la labor más o menos exitosa que los biografiados desarrollaron en el ejercicio de los cargos que les tocó asumir, lo que más resalta en ambos casos es el compromiso con su condición sacerdotal. Los cargos fueron responsabilidades y obligaciones que asumieron solo por obediencia y disciplina eclesiástica. Sus nombramientos los recibieron con agobio y, directa o indirectamente, queda en evidencia que lo que más los motivaba era el servicio pastoral de los fieles y la contribución que pudieran hacer a la existencia de un clero numeroso e idóneo.

En suma, ambos libros, con sus virtudes, limitaciones y particularidades, reconstruyen de manera apropiada las vidas de estos destacados eclesiásticos. El lector no solo se forma una idea acerca de la trayectoria de ellos y de la labor que realizaron, sino que también puede apreciar aspectos interesantes acerca de la historia de la Iglesia chilena, sobre todo los relacionados con las percepciones que algunas de sus autoridades tenían respecto de los desafíos que se le presentaban y de las respuestas que ofrecían.

RENÉ MILLAR CARVACHO
Pontificia Universidad Católica de Chile

JUAN PABLO GONZÁLEZ y CLAUDIO ROLLE, *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*. Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2004, 645 págs.

Los autores se propusieron alcanzar varios objetivos con esta investigación, según señalan introductoramente.

Su principal aspiración fue “descubrir cómo una sociedad recibió, seleccionó, transformó, hizo suya y preservó determinadas propuestas musicales; cuáles fueron sus condiciones de producción y consumo durante más de medio siglo y cómo se construyeron sus posibles sentidos”. Mediante el sonido –dicen–, intentaron conocer “ a quienes compusieron, tocaron, bailaron y escucharon un repertorio que constituye un puente sensible” entre el tiempo presente y el transcurrido en el lapso 1890-1950 (p. 13). Asimismo, se interesaron en dar cuenta de la “dimensión

sonora del pasado”, advirtiéndonos que con ello se preocupan de una dimensión desatendida por la historiografía y, de paso, realizar “un aporte a la valoración y recuperación de un patrimonio hasta ahora conservado con un halo de descuido o con tonos marginales, restableciendo elementos importantes para la memoria común de la experiencia histórica del siglo XX chileno” (p. 18).

El libro, en consecuencia, es ante todo historia social, porque intenta comprender la sociedad chilena del siglo XX desde la música popular, siendo su objeto de estudio, como se supondrá, la música, con sus variadas formas de expresión y medios o espacios de transmisión. Por eso en la exposición aluden a géneros, a diferentes prácticas musicales, a composiciones e interpretaciones, a repertorios, a autores y músicos nacionales y extranjeros, a la industria encargada de producir, reproducir y hacer circular la música, a lugares donde se realizaba o difundía, a cómo se utilizó, a los procesos de significación y transformación cultural y artística (p. 19).

Por música popular González y Rolle entienden una música mediatizada, masiva y moderna. Mediatizada, porque se difunde a través de una industria musical e instrumentos tecnológicos; masiva, porque simultáneamente es escuchada por numeroso público, al punto que supera las nacionalidades, y moderna, porque es cosmopolita, uno de los símbolos del progreso, de la integración de razas y culturas diversas (p. 26). Tocante a nuestro país, hacen una distinción importante. Dicen referirse más a la música popular “en” Chile y no “de” Chile, porque consideraron aquella música que fue “seleccionada, apropiada, practicada y, en este proceso, resignificada por el chileno, venga del campo o la ciudad, del país o del extranjero” (p. 20).

La materia en cuestión se abordó a partir de dos proposiciones. Una, “la existencia de vínculos entre la música popular practicada en Chile durante la primera mitad del siglo XX con la historia social del período”. Una historia social, según se sabe, que se modificó progresivamente desde el siglo XIX en adelante, siguiendo modelos de vida y todo tipo de manifestaciones culturales provenientes de Europa y Estados Unidos y que, en este sentido, experimentó un significativo cambio entre los años 1930 y 1950. Por esta razón el texto se organiza teniendo en cuenta los siguientes fenómenos y procesos: modernización; persistencia del antiguo orden, democratización del consumo y masificación social en el mundo burgués, obrero y mesocrático, en el espacio público y privado y en las relaciones entre estos mundos y los espacios sociales. La segunda proposición, es que Chile ha “condicionado tanto el carácter y comportamiento de sus habitantes como sus formas de práctica y consumo musical”, dado que se consideró a sí mismo como país pobre, aislado y alejado.

Sobre la base de tales premisas, los autores formulan varios planteamientos –generales y específicos–, distinguiéndose, a nuestro juicio, tres, de entre los generales. Primero, que nuestro país no desarrolló una música popular que se adecuara a los cánones de internacionalización impuestas en el siglo XX, porque habría estado en desventaja respecto de otros países de América, al tener “ausencia o marginalidad de expresiones musicales negras y mestizas”. Segundo, que la predominancia de géneros rurales dejó al chileno de ciudad sin la posibilidad de practi-

car o disfrutar su propia música urbana”. Por último, “que el alto porcentaje de música extranjera consumida en Chile a lo largo del siglo XX tiene que ver, justamente, con tales carencias, las que finalmente el músico y el público chileno han revertido y transformado en la virtud de ‘estar al día’ y así poder elegir entre una variedad de prácticas y propuestas musicales que luego serán apropiadas y reinventadas en el nuevo suelo. El proceso de adopción de música extranjera se fue acentuando con el correr del siglo y la modernización de la cultura de masas, convirtiéndose en un fenómeno que en algunos momentos sorprendió y en otros alarmó a los testigos de esos cambios” (p. 40). En otras palabras, el consumo de carácter “cosmopolita” marcará definitivamente el desarrollo de la música popular (p. 42), constituyéndose en “un medio de relación de Chile con el mundo, algo especialmente relevante en un país lejano y asilado” (p. 43).

Para abordar el tema, revisaron un repertorio bibliográfico abundante y diversificado, que va desde textos teóricos hasta novelas, pasando por obras de referencia, monografías, biografías y ensayos. Encuadran el trabajo luego de efectuar un análisis de los estudios publicados en América Latina sobre la materia y en particular sobre Chile. Esta revisión, junto con permitirles detectar el vacío historiográfico que existía al respecto, les aportó una conceptualización e interesantes interpretaciones elaboradas por autores latinoamericanos sobre la realidad de otros países y puntos de comparación con el caso chileno, como se puede observar a lo largo de todo el libro. Además, de este examen concluyen que a partir de la década de 1970 la música popular adquirió en Occidente plena legitimidad como objeto de estudio, iniciándose la investigación sistemática en Chile una década después. Esta obra es la primera que aborda el desarrollo de la música popular en Chile durante el siglo XX.

Es un trabajo a todas luces largo y amplio, en el sentido que cubren sesenta años de un territorio muy vasto, que los obligó a consultar, recopilar y descubrir un numeroso conjunto de fuentes de información. “No hemos descartado ningún tipo de registro documental o fuente”, puntualizan, incluyendo hasta filmografía. Más aún, están muy conscientes de haber hecho una labor pionera, de “reconstrucción de un patrimonio musical antiguo” (p. 17). De hecho, recuperaron más de 400 grabaciones en discos de 78 rpm. En fin, el estudio en este sentido es muy completo y se entenderá cuán novedoso resulta. El rescate de información de fuentes periódicas es enorme, y el de iconografía, particularmente notable. La iconografía habla por sí sola, no únicamente sobre prácticas musicales, músicos o artistas, instrumentos y tecnología musical, sino que contribuye a recrear visualmente la época.

El itinerario de la exposición abarca un espectro muy diverso de ámbitos, medios y formas de expresión musical. Comenzando con la función que al respecto cumplió el salón decimonónico de elite, que ya en los primeros años del siglo XX, “cruzaba” completamente la sociedad nacional en cuanto a música y baile (p. 86), extendiéndose incluso al campo chileno con el “salón folclorizado” (p. 51), hasta llegar al análisis del baile moderno y los diferentes cancioneros que tuvieron impacto en Chile: El europeo (español, francés e italiano) y latinoamericano, sin descuidar el “Folclore de masas” chileno. Una manifestación que se percibió en

inferioridad de condiciones respecto del folclore americano, como señalamos, porque cargando a costas con un sello hispano, no tenía elementos propios definidos, como lo habrían sido los africanos, mestizos e indígenas para otros países. Esta situación exigió del artista nacional del género en cuestión –recuérdese, en medio del proceso modernizador– “el máximo de sus capacidades interpretativas y estrategias performativas” con el objeto de buscar permanentemente “renovación de su propuesta artística sin perder el vínculo con una tradición que lo nutría” muy parcialmente de lo forjado en América sobre la materia. Este esfuerzo explicaría por qué “el artista del folclore y la llamada música típica chilena, experimentaron constantes transformaciones entre 1890 y 1950” (p. 370)

En el recorrido que efectúan, se detiene en otras facetas del asunto, tanto en la música “escénica”, vale decir, la zarzuela, el cuplé, las revistas y variedades, todas expresiones que confluyen en el “camino a la democratización efectiva de la cultura” (p. 154); como también en la industria musical, que se inició con la impresión de partituras y la comercialización de instrumentos y prosiguió con el advenimiento del disco, la radio, el cine y del estrellato, abordando los efectos multiplicadores de esta industria sobre la música y las prácticas musicales. Por ejemplo, el uso de la vitrola posibilitó bailar en pleno campo “charleston y pasodoble”; la aparición de sellos discográficos de marca y “piratas”; los concursos radiales “para descubrir nuevos valores”. El impacto cultural de las películas mexicanas y argentinas, por su parte, “indujo a intentar versiones nacionales de comedias, melodramas y musicales en lo que se cambiaban corridos por tonadas y tangos por cuecas” (p. 248). En fin, la consolidación del uso del micrófono en la década de 1920, permitió que la música popular moderna adquiriese “un formato confidencial, ligado a la comunicación de sentimientos íntimos que pueden llegar a interpretar el sentir de millones de personas simultáneamente, como si las canciones fuesen dirigidas al oído íntimo de cada auditor emocionado” (p. 263). Por último, pasan revista al espacio público, en directa relación con ciertos géneros musicales, ya fuesen las calles y plazas, con la presencia de bandas, orfeones, retretas, carnavales y fiestas (en especial de la “primavera”), ya fuesen los cafés, *cabarets*, *boîtes* y quintas de recreo.

El libro, efectivamente, le aporta la dimensión sonora a la historia de Chile y permite entender la música popular como expresión de modernidad, a la vez que como agente modernizador y, por cierto, explica la configuración de nuestra ecléctica música popular durante el período tratado. Pero el esfuerzo de González y Rolle tiene otro valor que subrayamos. Nos muestran chilenos alegres, románticos, dispuesto a divertirse a crear y recrearse, pese a las tribulaciones económicas y políticas que experimentaron. Nos muestran músicos y artistas de gran categoría y un país, en mi opinión, con gustos más finos musicalmente hablando, que lo que conocemos en la actualidad. En definitiva, se trata de una investigación que no solo logra sus objetivos, sino que también da cuenta de una realidad más desconocida, porque se aproxima un tanto a una “historia de la vida cotidiana”, con retazos de “historia de la vida privada”.

Formalmente se aprecia cuidado, por sus cuantiosas imágenes que acompañan el texto, sus índices, sean bibliográficos, de fuentes, onomástico y de títulos de

canciones, más un broche de oro: el disco compacto que se anexa, con una reseña de sus 26 piezas musicales. Su sonido permite captar mejor algunos planteamientos expuestos y nos entrega un hálito de la sensibilidad musical de aquellos años. Sin embargo, la dicción de algunos de los capítulos, tienden a dificultar, por momentos, una rápida o mejor comprensión. Es un mérito, reiteramos, la información que aportan, pero da la impresión que el afán por describir completamente los hechos, ambientes, protagonistas, etc., traicionó a los autores y los llevó a caer en repeticiones o digresiones muy extensas, porque hay pasajes en los cuales parecen estar orientados a una “historia de la mujer”, por ejemplo, o de “la radio” o “del cine”. En todo caso, estas últimas observaciones, en verdad, en ningún caso disminuye la lista de merecimientos que a nuestro parecer tiene la obra.

ÁLVARO GÓNGORA

Universidad Finis Terrae, Santiago de Chile

ADOLFO IBÁÑEZ SANTA MARÍA, *Herido en el ala. Estado, oligarquías y subdesarrollo. Chile 1924-1960*. Santiago, Editorial Biblioteca Americana, Universidad Andrés Bello, 2003, 382 págs.

Los buenos libros de historia suelen tener su origen en las inquietudes y vivencias de sus autores. El ambiente de cambio que permeaba la década de los 60 y que marcó a los jóvenes —y los no tan jóvenes— de la época, era la respuesta a lo que se sentía como el fracaso del sistema vigente. Aunque dicho ambiente no era un fenómeno únicamente chileno, la protesta contra el *statu quo* tenía en parte un componente local.

Había razones fundadas para el sentimiento de frustración: La tasa de crecimiento económico de Chile desde los tiempos de la Gran Depresión hasta entonces había sido inferior a la de otros países. Habíamos perdido terreno. Las quejas se manifestaban también en el plano social, político y educacional. De ahí que las promesas de cambio bajo las consignas de “Revolución en Libertad” o “Vía chilena al Socialismo”, fueran acogidas con entusiasmo por el electorado. Pero ¿cómo era el Chile que se quería cambiar y, precisando un poco más, cuáles eran los criterios subyacentes a la organización del país y de su economía? Estas son las preguntas que aquí se busca contestar.

Para encontrar la respuesta, el autor se remonta a los años en torno al Centenario de la Independencia cuya celebración se vio acompañada, sino empañada, por un concierto de críticas. Estas compartían una “percepción frustrante de nuestra realidad”, para usar las palabras del autor, y, en términos generales, postulaban una nueva modernidad a través de un fortalecimiento de la identidad nacional y del liderazgo del Estado. Estos sentimientos explican la buena acogida que tuvieron Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez, los caudillos que, cada uno a su estilo, encabezaron el consiguiente proceso de cambios.

El autor reseña brevemente la gestión pública de estos actores, para luego identificar las nuevas ideologías: el corporativismo, que no tuvo mayores manifestaciones en el plano político-constitucional, pero que se manifiesta en el reconocimiento de los intereses gremiales; el socialismo, cuya eclosión desplazó el espectro político chileno hacia la izquierda en el período estudiado, y la planificación y tecnificación como criterios de gobierno, tendencia que otorgó creciente primacía al gremio de los ingenieros.

Interesan particularmente las novedades que presenta la organización del Estado a partir de los años 20. En lo político destacan los poderes de emergencia para el control del orden interno; en lo administrativo se advierte el énfasis en el fomento de las actividades productivas conforme a criterios técnicos, lo que se evidencia en la creación de nuevos ministerios y organismos de crédito sectoriales y, por cierto, en la creación de la CORFO. El nuevo orden quedó plasmado en la reorganización de los ministerios de 1942 y tuvo su expresión física en la construcción del llamado “barrio cívico” que se completó por esos años

Adolfo Ibáñez define el orden de cosas resultante como “un concierto de intereses sectoriales” en el que el Estado, dotado de amplias facultades, es el árbitro que resuelve, en último término, entre aspiraciones contrapuestas. Advierte que la burocracia estatal ocupa una posición ambigua en este esquema, tanto porque representa sus propios intereses cuanto por su heterogénea configuración política.

Como una forma de aproximarse al modo de operar de este concierto de intereses, el autor revisa la organización y funcionamiento de algunos de estos organismos de fomento sectorial. Hay una breve referencia a la Empresa de los Ferrocarriles del Estado que, anterior en su origen y sin formar parte del conjunto, tiene un carácter modélico tanto por su concentración de ingenieros como su *ethos* precursor, en cuanto a la completa indiferencia, y hasta diría, desdén, por su autofinanciamiento. También se aborda la Caja de Crédito Minero, la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo y el Banco del Estado. Sin embargo la mayor atención está concentrada en la Corporación de Fomento (CORFO), motor de la política industrial de la época, y en sus filiales: ENDESA, CAP y ENAP.

En general, todos estos organismos funcionaban con un criterio que el autor califica de “creacionista”, según el cual lo importante era producir, sin considerar los costos de producción ni la rentabilidad de la empresa. Por lo mismo, y al no generar utilidades, debieron depender de los aportes presupuestarios para mantener sus operaciones y cumplir su misión. Es decir, los contribuyentes subsidiaban las distintas actividades económicas conforme a las prioridades del Estado o a la capacidad de presión de los sectores respectivos. Se entiende que con estos criterios una empresa como la CAP, para tomar un caso, no podía exportar al exterior, algo que no preocupaba demasiado ya que el principio subyacente era el de la autarquía y no los de eficiencia y competitividad.

Al tratar estas instituciones, el autor da ejemplos de lo arbitrario que podían resultar las decisiones de estos organismos, que en el caso de la CORFO se manifiesta en el apoyo brindado a unas empresas en desmedro de otras, sin mayores argumentos técnicos. Del mismo modo deja entrever las pugnas sectoriales y la defensa de parcelas dentro del sector estatal. Estos planteamientos, que cuestionan

la visión positiva que existe sobre dichos entes, resultan novedoso, ya que las historias institucionales respectivas tienden a aminorar, cuando no omitir, aquello que vaya en desmedro de su imagen. Estos aspectos negativos del sistema, y hay muchos otros –basta pensar en el régimen de comercio exterior– merecen ser estudiados con mayor profundidad, no obstante las dificultades para abordarlos.

El efecto de este conjunto de fuerzas, señala Adolfo Ibáñez, es una apariencia de consenso entre los actores influyentes. Sin embargo, advierte que detrás de este concierto de intereses hay una pugna sectorial, con beneficios para aquellos que tienen influencia política y con la marginalización de aquellos que no la tienen. Me parecen muy reveladores sus comentarios a propósito de los diferentes logros en materia de beneficios provisionales conforme a la capacidad de presión de cada grupo.

Entre los sectores postergados por las características del sistema, menciona el Poder Judicial y las Fuerzas Armadas. El primero resulta desplazado por la extensión de los poderes administrativos del Estado, entiéndase el Poder Ejecutivo, mientras que estas últimas, al mantenerse al margen de la política contingente, carecen de medios de presión. Habría sido interesante conocer la opinión del autor acerca de la tesis de los “choques entre sectores” planteada por Markos Mamalakis, según la cual el mayor conflicto no se plantea entre los empresarios y los trabajadores sino entre los diferentes sectores de la economía. En los sectores favorecidos, como sucede con la industria, prosperan unos y otros, mientras que en los sectores postergados, como era el caso entonces de la agricultura, tanto los propietarios como los trabajadores rurales se empobrecen respecto al resto del país.

En la última parte de la obra el autor entrega lo que llama “un mosaico de noticias acerca del país” a mediados del siglo. Unas veces se trata de breves panoramas generales, como lo hace por ejemplo, con la distribución de la población, el desarrollo de las letras y de las artes, el sindicalismo y el sistema de partidos. Otras veces son viñetas monográficas, algunas de las cuales resultan muy esclarecedoras, por más que solo representen fragmentos de una realidad mucho mayor. Es el caso de aquella sobre Santiago y sus barrios sin otra unidad que los recorridos de micros que los comunican; sobre el pensamiento de Mario Góngora como representante de la historiografía tradicionalista, y la relativa al Colegio de Abogados como modelo de organización gremial con reconocimiento e injerencia del Estado.

Los resultados económicos del país bajo el régimen de “concierto de intereses sectoriales” no pueden ser más deprimentes. Los testimonios de los economistas de la época que aquí se reproducen, y que están avalados por los estudios posteriores de Rolf Lüders y otros, no hacen sino poner en números y palabras los motivos del descontento general con la clase política. El amplio triunfo de Carlos Ibáñez en 1952 y la victoria estrecha de Jorge Alessandri en 1958 fueron, precisamente, una manifestación de la voluntad del electorado tener un presidente independiente. El autor observa con agudeza que fue justamente durante la década del 50 que la expresión “subdesarrollo” difundida por los economistas de la CEPAL cobra difusión y aceptación. Chile, concluye, “era un país herido en el ala”. Peor aún, la “modalidad subdesarrollada nos llevó a eludir el reconocimiento de nuestra falta de

ganas de ser más, asumiendo la disciplina que ello exige... Por aquí aceptamos que el país estaba *estructuralmente* fallado, y que frente a ello no cabía más que transformar las estructuras". Eso fue lo que propusieron entonces la Democracia Cristiana y la izquierda marxista.

Volviendo a lo señalado al comienzo, este libro es el resultado de las inquietudes personales del autor respecto de una época que llegaba a su ocaso. No obstante la variedad de temas abordados, no constituye una historia general de Chile en el período, sino más bien una explicación esclarecedora del sistema político económico imperante: su origen, su funcionamiento y su fracaso.

El énfasis en algunas materias y la omisión o tratamiento somero de otras concuerda de alguna manera con la temática de las investigaciones de Adolfo Ibáñez a lo largo de los años, lo que, de paso, nos dice que estamos ante una obra largamente meditada. Refuerza esta idea el hecho que el autor haya recurrido al formato de ensayo, sin las limitaciones que impone un aparato crítico, aunque el texto reproduce documentos debidamente identificados e incluye una bibliografía con los trabajos utilizados y una lista de fuentes iconográficas

Es preciso hacer mención de esta última, porque el autor ha dado importancia a las ilustraciones en la obra y comenta la dificultad que tuvo para obtener fotografías de algunos personajes, obras y situaciones. El resultado de su esfuerzo es más que satisfactorio, sin perjuicio de la repetición de algunas imágenes como las de Guillermo del Pedregal (pp. 141 y 221) y de Reinaldo Harnecker (pp. 195 y 221).

Este libro es el primero de una trilogía; la misma editorial ya ha publicado un segundo *Abrazado por la Revolución*, que cubre el período 1960-1973, y se promete un tercero relativo a generación que precede a la aquí estudiada. La obra comentada es, empero, autónoma en sí misma, de lectura fácil y cumple ampliamente con los propósitos del autor.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN
Pontificia Universidad Católica de Chile

CARLOS MÉNDEZ NOTARI, *Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico (1884-1924)*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago. 2004, 138 págs.

Uno de los tópicos menos estudiados por la historiografía chilena referida a la Guerra del Pacífico es el relacionado con las consecuencias sociales que provocó, directa o indirectamente, este conflicto bélico. Gran parte de los trabajos dedicados a esta conflagración internacional tienen como punto de partida enfoques militares, diplomáticos, económicos e incluso ideológicos, sin embargo, son escasos los análisis centrados en el profundo impacto que tuvo la guerra tanto en la sociedad chilena como en sus principales actores: los soldados. Intentando revertir esta tendencia, el oficial de Ejército Carlos Méndez Notari nos presenta su libro *Héroes del Silencio: Los Veteranos de la Guerra del Pacífico (1884-1924)*, publicación

que recoge la investigación presentada para obtener el grado de Magíster en Historia en la Universidad de Santiago de Chile.

Su objetivo principal se centra en rescatar la figura del “veterano del 79” y estudiar su reinserción social y laboral en el mundo civil una vez que volvió del campo de batalla. El autor postula que más allá de la heterogénea composición social de los cuerpos armados, el calificativo de ‘veterano’ puede ser considerado como una categoría identitaria válida para todos aquellos que participaron del conflicto bélico, ya fuera como soldados u oficiales o bien entregando sus conocimientos profesionales en actividades complementarias de las operaciones de guerra.

Para la realización de este trabajo el autor revisó, entre otras fuentes, la documentación existente en los archivos del Ejército, de la Escuela Militar y del Obispado Castrense, la que complementó con información aparecida en la prensa. Tuvo también acceso a lo archivos que aún conservan los Círculos de Veteranos de Valparaíso y Copiapó y entrevistó a algunos familiares de combatientes de la Guerra del Pacífico.

El libro está dividido en cuatro capítulos. En el primero de ellos se pretende caracterizar a los veteranos de la guerra y describir sus principales preocupaciones una vez que dejaron atrás el período en el que sirvieron al país empuñando las armas. Basándose en el *Álbum de inválidos de la Guerra del Pacífico*, Carlos Méndez procede a realizar una somera caracterización del contingente movilizado de acuerdo a su procedencia geográfica, edad, estado civil, grado de alfabetización y ocupación anterior. Esta valiosa fuente contiene las fichas médicas, incluidas fotografías, de 172 militares que resultaron inválidos en combate, adjuntando el presupuesto del tratamiento a que debían ser sometidos para lograr su rehabilitación. Si bien consideramos un acierto el rescate de esta importante pieza documental, como registro científico de una de las consecuencias humanas más lamentables del conflicto, es pertinente tomar distancia de las conclusiones que el autor presenta a partir de ella. Aun cuando la información pueda ser estadísticamente representativa, no podemos olvidar que tan solo se estudian los antecedentes de menos del 0,5% del universo total de soldados que fueron movilizados con motivo de la guerra.

Más adelante, se analizan las problemáticas a las que se vieron enfrentados los veteranos una vez que finalizó el conflicto. Mientras un número no menor se asentó en el norte desempeñando diversas funciones en oficinas salitreras, quienes regresaban a la zona central vivirían en medio de frecuentes dificultades económicas que condicionarían sus demandas reivindicativas ante el Estado chileno.

Si los familiares de aquellos soldados que habían fallecido en campaña y los veteranos que habían quedado inválidos a consecuencia de la guerra consideraban exiguas las pensiones que recibían, mucho más apremiante era la situación de los combatientes licenciados que no lograban reinsertarse con éxito en el mundo laboral. Por más que la condición de ‘veteranos del 79’ los hiciera distinguibles socialmente al proporcionarles cierta identidad de grupo, tal característica no les aseguraría un mejor porvenir económico ni para ellos ni para sus familias. Tanto la forma en que el Estado acogió estas demandas, como la manera en que los propios veteranos se organizaron para paliar sus necesidades, son abordadas simultánea-

mente en los capítulos II y III. A nuestro juicio, una mejor comprensión del tema aconsejaba agrupar dichos contenidos en un solo apartado que vinculara de mejor manera requerimientos y soluciones.

En la descripción de las instituciones que creó el Estado para atender las exigencias de los soldados y sus familias, el autor es deudor casi exclusivo de la información recopilada por Sergio Rodríguez Rautcher en *La Problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico*, lo que queda en evidencia al constatar la reiteración de sus imprecisiones. Señalar que la *Sociedad Protectora de Valparaíso*, establecida en diciembre de 1879, fue la primera institución que se organizó en el país para prestar apoyo a las viudas, huérfanos y soldados que lo requiriesen, y que a partir de ella se fundaron “otras similares en Santiago, Talca y La Serena” es una de las inexactitudes que contiene la obra (pág. 47). La primera *Sociedad Protectora* tuvo como gestor intelectual a Benjamín Vicuña Mackenna y celebró su primera reunión a mediados de mayo de 1879 en Santiago. La de Valparaíso, fundada tan solo unas semanas después que la de la capital y en estrecha relación con ella, llevó en un primer momento el nombre de “Sociedad Arturo Prat”, en honor al héroe de Iquique.

Imprecisiones aparte, nos parece interesante el estudio que el autor realiza de las asociaciones y mutuales que crearon los veteranos para prestar auxilio a los ex combatientes que lo requiriesen y canalizar sus demandas ante las autoridades estatales. El *Círculo de Veteranos del 79*, la *Sociedad de Veteranos del 79*, la *Sociedad Defensores de Chile* y otras organizaciones de similar tenor surgidas en provincias, tuvieron como denominador común la generación de recursos tendientes a solventar algunos gastos básicos de veteranos en precaria situación económica. En general, su estructura interna tendía a reproducir el carácter jerárquico de los cuerpos armados y no eran infrecuentes, como actividad complementaria, los llamados a recibir reinstrucción militar. Aun cuando la descripción de estas asociaciones nos parece conveniente, sostenemos que se pudo haber profundizado en las vinculaciones externas de estas organizaciones, como por ejemplo con el activo movimiento mutual de la época.

En el capítulo IV se aborda someramente la complementaria relación entre el Ejército y la Iglesia durante la Guerra del Pacífico. Mientras que en el campo de batalla dicha unión se manifestó de manera evidente a través de la presencia de capellanes castrenses que auxiliaban espiritualmente a las tropas, en las ciudades se expresó a través de la creación y administración, por parte de eclesiásticos, de hospitales y casas de convalecientes para atender a los soldados que regresaban heridos o inválidos de la campaña. Las casas de huérfanos, como el *Asilo de la Patria de Nuestra Señora del Carmen* y el *Asilo de la Purísima*, en las que se les brindaba alojamiento, alimentación e instrucción a los hijos de los combatientes que habían fallecido en actos de servicio, solo reciben una breve mención, sin detallar las problemáticas y desafíos que debieron enfrentar estas instituciones. En el caso específico del *Asilo de la Patria*, dichas dificultades terminarían decretando su cierre definitivo tras el retiro de la subvención estatal.

A pesar de no recoger parte de la bibliografía extranjera que ha estudiado fenómenos similares y de estar estructurado de manera poco conveniente, nos pare-

ce que el libro avanza en terrenos poco explorados por la historiografía nacional, radicando allí su mayor virtud. Por ello, más que constituir un trabajo definitivo en su ámbito, debe ser ponderado como un antecedente a considerar en futuras investigaciones.

DAVID HOME VALENZUELA.

GENERAL MARIANO NAVARRETE, *Mi actuación en las revoluciones de 1924 y 1925*, edición y presentación de René Millar Carvacho. Colección de memorias militares, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2004, 557 págs.

El Centro de Estudios Bicentenario ha editado este nuevo volumen de Memorias Militares. En esta oportunidad las que corresponden al General Mariano Navarrete y su participación en las revoluciones de 1924 y 1925, que se encontraban inéditas hasta ahora. Esta iniciativa es importante ya que el general Navarrete fue un actor de primera importancia en los sucesos que recuerda, en su calidad de Inspector General del Ejército, denominación que en esa época se daba al Comandante en Jefe del Ejército. Sus memorias arrojan nuevas luces de un período en que Chile cambia su sistema de gobierno e inaugura una nueva constitución. La Pontificia Universidad Católica de Chile es la actual depositaria de estas memorias que a instancias de Francisco José Folch, le fueron donadas por sus nietos Mariano y Jorge Navarrete y que se habían mantenido inéditas durante setenta años.

El libro comienza con una presentación que hace el profesor René Millar Carvacho, estudioso de este período de nuestra historia, que con precisión coloca las memorias del general Navarrete en su contexto histórico. El movimiento militar de septiembre de 1924 como fruto espontáneo de las circunstancias, algunas coyunturales y otras de larga duración. Entre las primeras, señala las actitudes del gobierno y el Presidente Alessandri con respecto a una nueva dieta parlamentaria en desmedro de un reajuste de las remuneraciones de los empleados públicos y las Fuerzas Armadas y las reuniones del Presidente con oficiales muy descontentos por la situación. Entre las circunstancias de larga duración, considera la poca eficiencia del sistema parlamentario y la situación interna de las Fuerzas Armadas. En relación a estas resalta el conflicto que se produce por una acelerada profesionalización que acorde a las nuevas exigencias no va acompañada de un incentivo de desarrollo profesional y de remuneraciones. Continúa el profesor Millar señalando las disensiones que se producen entre los militares, es decir, entre la Junta de Gobierno que asumió el control del país el 5 de septiembre apoyada por políticos unionistas y el comité militar verdadero precursor del movimiento que se mantuvo como un poder paralelo. El resultado final fue un nuevo movimiento militar liderado por Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove apoyados por políticos alessandristas, que el 23 de enero de 1925 derrocan a la Junta de Gobierno. Así se reafirmaba el ideario regeneracionista y se restauraba a Alessandri en la Presidencia de la República, con el compromiso de convocar una asamblea encargada de elaborar la

Constitución prometida. Para evitar que la revolución volviera a desvirtuarse asumió como Ministro de Guerra Carlos Ibáñez. Así, el movimiento dejaba en evidencia además las profundas diferencias entre el Ejército y la Marina que tuvieron al país al borde de la guerra civil. Finalmente, nos dice Millar, Alessandri gobernó de “facto” y sometido a una tuición del sector revolucionario del Ejército. Ibáñez quería liderar el nuevo régimen pero se encontró con la cerrada oposición de la Marina lo que lo obligó a abandonar su candidatura presidencial. El candidato de consenso fue finalmente don Emiliano Figueroa quien resultó elegido para suceder a Alessandri.

El profesor Millar nos recuerda además a los memorialistas del Chile de comienzos del siglo XX, lectura obligada para entender esta parte de nuestra historia, tales como Manuel Rivas Vicuña, Enrique Oyarzún, Arturo Alessandri, Arturo Olavarría, René Montero, Elías Lafferte, Agustín Edwards, Abraham König, Aquiles Vergara y Carlos Vicuña Fuentes, entre otros. El General Navarrete, nos dice, se agrega a estos y a otros militares que retratan el período como Juan Pablo Bennett, Arturo Ahumada, Enrique Monreal, Carlos Sáez, Raúl Aldunate y Tobías Barros. Además del Almirante José Toribio Merino y Edgardo von Schroeders y el General de Aviación Ramón Vergara Montero. Finaliza la presentación del libro con los antecedentes biográficos del General Navarrete que retratan su interesante carrera que la inicia dejando de ser profesor en el Liceo de Ovalle, para transformarse en Teniente del Ejército congresista. De esta forma el lector podrá conocer sus diferentes destinaciones tanto en Chile como en el extranjero, hasta la última de su carrera militar que lo llevó a asumir el mando del Ejército en las más delicadas circunstancias. Más tarde ya retirado se desempeñó como Ministro de Educación del gobierno de Ibáñez en 1929.

Las memorias tienen un gran valor documental, nos señala Millar, y fueron escritas, según el General, para dar explicaciones a sus hijos de su participación en los sucesos políticos de 1924 y 1925 y luego entregar antecedentes para la futura historia de ellos. Están escritas en primera persona, con un esfuerzo evidente por hacer una relación objetiva de los hechos. El autor es cuidadoso en el lenguaje, siendo su estilo, propio de la época, un poco rebuscado. Le gusta guardar las formalidades y evita juicios hirientes aunque a veces utiliza fuertes calificativos.

La pluma fluye fácil en las manos del General Navarrete, quizás su condición de profesor de liceo le dio el don que usted podrá apreciar en las memorias que escribe. Sus recuerdos van directamente al grano y se inician describiendo la situación política que se vivía antes del movimiento revolucionario de 1924. El General confiesa que esto lo escribe solo de oídas ya que permaneció en el extranjero a cargo de la misión militar de Chile en Europa entre 1920 y 1924. Dice que los bloques políticos de la época se enfrentaban con fuerza y que el conglomerado de la Unión Nacional trataba de hacer fracasar al gobierno de Alessandri y la Alianza Liberal, por su parte, reaccionaba a su vez con un alto grado de intransigencia ante los reclamos de la minoría. Resultado de este enfrentamiento la solución a los grandes problemas que aquejaban a la gente, seguía en espera. Plantea además que jamás tomó partido, ya que no se relacionó nunca con políticos de ningún sector, a excepción del período en que le tocó asumir el mando del Ejército.

El General relata que el movimiento de 1924 lo vivió viajando a Chile y solo se enteró de sus detalles por los oficiales que fueron enviados a buscarlo. Así reflexiona: “La revolución, es decir, el trastorno del orden social existente, el choque de ideas o doctrinas antagónicas que pugnan por prevalecer las unas sobre las otras, es una especie de locura colectiva que se apodera de los hombres de los distintos bandos, predisponiéndolos al crimen, a la violencia y al abuso”. Agrega que el progreso y las nuevas orientaciones de las masas populares, imponían la sustentación de otras doctrinas más racionales que contribuyeran al engrandecimiento del país y a la satisfacción de las necesidades populares. Con respecto a la situación en Chile después de la renuncia de Alessandri y la clausura del Congreso, señala que aparte de las maquinaciones del comunismo, combatidas enérgicamente por la Junta Militar, no había ningún peligro que amenazara la estabilidad del gobierno, de hecho, garantida por la opinión pública, que anhelaba un Ejecutivo fuerte y consciente de sus deberes. El General Navarrete toma posición apoyando a la Junta de Gobierno y su programa, que prometía la solución de los grandes problemas del país, particularmente la reorganización de los servicios públicos. Afirma: “La deliberación, tratándose de salvar a la nación de la ruina que la amenazaba, no era en este caso especial una falta contra la disciplina. Por el contrario era un deber ineludible abandonar por esta vez el marco estrecho de los deberes cívicos compatibles con la profesión de las armas, a fin de estudiar y poner en práctica los medios adecuados para curar el país, radicalmente, de los males endémicos que consumían su poderoso organismo”. Agrega más adelante que el militar no era un autómatas, sino un miembro eficiente de la colectividad nacional y por lo tanto no sería adecuado privarle del derecho de emitir sus opiniones para contribuir con su consejo a la buena solución de los problemas que la aquejaban. Navarrete también analiza, por la información que tenía, las relaciones de subordinación y disciplina entre el Comando Superior y la oficialidad. Concluye que la experiencia de cada día demostró que los revolucionarios procedían sin consultar a sus superiores jerárquicos pero tuvieron el buen tino de prescindir de la tropa, pues de ese modo se hizo una revuelta de ideas, donde no se esgrimieron otras armas que las del patriotismo y la convicción. Pese a esta realidad el General decidió permanecer en las filas del Ejército siendo nombrado por la Junta Jefe del Estado Mayor General del Ejército. Más adelante ante la desconfianza que se le tenía al Coronel Alfredo Swing como Comandante del Cuerpo de Carabineros, se le designó a él, sin dejar su puesto de Jefe de Estado Mayor. Esta situación generó una crisis de proporciones con un conato de revolución de las fuerzas de Carabineros en diciembre de 1924 y un aumento de la tensión existente entre la Junta de Gobierno y la Junta Militar. El general relata el importante papel que le tocó jugar en esta crisis y su opinión muy clara de que la Junta Militar no podía subsistir junto a la Junta de Gobierno.

El detallado relato que hace el autor sobre las vicisitudes de la revolución del 23 de enero de 1925 es muy interesante, ya que fue un actor y espectador privilegiado en la situación que se vivió. Nos dice que esta revolución no tuvo el carácter de espontaneidad que distinguió al movimiento de septiembre. Su gestación fue lenta y laboriosa. Antes que los militares, empezaron a insinuarla los políticos, circunstancia que dificultó su preparación, pues aquellos no querían aparecer como

instrumentos de los hombres que ellos mismos habían condenado. Algunos militares buscaron la adhesión de los comunistas a cambio de algunas leyes sociales, los que abusando de esta situación empezaron a buscar nuevos adeptos y a propalar en el Ejército y entre los obreros patriotas sus doctrinas disolventes. Navarrete insiste que los militares en general no estaban de acuerdo en un nuevo movimiento revolucionario y que los que participaron en el movimiento de enero fue un grupo de militares y políticos audaces que supieron aprovechar con talento y energía, el momento propicio para hacerlo. Entre los revolucionarios, destaca el autor, al senador Armando Jaramillo, al Capitán Fenner, al líder militar elegido Comandante Carlos Ibáñez del Campo y al alma de ellas el Mayor Marmaduke Grove. Las unidades que participaron en el movimiento fueron el Regimiento “Cazadores”, parte del regimiento “Pudeto” y personal de la Escuela de Caballería. Estas unidades eran bastante reducidas y de haberlo decidido el gobierno podría haberlas controlado. Las causas de la revolución las explica Navarrete entre otras, por el desacuerdo entre la Junta de Gobierno y la juventud militar en relación a la urgencia de las reformas, a la presencia de políticos de la Unión Nacional en el gabinete que mantenían su ideario anterior al movimiento. También a la dualidad de poderes de la Junta de Gobierno y Junta Militar los que no estaban delimitados. Asimismo, al alejamiento de los partidos políticos en los negocios del Estado colocando en evidencia la incapacidad de los militares para gobernar el país. El general estaba en La Moneda cuando entraron los revolucionarios a detener a los miembros de la Junta de Gobierno, lo que relata con detalles. La Armada no estuvo de acuerdo con el movimiento lo que obligó al Ejército a movilizar unidades a Valparaíso, el regimiento “Coraceros”, llamado irónicamente “caballería de marina” partidario de los marinos, fue embarcado para evitar las represalias de los revolucionarios. Don Agustín Edwards jugó un papel importante para resolver el conflicto con los marinos, el que pudo haber desembocado en una guerra civil, nos relata el General Navarrete. A esta actividad se sumó él mismo, como delegado de la Junta Provisionaria de Gobierno en espera de la llegada de Alessandri desde Europa. La mirada del general al interior del Ejército es esclarecedora de la delicada situación que vivía la disciplina en los cuarteles. Los incidentes en los regimientos se sucedieron ya sea en el “Valdivia” promovidos por los suboficiales para conseguir mejores condiciones de vida o por los oficiales del “Pudeto” y el “Tucapel” y otras unidades de infantería que se quejaban de las irritantes diferencias que se hacían con los oficiales de caballería que tenían el control del movimiento militar. La reacción del gobierno fue dura y se cometieron muchas y dolorosas injusticias contra los que no estuvieron de acuerdo con el movimiento del 23 de enero y que después se opusieron a Ibáñez.

Otro aspecto interesante que nos relata el General Navarrete es su encuentro con Alessandri, ya que le correspondió ser parte de la comitiva que lo recibió en Montevideo y luego en su paso por Argentina, teniendo la oportunidad de entregar su parecer sobre el nulo avance del país y las desastrosas consecuencias de las revoluciones sobre la disciplina militar. El relato de los sucesivos banquetes de los que fue objeto el Presidente Alessandri en los cuarteles militares, a su regreso, donde se habló desembozadamente de política, era otra muestra del delicado am-

biente que se vivía en los cuarteles y lo difícil que era para un General controlar situaciones donde la jerarquía era pasada a llevar casi en forma normal. Quizás el hecho culminante en el que le tocó participar a Navarrete como él mismo lo califica, fue en su condición de miembro de la Comisión Consultiva para redactar la nueva Constitución, el relato fluye fácil y deja en evidencia toda la tensión dramática que se vivió para que finalmente se aprobara la iniciativa. El detalle de las principales opiniones, entre ellas las de nuestro autor, nos coloca en el centro de la discusión que dio finalmente un nuevo régimen de gobierno para Chile. La intensidad del relato no cede y muestra los hechos uno tras otro, como la candidatura de Ibáñez a la Presidencia, la renuncia de Alessandri, el gobierno de Barros Borgoño y la candidatura de Emiliano Figueroa, la oposición del Ejército y la Marina a los deseos presidenciales de Ibáñez, la inquietud en los cuarteles, los noches de vigilia y finalmente la inevitable ruptura de Ibáñez y Navarrete y la renuncia de este a su cargo en noviembre de 1925.

El General Navarrete terminó su libro en noviembre de 1926, justo un año después de su retiro, su afán es claro: “Sin otra ambición que la necesidad de satisfacer una sentida aspiración de mi alma y rendir tributo de cariño a mis hijos, entrego al tribunal de la opinión pública, ante el cual se han desarrollado los hechos aquí comentados, la apreciación de esta obra, que espero le ha de servir también para formarse un juicio exacto sobre los hombres que actuaron en este lapso de la vida nacional”. Sus contemporáneos no pudieron juzgarlo, nosotros sí, tenemos la oportunidad de hacerlo gracias a la publicación de este libro. Es un testimonio que vale la pena leer y que completa con importantes aportes lo que se conocía de ese conflictivo período.

ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL
Universidad Finis Terrae, Santiago

CARLOS PARDO-FIGUEROA THAYS y JOSEPH DAGER ALVA (eds.), *El virrey Amat y su tiempo*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero, 2004, 476 págs.

Manuel de Amat y Junyent fue gobernador colonial de Chile, entre 1755 y 1761, y, luego, virrey del Perú hasta 1776. Vale decir, en tanto agente político del imperio hispano, le tocó ejercer su labor en medio de todos los cambios y refuerzos desplegados por la Ilustración borbónica. En este sentido, sin duda, su tiempo fue apasionante, al igual que los procesos que experimentaron –o las razones por las que no lo hicieron– los diferentes actores de la sociedad peruana de esas décadas.

El libro que ahora comentamos pretende dar luces sobre lo anterior, siendo el resultado, a la vez colectivo e individual, del trabajo de un grupo de jóvenes investigadores de la Universidad Católica del Perú. Cada uno de ellos se encargó de explorar las diversas facetas públicas y privadas del virrey, en un recorrido que nos lleva desde su Cataluña natal, su carrera militar en España y su primer nombra-

miento gubernativo en América, como gobernador de Chile. La parte medular del libro contempla la revisión de su gobierno propiamente peruano, a partir de las diferentes áreas que marcaron la orientación borbónica de su administración. Así, la educación, la Iglesia, lo militar, el orden policial y la justicia. La obra termina con episodios más privados, ligados a sus negocios y a su amante.

Quisiéramos comenzar nuestro sobrevuelo en un plano más epistemológico, para luego adentrarnos a los contenidos específicos. Y nada mejor para ello que destacar la posición que presenta en su introducción uno de los editores de la obra, dando cuenta de la perspectiva positivista tradicional que dará el tono al libro. Allí, Joseph Dager nos muestra la revalorización del género biográfico en su perspectiva historiográfica más conservadora, aquella que trata “*sobre el connotado personaje, el acreditado héroe, el digno estadista o el santo varón*” (p. XI).

En efecto, como lo apunta el mismo editor –en una postura crítica, por cierto–, desde la década de 1970 la historiografía nos ha venido mostrando la importancia de diluir en su contexto a los personajes, hechos, batallas, ideas y leyes. Esta propuesta, que ya ha pasado a ser una línea central de la epistemología histórica, apuntaba a aquellos procesos de mediana y larga duración en los que ponía el acento un Fernand Braudel.

De hecho, ya en 1942, Lucien Febvre examinaba las posibilidades de ser incrédulo en el siglo XVI, a partir de la vida y la obra de Rabelais. Así, de un atributo individual, el historiador desplazaba la encuesta hacia las condiciones de un sistema cultural y de las herramientas mentales de una época.

Luego, otros historiadores, como Georges Duby y su *Dimanche de Bouvines* o su *Guillaume le Maréchal*, demostraron que esta metodología no implicaba desestimar al evento o al actor individual y recuperaron para la “Nueva Historia” ciertas batallas y personajes que, al catalizar o refractar tendencias mentales, ideológicas y socioculturales, permitían dar cuenta de aquellos procesos. Hasta el mismo Foucault, con su *Moi, Pierre Rivière...*, exploró las ricas vetas analíticas que podía aportar una biografía; en este caso, por cierto, no de un virrey, sino de un criminal.

En definitiva, según estos estudiosos, los hitos y seres deberían resituarse como claves operacionales en la construcción historiográfica del objeto de investigación, borrando aquel protagonismo positivista que el libro que comentamos intenta resucitar, y que tiende a hacer de los gobernantes unos actores sobredimensionados, unos diseñadores omnipotentes de escenarios ideológicos y de espacios colectivos donde el resto de sujetos son vistos como una masa receptora sin mayor historicidad.

Es en aquella nueva visión de la biografía, cuyo mayor logro se ha dado en los estudios prosopográficos o de grupos –sociales, corporativos, eclesiásticos, políticos, laborales, etc.–, donde podemos encontrar los trabajos sobre actividades comerciales, familias e instituciones que el mismo editor valora, al suponer que el libro que reseñamos se inscribe en dicha línea. Por el contrario, ya su mismo título nos convoca a concentrarnos en el personaje en sí y en el tiempo donde se produjo su actuación.

A decir verdad, y salvo algunos matices y pasajes excepcionales, la mayoría de los artículos que componen el libro se coordinan en una línea cronológica que sigue los pasos del actor, subrayando sus virtudes y decisiones como si fuesen las

verdaderas creadoras de la realidad, independientemente del contexto más amplio de su sociedad, que aparece la mayoría de las veces como un mero escenario de trasfondo. La misma perspectiva heroica, “aristocratizante” y voluntarista, se utiliza, de hecho, para referirse a los cambios y disposiciones que la dinastía borbónica desplegó sobre Hispanoamérica.

Otro aspecto que empantana el relato e impide al libro avanzar historiográficamente es la permanente tendencia de la mayoría de los autores a atiborrar de datos y fechas sus respectivos escritos. Como buen trabajo positivista, pareciera que el análisis interpretativo, las hipótesis de trabajo y las exploraciones epistemológicas que han hecho fructificar el diálogo con otras ciencias sociales en las últimas décadas han quedado excluidas. Los documentos deben hablar por sí solos y el historiador ha vuelto a un rol de simple coordinador de información que permita seguir la linealidad cronológica.

Por último, nuestro personaje, como todo “héroe” constructor de realidad, casi no tiene contradicciones ni malos pasos, su tiempo es siempre subyugante, sin desfases, y las sociedades que gobierna siguen los ritmos y bondades que sus decisiones van implementando. Salvo excepciones, solo aparecen como interlocutores válidos y activos –como constructores de historicidad– aquellos actores sociales o institucionales que se destacan por su poder y riqueza, confirmando el carácter “aristocratizante” de este tipo de historiografía.

En otras palabras, la lectura del libro deja la sensación de que la sociedad peruana en su conjunto, sin desfases, contradicciones ni vacíos en su masa, sino solo los conflictos evidentes y más o menos individuales de determinados actores e instituciones, vivió una “era” borbónica de “desarrollo” económico-administrativo y la “*implementación de una eficiente burocracia estatal, la educación, la ciencia, la salud pública*” (pág. XII); era que, por supuesto, habría sido aplicada a nivel virreinal por el “héroe” Amat.

La historia del virreinato y de su sociedad, de sus indígenas y mestizos, de sus artesanos y comerciantes, de sus religiosos y, por qué no, de sus marginales y criminales –todos actores históricos de aquel “tiempo” de Amat– queda resumida en la actuación de un personaje, de sus ideas y de su política. Siguiendo esta perspectiva hasta sus últimas consecuencias, el Perú sería más o menos ilustrado, más o menos borbónico o, incluso, más o menos religioso, dependiendo del gobernante que le hubiese tocado, factor que sería determinante para explicar las realidades y procesos colectivos.

Ahora bien, lo anterior constituye el trasfondo teórico y metodológico que subyace a la orientación general del libro. Si comenzamos a observar cada artículo por separado, nos encontramos con algunos matices y diferenciaciones que es necesario destacar, ya sea para afirmar o para desvirtuar las opiniones generales que hemos vertido.

Ernesto Rodríguez la Torre es el encargado de abrir el estudio con una descripción genealógica de la familia Amat y los antecedentes de su carrera inicial que lo llevó a su primer nombramiento en América. La acumulación de datos y fechas sin mayor interpretación que conduzca al lector por el **problema histórico** del libro es una constante, lo mismo que la insistencia en remotos orígenes y la prosapia enno-

blecedora del linaje. La información, en todo caso, es abundante, con bibliografía actualizada y un buen seguimiento del ascenso político-militar del futuro virrey. Otro acierto de Rodríguez es conectar dicho ascenso, así como el nombramiento en Chile y la posterior promoción al Perú, con la progresiva militarización que se estaba dando en las esferas administrativas del imperio, en detrimento de juristas y cortesanos.

Joana Cervilla Lozada continúa el recorrido con un artículo sobre Amat como gobernador de Chile. Si bien se basa mayoritariamente en obras generales y fuentes tangenciales, su trabajo logra un análisis interesante al evitar una generalización omnicomprendiva del período, concentrando su enfoque sobre dos problemas específicos que marcaron la vida política chilena: la “eterna” guerra de Arauco y la actuación de contrapeso por parte de una élite galvanizada en torno al Cabildo de Santiago. Sin embargo, Cervilla no puede evitar la tentación de repetir las clásicas frases de las historias tradicionales de personajes públicos, como “*protegió la agricultura y promovió principalmente la minería...*” (p. 44). Con esto, un trabajo que había empezado con una buena problemática propiamente historiográfica, termina presentando un listado escolar de la labor gubernativa, dividida en aspectos buenos y malos, y ordenada por ítems (justicia, educación, Iglesia, etc.). Algo similar ocurre con el acápite referido al problema de la delincuencia y a la sin duda trascendental medida de crear una Compañía de Dragones que se ocupara de reprimirla. Hubiese sido interesante aquí no solo describir los elementos, sino también preguntarse por la perspectiva ideológica de esta medida, las consecuencias locales y las similitudes y diferencias con otras regiones de América, sin lo cual no es posible entender las reales dimensiones de estas decisiones. Por otra parte, no queda claro el supuesto encono que habría manifestado la élite chilena —¿santiaguina?— contra el gobernador; al contrario, varias de sus medidas, como la misma creación del cuerpo de Dragones, iban en su propio beneficio.

Jorge Lossio nos transporta, a continuación, a los primeros años de virreinato. Luego de una larga y detallada descripción de su recibimiento formal en el cargo, el autor nos lleva nuevamente a un Amat voluntarista y exclusivamente urbano, que “reconstruye” Lima, se preocupa de su higiene y limpieza, ordena y disciplina a sus habitantes. Como perspectiva amplia, eso sí, el artículo nos ayuda a comprender fenómenos generales y tensiones del período, sobre la base de la propia memoria de gobierno del virrey y de bibliografía pertinente. Las visiones panorámicas que presenta sobre la administración, el comercio y la minería son, en este plano, muy instructivas.

La educación y el mundo intelectual peruano son el tema anunciado en el artículo de Erick Devoto Bazán. Su trabajo comienza con otra larga descripción —muy informativa, por cierto— del panorama educacional existente a lo largo del período colonial, y del estado en que se encontraba a la llegada de Amat. Luego, se concentra en la formación universitaria limeña —especialmente en San Marcos— y en la evolución de los contenidos, educandos y educadores a partir de las reformas introducidas por el virrey, con información detallada sobre los aspectos administrativos de las instituciones. Queda claro, pues, que el tema de Devoto es bastante más acotado y limitado que el “mundo intelectual peruano” propuesto en su título.

El libro continúa con un estudio de Leticia Quiñones Tinoco acerca de la Iglesia y la reforma eclesiástica que se desarrolló en el Perú a fines del siglo XVIII. Se trata de un exhaustivo y detallado recorrido a través de tres temas claves en la época: la evolución del patronato real, la expulsión de la Compañía de Jesús y los entretelones y conclusiones que rodearon al concilio de 1772, de importante trascendencia para el diseño de la nueva Iglesia ilustrada que se había venido gestando por esas décadas. Quiñones utiliza abundante documentación y bibliografía reciente, aunque no profundiza en aspectos esenciales para el **problema histórico** del libro. Por ejemplo, no se estudia la evidente contradicción personal que pudo tener Amat durante dicha expulsión, considerando que él y su familia siempre habían tenido una relación muy cercana, como lo apunta Ernesto Rodríguez (p. 26). Incluso uno de los más fuertes defensores de Amat en su juicio de residencia chileno fue el provincial de la Compañía, Diego Cordero, como nos recuerda Joana Cervilla (p. 55, nota 90).

Pasamos a continuación al trabajo de José Ragas sobre el ejército y la milicia. Estamos ante un trabajo más breve que los anteriores, pero, sin duda, el más logrado del libro. Se trata de un análisis interpretativo, que da cuenta de la evolución de lo militar durante el período y que permite visualizar las diversas aristas sociales, políticas y culturales que proyectó el ámbito castrense en el mundo peruano, sin dejar de lado las necesarias comparaciones intercoloniales de un proceso de nivel continental.

José Flores Arroyo nos hace bajar nuevamente al relato circunstancial y factual, con un artículo extremadamente largo que nos detalla las pugnas del virrey con uno de los oidores de la Audiencia, luego de pasar revista a las formas legales e institucionales que regían la administración de justicia. Si bien la información que aporta es valiosa para entender el problema institucional y las estrategias de los actores involucrados, recién en las últimas páginas podemos encontrar un breve análisis en torno al problema del poder y su proyección social, donde se esbozan hipótesis y conclusiones interesantes.

La penúltima colaboración se debe a Arnaldo Mera Ávalos y versa sobre las reformas de policía implementadas en Lima durante el virreinato de Amat. Se trata de un estudio detallado, con buena utilización de fuentes primarias, y que da cuenta minuciosa de las diversas disposiciones represivas urbanas así como de sus implicancias sociales. No obstante, tratándose de una experiencia que se estaba desplegando en la generalidad de las ciudades coloniales, se echa de menos la necesaria exploración comparativa. Así, el trabajo se estanca muchas veces en el relato cronológico de las medidas y en el registro de las discusiones del Cabildo, pese a tener todos los elementos como para “construir” historiográficamente un objeto de estudio que vinculaba lo político y lo social, la ideología y las prácticas culturales marginales, etc.

El trabajo final lo escribe Ilana Lucía Aragón, y versa sobre la amante del virrey, Micaela Villegas, más conocida como “Perricholi”, actriz de comedias que le permite ingresar a aspectos más privados de la autoridad estudiada. La autora propone una interesante desmitificación del personaje, elaborando un estudio donde su vida sirve como pretexto para analizar el teatro limeño de la época y la

sociedad vinculada a él. Entre el espacio hogareño y el público, la “Perricholi” nos lleva a comprender tensiones morales y prácticas sociales del período, así como una intensa vida personal que Aragón retraza con buena pluma y documentación original. Sin duda, un muy buen corolario para un libro que, desigual en sus contenidos y aportes, no deja de constituir un buen apoyo para futuras investigaciones sobre Amat y su tiempo.

JAIME VALENZUELA MÁRQUEZ
Pontificia Universidad Católica de Chile

STEFAN RINKE, *Begegnungen mit dem Yankee. Nordamerikanisierung und sozio-kultureller Wandel / in Chile (1898-1990)*, Colonia, Weimar, Viena: Böhlau Verlag, 2004, 633 págs.

El autor tiene una vasta trayectoria, en pocos años, desde que obtuvo su doctorado, en los estudios latinoamericanos y de las relaciones entre la región y Alemania, como de las relaciones triangulares entre Alemania, EE.UU. y América Latina. El tema no es nuevo para él. El presente libro constituye el logro de una meta ambiciosa, toda una etapa de sus investigaciones, un círculo que se cierra en esta obra de envergadura, que siempre será un depósito riquísimo en informaciones y en atisbos.

Rinke ha desarrollado sus investigaciones acerca de las relaciones internacionales siguiendo las nuevas rutas de la disciplina historiográfica de las últimas décadas. Aunque no parte explícitamente de la “historia internacional”, según se denomina en la actualidad en el mundo anglosajón, en los hechos se le aproxima estrechamente. No solo la relación entre Estados, el factor interestatal, sería lo fundamental de las “relaciones internacionales”, sino que también los flujos que se dan entre los Estados, con autonomía —o radical independencia— a ellos, pero que los tienen como punto de referencia. Rinke ya se ha referido a ellos como “relaciones *transnacionales*” (énfasis nuestro), reviviendo un término muy en uso en los 1960 y 1970, aunque ahora *demodé*. Viene a ser algo parecido a lo que también se denomina factores “globales”, o “sociedad civil internacional” o simple “sociedad internacional”.

Se trata de un tejido sin el cual no se entienden las relaciones internacionales. La historia diplomática, o aquella de la política consciente de un Estado, solo alcanza racionalidad en ella misma cuando se trata de las grandes potencias, o de momentos dramáticos como los conflictos, las “guerras mundiales” y los grandes hechos espectaculares. En el sistema internacional coexisten las “unidades políticas” con estos otros factores, fuerzas globales, “transnacionales”, pero de gran influencia, y que de alguna manera crean un valor añadido a la influencia de los grandes Estados. No siempre la fuerza del fundamentalismo en la actualidad puede ser considerada como una compensación de Estados débiles ante el poder de las grandes potencias, especialmente EE.UU.; así fue el marxismo revolucionario du-

rante gran parte del siglo XX. Es lo que Joseph Nye describió como el *soft power*. Mas, ¿es un fenómeno que solo se puede entender como parte de una pugna de poder entre Estados, o es una de las caras del desarrollo de la democracia de masas moderna?

Stefan Rinke desarrolla el tema en un impresionante volumen de 590 páginas de texto, de letra apretada, con abundantísimas notas, cubriendo una amplia gama de fuentes y de literatura: archivos diplomáticos en Chile y en EE.UU., diarios y revistas, “cómic”, análisis sociológicos y culturales, las historias en el sentido más convencional, la revisión de novelas y ensayos literarios. El lector se siente abrumado en medio de tanta referencia, y quizás falte algo de destilación. Articula el trabajo en muchos capítulos y subtemas, aunque la frontera entre los mismos sea inevitablemente porosa.

El libro está organizado en torno a dos momentos. Primero la fase naciente de la “norteamericanización”, entre aproximadamente 1900 hasta 1930. Una segunda fase, entre 1970 y 1990. La división, como suele ocurrir en estos casos, es arbitraria, y el autor tiene materia de más como para haber escrito una historia continuada, aunque entrega elementos como para presumir los rasgos gruesos de gran parte del periodo que va entre 1930 y 1970. No existe una comparación sistemática entre ambas fases, ni era la intención del trabajo. La segunda fase, tal como la muestra el autor, es más que nada una intensificación del fenómeno bajo el signo epocal de la “globalización”. El lector podrá deducir que se trata del mismo fenómeno continuado, desde los 1930 hasta los 1960, pero intensificándose, aunque también en la recepción diferenciada por parte de los chilenos. Esto es algo muy valioso de este trabajo. El autor insiste que no se trata de una simple hegemonía, sino que de un “encuentro”, en el cual ya sea por aceptación consciente, o por una actitud crítica, también se va definiendo el carácter y la identidad de la sociedad chilena. Sin dejar de ver las percepciones de EE.UU. como “hegemonía” o “dependencia”, Rinke no queda atrapado en la visión de “norteamericanización” como una influencia unilateral, sino como un fenómeno en el cual el receptor también muestra una toma de conciencia que se podría considerar “madura” (expresión nuestra).

En la primera parte, tras efectuar una revisión bibliográfica acerca del concepto de “norteamericanización” y de las teorías culturales envueltas, trata el tema en sus vertientes política, económica y cultural. En este último caso, desde un primer momento hace su llegada la cultura de masas, uno de los grandes fenómenos norteamericanos, a través de los cómic, del cine y de la propaganda (o *advertising*), es decir, de la introducción del *American way of life*. Se aproxima también a aspectos como la evangelización de los protestantes (aunque trata poco a los misioneros católicos y sus colegios), las asesorías económicas y de salud. También el salitre y el cobre tienen su entrada. Esta es quizás la mejor parte del libro, la mejor organizada, desde luego. Siempre que se trabaja sobre el presente, al articularlo en una explicación todo puede ser más discutible, mientras que épocas relativamente más remotas las cosas están más decantadas, aunque esto no pueda ser más que una convención.

En la segunda parte, se ve desde el ingreso de la televisión, la intervención norteamericana en la política chilena, la nacionalización del cobre, el estilo norte-

americano de *hit parade* de la “Nueva Ola”, el “proyecto neoliberal”, como su compañero inseparable, la crítica a lo norteamericano. El título de algunos capítulos da una idea de lo complejo de la ambición del autor: “la transformación de los fundamentos y de las percepciones”; “nuevas formas de los encuentros”; “nacionalismo y política de modernización neoliberal”. Rinke es muy consciente, y da numerosos ejemplos de cómo no solo la izquierda va definiendo su nacionalismo como “antinorteamericano”. Cuando Pinochet se sentía incómodo o acechado por Washington, podía protestar contra el “intervencionismo norteamericano”. Le faltó al autor ir un poco más allá, y constatar que en Chile izquierda y derecha (y centro) han sido antinorteamericanas, claro que no al mismo tiempo; ambas han solicitado o incitado, aunque por cierto no al unísono, la intervención norteamericana. En una observación profunda, Rinke añade que tanto la Unidad Popular como el régimen militar operaban con una “interpretación monolítica” de la cultura, como si esta fuera una esencia que existía desde un origen remoto (p. 450). El libro demuestra la profunda imbricación del fenómeno norteamericano con los diversos aspectos de la historia de Chile del siglo XIX.

Aparte de estas observaciones más casuales que le podemos efectuar a este trabajo ciclópeo, debemos efectuar una de un tipo más general. En muchas páginas del libro, la historia de la “norteamericanización” casi se confunde con una historia general de Chile, sobre todo en sus aspectos políticos, económicos y hasta técnicos, no pertenecen en general a un fenómeno “cultural”. Quizás es porque sería mejor hacer una distinción entre “modernización” y “norteamericanización”. Aunque en lo moderno, quizás EE.UU. ha sido la sociedad más paradigmática en términos de cantidad, lo “moderno” es algo que no proviene exclusivamente, ni mucho menos, de EE.UU. También la norteamericanización es una avenida de doble tránsito; por cierto, no es que un país como Chile influya en EE.UU., sino que es una manera de enfocar su propia identidad que no necesariamente anula los rasgos que son característicamente propios. Los mismo *hispanics* en EE.UU., los que más podrían ser objeto de una mentada “alienación”, aportan de manera creciente a la identidad norteamericana. Hay que completar la tesis del autor en cuanto a que el caso chileno es uno más de un fenómeno global de la era planetaria, y que no necesariamente fortalece el *soft power* del Pentágono o de Wall Street. Es un rasgo poderoso de la civilización contemporánea con el que tenemos que vivir.

Desde un comienzo, en el ejemplo chileno tan cabalmente estudiado por Rinke, se dio la combinación de atractivo y extrañeza (o repudio) en el encuentro con EE.UU. Esto puede verse quizás sintetizado en un observador en 1923: “Admito que los Estados Unidos son el país más rico del mundo. Admito que son el país más progresista (...) Lo que no admito es que el yanqui, tomado en conjunto, no acepte que haya algo bueno fuera de los Estados Unidos. El yanqui piensa que su país es lo único que vale en el mundo” (p. 89). A esto se le puede añadir un comentario de Benjamín Subercaseaux de 1942: “Ocurre, sin embargo, que si antes estábamos separados por conocernos poco, ahora podría acontecer que nos separáramos por conocernos mucho” (p. 569). No sería la primera vez ni la última que se constata este fenómeno en la era planetaria. La búsqueda por la identidad propia se cruza con la recepción de influencias “extranjeras”, que al final son una de las

tantas caras de lo humano y de lo histórico. Es parte de la política mundial del siglo XX. Es asombroso mirar la historia de Chile bajo este prisma.

JOAQUÍN FERMANDOIS
Pontificia Universidad Católica de Chile

RAFAEL SAGREDO BAEZA y JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA, *La Expedición Malaspina en la frontera Austral del Imperio Español*. Santiago, Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM, Santiago, 2004, 916 págs.

En la historia de las exploraciones geográficas sudamericanas, el siglo XVIII está señalado por la secuencia de importantes emprendimientos realizados por algunas potencias europeas en el contexto del fomento del conocimiento científico impulsado por las ideas de la Ilustración. Protagonistas eminentes de los mismos, en particular de los que tuvieron ocurrencia entre las décadas quinta y novena de la centuria fueron los navegantes y viajeros ingleses James Cook, John Byron, Philip Carteret y Samuel Wallis; los franceses Charles Marie de la Condamine, Jean François, conde de La Pérouse y los españoles Jorge Juan, Antonio de Ulloa y Antonio de Córdoba Lazo de la Vega. A ellos debe sumarse, y con suficiente mérito el capitán Alejandro Malaspina, italiano al servicio de la Corona de España, quien daría cima al ciclo con la expedición desarrollada entre 1789 y 1794. Esta expedición en especial nos interesa y ocupa, tanto por su trascendencia cuanto porque fue la postrera manifestación del poderío y grandeza del otrora impresionante imperio americano de España, que a poco andar iniciaría el trayecto irreversible hacia su colapso al cabo de un siglo.

Más allá del indesmentido afán por el adelanto de la ciencia, que lo había y mucho, preocupaban a la Corona dos situaciones particularmente importantes: una, el inacabable merodeo predatorio de las naves de terceros países, de Gran Bretaña en particular, el enemigo tradicional del imperio español, por las costas americanas ubicadas en elevadas latitudes del meridión y del septentrión, riquísimas a la sazón en recursos pelíferos y pesqueros, que concitaban el interés económico de aquella potencia, directamente y también de la Federación que había sucedido a las que fueran sus colonias de Norteamérica y, por fin, en menor grado de participación, del reino de Francia, circunstancia de la que podían derivarse consecuencias previsibles e imprevisibles de orden político y bélico.

Otra, como era la de verificar cuidadosamente el estado de los reinos y provincias indios en lo tocante a su defensa y a su mejor administración para ese y otros aspectos de su evolución, y, no menos importante y hasta delicado, el de auscultar con la debida prudencia el ánimo de sus habitantes respecto de la metrópolis y su dependencia futura, toda vez que el paso del tiempo venían mostrando algunos inquietantes signos que sugerían eventuales perturbaciones en el ordenamiento imperial mantenido a lo largo de casi tres siglos.

Tales intereses y preocupaciones quedaron debidamente expresados en la comunicación que al tiempo de la preparación de la gran expedición el capitán Alejandro Malaspina, el jefe designado para la misma pasó a don Antonio Valdés, Ministro de Marina e Indias del rey Carlos IV, puntualizando las futuras tareas: *la una pública, que comprenderá además el posible acopio de curiosidades para el Real Gabinete Botánico y toda la parte geográfica e histórica; la otra reservada, que se dirigirá a las especulaciones políticas ya indicadas.*

Todo ello hubo de servir al fin para justificar el notable esfuerzo que implicó la organización de una expedición de una magnitud tal que, guardando las proporciones, solo tenía símil en las descubridoras del principio del siglo XVI, en especial de la encomendada a Fernando de Magallanes para la búsqueda del paso transcontinental y el acceso oriental a las islas de las especias.

Nada se escatimó: se construyeron dos naves apropiadas para soportar el trajín natural de prolongadas singladuras por mares y climas diferentes, y se las equipó con el más moderno instrumental náutico y científico disponible a mano para el debido desarrollo del gran viaje y para el cumplimiento de las tareas a emprenderse en su transcurso; se seleccionó un bien calificado cuadro de oficiales y personal subalterno, amén del técnico y científico supernumerario para garantizar el mejor desarrollo de la misión, que fue puesto a las órdenes de un jefe excepcional, el capitán de fragata Alejandro Malaspina, que se revelaría como un atinado, prudente y responsable conductor, además de confirmar su calidad de hombre de mar. Fue esta una elección acertada por donde se la mire, como lo ha demostrado reiteradamente el juicio de la posteridad historiográfica que se ha ocupado del estudio de la gran empresa náutico-científica.

Lo expuesto debe servir de antecedente necesario para valorizar debidamente la obra que comentamos, cuyo título *La Expedición Malaspina en la frontera austral del Imperio Español* es en una cabal expresión del ámbito comprensivo que se ha querido dar a la publicación.

De partida, ella es el fruto del talento y versación de dos especialistas muy conocidos en nuestro medio académico: el doctor Rafael Sagredo Baeza, historiador, y el doctor José Ignacio González Leiva, geógrafo, ambos asociados en una empresa común que manifiesta una plausible y provechosa relación interdisciplinaria no frecuente entre nosotros.

El objetivo de los autores es el de recuperar y poner en valor una empresa geográfico-científico-política como la mencionada, que tuvo una gran trascendencia en su hora, mostrándo desde la perspectiva de la visión americana y más todavía, desde aquella propia de la periferia meridional del imperio hispano. Una empresa que, cabe destacarlo, busca rescatar para la ciencia histórica y la historiografía nacionales un suceso del pasado abordado hasta ahora solo tangencialmente por nuestros autores clásicos, como bien lo señalan Sagredo y González, al manifestar: *La primera característica que es preciso hacer notar al abordar el tema de la presencia de la expedición encabezada por Alejandro Malaspina en la frontera meridional del imperio español, es que este no es un asunto que haya merecido la atención de los estudiosos de nuestra historia. Lo dicho nos permite afirmar que no existe ningún trabajo que aborde el problema de manera sistemática y de*

acuerdo con las exigencias de la historiografía actual, entre las cuales se cuenta el trabajo interdisciplinario cuando así lo requiere el objeto de estudio. Por el contrario, los escasos textos sobre la fase chilena de la empresa ilustrada solo son crónicas que la reconstruyen en sus hechos esenciales, sin ninguna pretensión analítica.

El plan de la obra que se comenta se divide en dos partes. La primera, que corresponde propiamente al aporte de los autores, aborda la consideración general de la importancia de la ciencia en los viajes del siglo XVIII, a través de la particular referida a las expediciones realizadas en aguas y tierras americanas durante su transcurso; a los territorios y derroteros, a los científicos a cargo y en los resultados obtenidos, así como se hace referencia al espíritu de viajeros singulares, a la atracción que su presencia y actividad despertaron entre los indios, y a las repercusiones ulteriores de las empresas de que se trata, consideradas desde el punto de vista de su influencia y consecuencias en la subsiguiente evolución de los dominios iberoamericanos.

Igualmente se hace un estudio acabado respecto de la historiografía y de las fuentes que informan sobre la Expedición Malaspina en la América del Sur, como de la profusa y rica cartografía e iconografía derivadas de la misma y, en fin, de sus resultados de variado orden: geográficos, científicos y políticos.

En esta fase se trata de las influencias que las expediciones científicas en general tuvieron en el fenómeno posterior de la independencia americana, valorizándolas como una contribución para el despertar del espíritu crítico y *de una clara conciencia de identidad de las elites criollas, que harán posible explicar el movimiento independentista.*

Pero más allá todavía y antes de influir en aquel proceso, a poco andar esa presencia con sus ideas, sus formas de ser, y con el espíritu abierto de que hizo gala, pudo y debió dejar huella de diferente grado en quienes fueron espectadores y auditores. Esta noción es cabalmente expresada por los autores al escribirse que: *El viajero traza caminos, abre posibilidades, desarrolla virtualidades en las comunidades que visita. Trae su mundo al seno de la comunidad y por eso la hace más cosmopolita, más universal, a la vez que modifica el estilo y el contenido de su vida. En virtud de lo anterior, creemos que los científicos europeos lograron que las formas cerradas de la sociedad colonial se abrieran y flexibilizaran y que sus componentes se enriquecieran con los elementos que les aportaron.* Se está así, es claro, ante un veta de la que aún la capacidad reflexiva del investigador puede extraer mucha materia.

Participamos pues de la convicción de los autores en cuanto que las sucesivas expediciones, y más todavía las que consiguieron establecer una mayor interrelación con la gente común de los territorios visitados, pudieron y en el hecho consiguieron aportar a la apertura de pensamiento y de miras de los criollos —de un grupo selecto a lo menos—, como a su independencia intelectual, cuyas acciones ulteriores resultarían determinantes en muchos casos para el curso de los acontecimientos.

Tan valiosa como interesante es la apreciación de los autores en lo tocante a las opiniones de Malaspina sobre el régimen colonial, cuyas características pudo conocer y observar con detenimiento, poniendo de relieve una visión excepcionalmente

aguda y acertada acerca de la situación de los reinos americanos en el conjunto de la monarquía imperial hispana.

La segunda y extensa parte de la obra reúne una selección de los escritos más interesantes originados en la expedición de Alejandro Malaspina y referidos a Chile en su conjunto o en sus diferentes distritos y ciudades. Si valiosa la primera por cuanto tiene de iluminadora para la comprensión de la gran empresa exploratoria y prospectiva y su contexto de tiempo y circunstancias, no lo es menos la segunda parte —que para mí inclusive ha resultado sorprendente— por cuanto tiene de variado, interesante, rico y hasta de curioso contenido. A través del mismo asoma un Chile diferente, con frescura prístina y sabor a tiempo viejo, pero de una autenticidad admirable que permite entender y aquilatar nuestras raíces como nación.

A lo largo de su lectura pueden conocerse tanto las motivaciones como los progresivos resultados y conclusiones obtenidos durante el extenso viaje en lo correspondiente al reino.

De este modo, hay descripciones etnográficas sobre patagones, huilliches, cuncos y pehuenches; hay relaciones descriptivas sobre la variedad natural, flora y fauna, minerales y geofomas, que revelan el asombro y la sorpresa de los investigadores ante tanto despliegue escénico, vital e inerte, expresivo de un país distinto y novedoso. Tanto lo fue, que hasta su firmamento fue causa de observación y estudio gratificantes: *trabajamos constantemente en el catálogo celeste austral, del cual espero que sabrán de buen grado los astrónomos porque encontramos mucho que agrandar y mucho que corregir*, como escribiera Malaspina a su amigo Gherardo Rangoni desde Santiago de Chile en marzo de 1790.

Así también en el suelo, a través de los ojos acuciosos de los naturalistas, fue descubriéndose lo inesperado: *una rica y abundante colección de plantas que, por lo que respecta a su aspecto externo, parecen haber sido creadas en otro planeta totalmente distinto, y que revelan el carácter de rareza y el tamaño de su lugar de origen*, aludiéndose con ello a la originalidad, especificidad y endemismo de tantísimas especies novedosas que encontró el botánico Tadeo Haencke en el suelo del Chile propio o antiguo de la época, y al que el ilustre naturalista colector describiera como *una de las provincias más agradables y fértiles de Sudamérica; cuya belleza, inocencia de costumbres y original hospitalidad de los habitantes con los extranjeros, la hacía más atractiva*, en carta dirigida a su amigo Ignaz von Born, escrita en junio de 1790.

También se brindan detalles particularizados sobre la isla grande de Chiloé, sobre Concepción, Talcahuano y Penco, sobre el interior del valle central entre Chillán y Santiago; sobre Valparaíso, Quillota, sectores preandinos y andinos; sobre Coquimbo, La Serena y el despoblado atacameño hasta los lindes con el Virreinato del Perú, en fin, incluyendo las islas de Juan Fernández y San Félix. En cada caso se trata sobre los habitantes y sus modos de vida, se da cuenta de las producciones naturales y de variados aspectos complementarios.

Si digno de nota por su interés lo precedente, cuanto más, si cabe, son las apreciaciones y consideraciones políticas de algunos de los escritos incluidos en el libro que reseñamos

Desde luego, las referencias a la presencia eventual de establecimientos extranjeros en las costas patagónicas del Virreinato del Plata y del Reino de Chile, que

era una de las motivaciones más acuciantes del viaje, lo que implicaba informarse y, en lo posible, cerciorarse no solo de cualquier barrunto de presencia física permanente, sino de eventuales tratos de extranjeros con los indígenas patagónicos y, cosa preocupante, de la explotación de los recursos litorales y marinos (lobos, elefantes y ballenas) y que conformaba una indeseable y antigua práctica realizada al amparo de la ausencia de vigilancia y del abandono virtual de tan extensos como lejanos litorales. Detrás de todo ello estaba el fantasma de una ocupación inglesa de algunos puntos o de la totalidad de la Patagonia, desde que el jesuita Thomas Falkner había puesto en evidencia la desidia hispana y la oportunidad que así se abría a terceros interesados.

Reflexionando sobre el punto Malaspina escribiría:

La España con sus combinaciones está siempre ligada con tres objetos difíciles de reunirse sin que choquen y se ofendan mutuamente, y son 1º, sus fuerzas y ventajas; 2º, sus relaciones en la balanza de Europa; 3º, sus relaciones con los indios moradores. Y aunque en los países más fértiles, poblados y ricos de nuestras conquistas no pasen de los ya citados puntos políticos de vista, bajo los cuales ha de considerarse la Monarquía, ya las costas patagónicas, a pesar de no tener circunstancia alguna favorable, han llegado a abrazar todos estos objetos en una grado tanto o más interesante cuanto más capaz es de un remedio temprano y oportuno.

Que la intención de cualquier fuerza europea por la costa oriental patagónica sea un peligro imaginario, y un peligro que no debe ocupar ni un momento nuestro sistema defensivo, es punto tanto más decidido cuanto más influyen los materiales acopiados a hacer conocer la verdadera geografía de esta parte del continente.

De lo expuesto, conjeturamos, debiera derivarse la conducta subsiguiente de España en su imperio americano. Es decir, aventadas por la geografía y la naturaleza —en el pensamiento de Malaspina— las eventualidades de una ocupación y despojo de jurisdicción, y la facilidad de una defensa del mismo género —atendido el reciente fracaso de los denominados “Establecimientos Patagónicos”, excepción hecha del fuerte del Carmen de Patagones sobre el río Negro, solo procedía buscar un entendimiento entre la potencia imperial dueña nominal del territorio y los merodeadores y profítadores de recursos con valor económico.

Tornando a las relaciones que recogieron las experiencias y observaciones de los viajeros por suelo de Chile, es del caso mencionar aquellas que denominamos “curiosas” por cuanto de singulares y acertadas tuvieron. Nos referimos a las correspondientes a las formas de ser de los habitantes, cuanto a sus usos y costumbres, algunas de las cuales fueron objeto de un juicio descarnado y severo.

Sin omitir la referencia que se hace al desconocimiento de la rueca por parte de las mujeres, lo que nos ilustra sobre el atraso tecnológico en un aspecto de suyo tan elemental como era la artesanía de la lana, importan especialmente las reflexiones de José Espinoza y de Felipe Bauzá contenidas en la denominada *Descripción del obispado de Santiago*, a la vista de la realidad rural conocida: *Tal vez no hay un*

paraje en el mundo en donde la experiencia enseñe más palpablemente que en Chile los perjuicios que acarrearán a la población y al común de los habitantes los grandes propietarios.

Esta consideración que en tiempo reciente habría sido tenida por perturbadora del ordenamiento social, fue todavía reafirmada con la denuncia en el trato que recibían los campesinos: *De este modo la suerte del pobre es sumamente desdichada. Cada hacendado cuenta en sus peones no unos hombres libres que disponen a su albedrío de su persona y de su trabajo, sino unos criados tributarios que impelidos por la necesidad y del ejemplo de los demás amos, cultivan las tierras, siembran, riegan, trillan y hacen cuanto se necesita durante el año sin otro estipendio que el de una mala choza y una corta porción de tierra para cultivar algún grano de legumbres, expuestos a que se los castigue a la menor desobediencia, poniéndoles grillos o metiéndolos en el cepo del que nunca carecen las haciendas.*

De la transcrita y leída y otras consideraciones, Espinoza y Bauzá concluían con una notable y muy decidora reflexión: *Ya se deja comprender cuáles serán las consecuencias de este sistema fatal y hasta qué punto sería útil la subdivisión de estas grandes haciendas, de modo que quedando libres para cultivarlas por los aplicados y diestros en la agricultura, y repartida entre un número mayor de individuos, se conseguiría por este medio eficaz el aumento de la población y cada uno de por sí lograría por entero del fruto de sus sudores.*

Ha de convenirse en que estos conceptos conforman toda una declaración programática, ciertamente precursora en lo referido a un ordenamiento agrario más justo; pero, claro está, razonando atinadamente en lo referido a su factibilidad, añadían: *Sin embargo no debemos lisonjearnos de que llegue a verificarse en nuestros días este feliz trastorno; el sistema actual de las sociedades, sino imposible, a lo menos aleja la época de semejante innovación.*

En verdad, concluimos, se trata de un juicio certero el de estos integrantes connotados de la Expedición Malaspina a su paso por Chile. De ellos, permítasenos tomar todavía otras referencias, ahora más halagüeñas sobre los habitantes del país: *Por lo que toca a las costumbres de los chilenos, nada podemos agregar a lo que ya tenemos dicho relativamente a los habitantes de Santiago y de Concepción.*

Se nota en general una robustez admirable en ambos sexos, un trato amable y obsequioso, un carácter inocente y sencillo que no conocen el dolo ni la malignidad, pudiendo asegurarse que no se encuentran verdaderos malvados en aquel país. Las mujeres por su parte tampoco desmienten este carácter, siendo todas muy cariñosas, alegres, sociables y laboriosas, acompañando estas bellas cualidades con una presencia natural por lo común hermosa y una grande afición a la música.

Pero también con acierto agregaban: *Lo que obscurece algún tanto en los hombres las prendas tan relevantes que los caracterizan es su descuido y falta de aplicación a las ciencias y a la literatura.*

Esto se hace mucho más reparable cuanto que estando dotados de un ingenio feliz y de imaginación viva y penetrante, necesitan más que en otros países de los conocimientos que prestan las ciencias. He aquí otra observación no menos acertada acerca del carácter del chileno, de su pereza intelectual en particular, que acusa una carencia de antaño y ogaño, nunca satisfactoriamente arreglada.

Concuérdese en que en lo leído y oído hay otras cabales propuestas implícitas de progreso social para un país que fue mirado con evidente simpatía por estos singulares viajeros.

Aquí se ve y se entiende cómo Chile, aquel territorio apenas conocido de la periferia del imperio, había comenzado a calar hondo en el sentimiento de los ilustrados observadores. Veamos si no, cómo se refiere el propio jefe de la expedición, al hacer el examen político del país comprendido entre Chiloé y Coquimbo: *El Chile es sin duda el país entre todos los que ha conquistado España en América, que más sangre y caudales le ha costado y menos ventaja le ha producido. Aun en el día, en que una administración complicada –ya puestos en movimiento casi todos sus resortes– ha asegurado al erario una renta no indiferente, todo lo absorben o la misma administración o el sistema militar. Su posesión es gravosa al Perú por una contribución anual para Valdivia y Chiloé; a la matriz por una emigración constante, bien que en los cálculos de emigración atribuida o a Buenos Aires o a Lima, parajes en donde desembarcan.*

Empero el Chile es un país cuyos vecinos no son temibles, cuyos montes y minas abundan en minas, cuyo suelo y clima son tal vez de los más fértiles y favorables a una población crecida, finalmente cuyas costas, guarnecidas de buenos puertos, abren al mismo tiempo su seno a una defensa marítima, a un comercio fácil y directo y a unas pescas tan lucrosas como abundantes.

¡Oh! Cuánto esta pintura nada exagerada ha de incitarnos a examinar más de cerca los defectos constitucionales, cuya enmienda, en una época en que ya la Ilustración no pende un arrimo servil a los preceptos antiguos, guíe la nación a aquel próspero renacimiento en el cual únicamente estriba su verdadera robustez.

Y tras abundar en otras consideraciones, Alejandro Malaspina concluye con un párrafo que debiera sonar a música en nuestros oídos: *El Chile considerado como colonia española se asemeja mucho a las provincias del Río de la Plata y enteramente a las colonias americanas. Es un país de una fertilidad extrema, de un suelo casi inagotable, de un clima verdaderamente análogo al europeo y de una posición ventajosa para su defensa, pues le abrigan la cordillera al E y el mar al O. Raya al N con nuestras provincias del Perú y al S con las tierras de los huilliches, araucanos, puelches y pehuenches, pueblos ya poco temibles para invasores, no solo por su corto número, si [no] también por los muchos progresos que ha hecho en estos últimos años su inclinación a la labranza y al nombre español. Pero por un acaso desgraciado esa misma posición marítima, tan ventajosa para su bienestar absoluto, no le permite cambio alguno útil con la matriz, apartándole por consiguiente tanto de las colonias americanas y de las de Río de la Plata en sus ventajas intrínsecas como se les asemeja en su clima y producciones. Si la España sobrante de gente, como lo son la isla de Malta, la ribera de Génova y la misma provincia de las montañas de Santander, necesitase un país en donde con el auxilio de la navegación se aumentase el suelo a proporción del incremento y opulencia de sus habitantes, seguramente Chile sería el país más oportuno para este objeto. Ni se nos oponga que no fue la sobrada población de Inglaterra la que dio margen al incremento rápido de sus colonias, pues las colonias inglesas han crecido a la verdad con una rapidez extraordinaria. Pero esto ha sido al abrigo de unos*

privilegios y quietud constante y por los efectos de la persecución de una u otra secta, como también por la ocurrencia de alemanes, irlandeses y franceses. Más diremos aún si en el espacio próximamente de unos treinta años la España quisiese ver duplicar la población europea del Chile, pudiera conseguirlo demostrativamente solo con la introducción de una libertad política que influyese directamente en el ciudadano la idea de su sola prosperidad y reproducción.

He aquí, citas de por medio, reflejados la agudeza en la observación y el talento reflexivo de un hombre de excepción que se empeñó en recoger con fidelidad la realidad que se presentaba a sus ojos, y en recomendar las medidas de buen gobierno que su gente merecía para disfrutar de adelantos modernos, de prosperidad y felicidad.

Es oportuno destacar que este excelente jefe tuvo entonces el mejor interlocutor que podía hallar en la persona de don Ambrosio O'Higgins, el Capitán General del Reino y Presidente de la Audiencia de Chile, hombre tanto, si no más, ilustrado que él. Para saber de su cultura y penetración política basta leer la extensa comunicación que en julio de 1786 dirigiera a José de Gálvez, ministro del rey Carlos III, en que al comentar la reciente presencia del navegante francés La Pérouse, manifiesta su interés por el adelanto de la geografía y la ciencia, y sugiere la realización de una expedición española como la que habría de comandar tres años después Malaspina. No podría extrañar, así, que este verdadero precursor, al tiempo del arribo de aquel extremara sus acciones personales y sus instrucciones a sus subordinados para facilitar al máximo sus tareas. ¡Cuánto de lo ocurrido entonces, en provechosos resultados, no debiera atribuirse a tan oportuna como eficaz colaboración, hija a su vez de una comprensión cabal sobre la trascendencia de tal cometido!

Debemos concluir este comentario de una obra que nos sorprende y agrada con su enjundia, enunciando sus frutos ubérrimos en lo tocante al adelanto de las ciencias naturales (botánica, zoología, mineralogía); de la etnografía, de la producción económica, de las costumbres sociales y demás; del adelanto de la cartografía litoral de la periferia meridional de América, que se acabaría reflejando en la gran carta presentada por Juan de Lángara en 1798 al rey Carlos IV.

Pero queremos singularizar, abundando particularmente en una de las formas con las que parece haberse expresado a mayor cabalidad lo que entendemos fue el encantamiento de Chile para los viajeros científicos de que se trata, pues no cabe duda que el viejo reino hubo de enamorar a los integrantes principales y más calificados de la expedición, en la iconografía producida durante y con posterioridad al memorable periplo náutico y científico.

En efecto, nos impresionan los dibujos y acuarelas admirables de Fernando Brambila y Felipe Bauzá, hasta las reproducciones de plantas debidas a José Guío, dibujante del real Jardín Botánico de Madrid, confeccionadas a la vista de los especímenes del herbario recogido; y los retratos de indígenas y los insuperables dibujos de animales de José del Pozo, estos últimos con un verismo que ya se quisieran otras afamadas producciones científicas de aquel y tiempos posteriores. ¡Cuánta riqueza en ilustraciones! De ellas, los autores han sacado un excelente provecho como complemento enriquecedor de una obra que no tiene desperdicio.

Para concluir esta presentación es tiempo de valorar debidamente a sus autores, puntualizando que se han hecho y se hacen acreedores al merecimiento público y en particular al académico por lo que debe tenerse como una muy importante contribución historiográfica. No puede ser menos una tarea como la tan bien pensada, emprendida y concluida por ellos, que ha permitido redescubrir, recuperar y reivindicar para nuestra información cultural una expedición trascendente por sus resultados para el conocimiento del estado y la situación del Chile del tiempo final del período indiano, del Chile frontera meridional del imperio español, como fue la expedición náutica y científica dirigida por el capitán Alejandro Malaspina. Con ello no han hecho otra cosa, además, que ensanchar el cauce por el que habrán de transitar otros investigadores e historiógrafos de la ciencia chilena, y con ello cuantos hayan de afirmar la memoria histórica chilena, en acertados conceptos de Miguel Angel Puig-Samper, en el prólogo del libro, y de los propios autores al hacer referencia al incomprensible descuido en que la mayoría de los investigadores nacionales han dejado el campo referido al decurso del adelanto del conocimiento científico en el país.

Por último, permítaseme una digresión de carácter personal, que viene al caso.

Hace un par de años integraba el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, y en tal calidad hube de conocer de la propuesta sometida a nuestra consideración con la lista de obras que aguardaban el subsidio financiero del organismo para ser publicadas. Entonces, nada más que ver el título de este libro y los nombres de sus autores me empeñé en su favor, argumentando acerca del porqué el mismo debía ser uno de los favorecidos por la selección y decisión del Consejo. Y así se acordó. Hoy a la vista del libro, en una edición que distingue a la Editorial Universitaria y al Centro de Investigaciones Barros Arana, permítaseme congratularme por aquella feliz intervención.

MATEO MARTINIC BEROS
Universidad de Magallanes, Chile

VERÓNICA VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet*. Chile Santiago: Lom, 2003, 259 págs.

En los setenta y ochenta se dio una profusión de estudios acerca de la posición política y social de los militares. Se recuperó una “sociología acerca de las Fuerzas Armadas”, que salvo algunas referencias simplistas, había estado ausente de la literatura especializada chilena o sobre Chile. Se puso el acento en la influencia norteamericana y en clima de la Guerra Fría, pero como algo surgido puramente del “anticomunismo”. En los años noventa, hasta culminar en la “vuelta de mano” que constituyó la derrota política de Pinochet a partir de 1998, el tema se concentró en los “derechos humanos”, o su violación. Paralelamente, eso sí, aumentó el interés por la historia militar de Chile, lo que redundó en provecho para la historiografía. También, en muchos estudios, ya sea de origen historiográfico o no, se

avanzó desde un primer momento de ver la conducta militar como esencialmente patológica, a una comprensión más madura del hombre (o, ahora, mujer) con uniforme y provisto de armas, una realidad que no se ve que vaya a desaparecer del globo. Quizás fue Genaro Arriagada quien primero dio paso a esta tendencia (*El pensamiento político de los militares*, 1981).

Es aquí donde se coloca Verónica Valdivia. Quiere *comprender* a los militares por dentro, y a partir de ello hallar el hilo para analizar su reacción a la polarización ideológica del país en los sesenta. Los estudios de la década del setenta partían de la “sorpresa” por la politización de las Fuerzas Armadas, salidas de un contexto presuntamente constitucionalista y “apolítico”, su drástica toma de poder aparecía como resultado de haber arrojado la máscara hipócrita de su lealtad constitucional, y regresado a su “verdadero carácter, de ser una fuerza esencialmente reaccionaria”; o, alternativa o complementariamente, que la influencia norteamericana por medio de la “doctrina de seguridad nacional” habría operado decisivamente en promover no solo la toma de poder, sino que el carácter violento del régimen militar que le siguió. Esta llegó a ser una visión convencional, y para un gran público conformista la sigue siendo.

La originalidad de la autora reside en que se planteó la posición de los uniformados en el contexto de las relaciones civil/militar a lo largo del siglo XX. Quizás se inspiró en lo que Frederick Nunn realizó antes de 1973, pero lo hace con metodología e ideas propias. Además, coloca la pugna Pinochet-Leigh, el “golpe después del golpe”, como parte de la competencia entre dos visiones del ordenamiento socioeconómico del país. Aunque le da importancia a la llamada “doctrina de seguridad nacional”, quizás más que la que nos gustaría, ve lo decisivo en otros elementos de la cosmovisión de los uniformados. Pone énfasis en la tradición “ibañista”, heredera del movimiento militar de 1924, que creía que la mejor manera de combatir a los movimientos revolucionarios era por medio de reformas sociales; y apoyaba en general las bases del “Estado de compromiso”, entusiasmados con el “desarrollo” como base del “poder nacional”. A la vez, reitera lo que mucho se ha dicho, que había una fuerte sentimiento de ser aislados por los civiles, y sus necesidades descuidadas por los sucesivos gobiernos. El antimarxismo existía, pero en la mayoría de los oficiales estaba subordinado a las percepciones antes nombradas. “La Doctrina de Seguridad Nacional tuvo efectos dispares dentro del sector de la oficialidad más anticomunista. Con todo, ella parece haber ido adquiriendo fuerza no solo por la instrucción impartida, sino también por el carácter que adquirieron las relaciones cívico-militares en los años sesenta y los cambios en el sistema político que parecen haber afectado a los militares en sus capacidades. Tal cuestión es posible haya favorecido un giro ‘político’ de estos segmentos militares hacia estos sectores nacionalistas, furibundamente anticomunistas, decididos a erradicar los males sistémicos que eventualmente permitirían la llegada de los marxistas al poder” (p. 44).

La autora intenta llegar a definir cómo el corazón de las ideas que podían identificar en común a los uniformados al momento de asumir el poder en 1973. Se dice mucho que Pinochet “secuestró” el golpe, que se apoderó de su dinámica y apartó a sus verdaderos promotores, Arellano y Bonilla en el Ejército. Pero se olvida que para tomar el poder, la masa de los oficiales tuvo que abrirse a una

disposición de ánimo tal, que no podía tratarse simplemente de un breve interludio para “devolver” el poder a los políticos. La autora completa convincentemente esta hipótesis con la profundidad de su estudio. La intervención militar y la idea de un régimen militar que no fuera “mero paréntesis” estaba inscrita en la mentalidad de los oficiales, que creían estar ante un fracaso de los políticos y del estancamiento socioeconómico, frente a lo cual ellos deberían encabezar un proceso de regeneración. En lo político, el estado de ánimo era “refundador”; en lo socioeconómico, era “depurador” (p. 198), en el sentido de volver por el camino de la política impulsada por la CORFO, por ejemplo.

En los primeros años del gobierno militar predominaría todavía esta visión “clásica” de los uniformados acerca del orden socioeconómico. El Estatuto Social de la Empresa fue un ejemplo de esta visión, y fue impulsado esencialmente por el general Leigh. Pero aquí hace ingreso la Doctrina de Seguridad Nacional, que para la autora no era solo represiva, sino era mucho más amplia, y daba cobertura a un plan de desarrollo nacional. Al optar por ella, Pinochet pudo encaramarse al poder siguiendo el objetivo “neoliberal”, como una herramienta para crear un nuevo sistema, que a la vez fuera eficaz en la lucha contra la “subversión”, que legitimara el poder del régimen. “Entendiendo que la política de seguridad nacional persigue la consecución de los objetivos nacionales, acrecentando el poder nacional, queda clara la relación entre seguridad y desarrollo económico-social, toda vez que el poder de una nación no comprende solo a las Fuerzas Armadas sino también el de su potencial económico, su armonía social y la estabilidad política” (p. 130). La política de Leigh sería la representada por Raúl Sáez; la de Pinochet, fue la de Jorge Cauas y del plan de *shock* de 1975, que sería la que finalmente se impondría.

El libro está constituido por trabajos independientes, en parte ya conocidos como artículos en publicaciones especializadas. Pero se ve clara una línea de investigación de muchos años, que tiene por resultado una tesis original y a la vez complementaria a lo que se ha discutido acerca del tema. Claro que al constituir cada capítulo un estudio diferente, se pierde algo de coherencia y se echa de menos que la autora refuerce su argumentación recordando un hilo del desarrollo. El último capítulo trata sobre una historia archirrepetida a lo largo del mundo, la derrota de los sectores “ultra” en cualquier sistema. En este caso nos referimos a los nacionalistas, que no vieron realizadas casi ningunas de sus metas; pero que no les quedó otra alternativa que ser soldados del frente más avanzado en cualquier batalla, y superados claramente por sectores liberales en lo económico, ya que su propio programa corporativista hubiera llevado a un estancamiento. Y su programa político los llevaba a perpetuar una simple dictadura, a la larga muy débil; en cambio, los sectores liberales empujaron a un definición democrática, aunque postergada y con limitaciones.

La investigación se basa fundamentalmente en fuentes escritas, en una revisión a cabalidad de revistas y diarios, especialmente de publicaciones de las mismas Fuerzas Armadas, así como de los discursos y declaraciones de los uniformados después del 11 de septiembre. También es rica en entrevistas de tipo “historia oral”, realizadas a partir de 1990. Aunque esto tiene sus peligros que se han dado con la proliferación de la misma, y que se pueden resumir en la clásica expresión de *ex pos facto*. Le entrega una visión racionalizadora a escritos que muchas veces,

desde un punto de vista académico, puedan haber parecido inocuos, pero que se abren a una inteligibilidad nueva cuando se les pone en un contexto. Se ve la fuerza que puede tener el análisis del discurso como apertura para una comprensión histórica más amplia. Hay un buen entrecruce del contexto que influye la dirección de los destinos, con el margen de decisión individual.

Ciertamente, es un método que tiene sus límites. Nos parece, por ejemplo, que no se transmite bien todo el ambiente y la atmósfera que precedió al 11 de septiembre. Esto incluye el que por (relativamente) aislados que estuviesen los uniformados, la polarización política que creó un país desquiciado emocionalmente, les llegaba también por medio de las familias y del aire general del país. El análisis del discurso no alcanza a cubrir también el que sean una fuerza *militar*, aunque sin un ejercicio bélico; de todas maneras, esta dimensión de su mundo ordenaba que si se hacía una apelación a ellos, la reacción no podría ser pacífica. Puede que en Argentina comienzos de los sesenta, golpes y contragolpes entre “azules” y “colorados” tuvieran un desenlace generalmente simbólico, pero no en el Chile de la crisis de 1972 y 1973.

Al tratar la puesta en marcha del “proyecto neoliberal” como punto axial para que Pinochet se hiciera con el monopolio de la dictadura, parece estar ausente para el lector la dramática situación económica de 1975. Tanto Alessandri y Frei habían reiterado que el país estaba agotado por el camino que iba si no había inversiones. La política de la Unidad Popular agotó las reservas y arruinó un peso que no había sido fuerte en las décadas anteriores; el *shock* petrolero agotó toda fuente de financiamiento externo y alzó dramáticamente el costo de las importaciones. No había espacio para una “política social”. *Cualquier* gobierno hubiera requerido una tregua en las demandas sociales. Incluso, pensemos en una “hipótesis contraactual”, si Allende hubiese llegado a un acuerdo con Aylwin en julio de 1973, o hubiese ganado el plebiscito a lo Chávez, por anga o por manga hubiera tenido que efectuar un “ajuste”. Las revoluciones triunfantes reparten los despojos de los derrotados, pero todas ellas imponen un ajuste, ya que en primer lugar, no llevan adelante la “transformación productiva” y a la vez satisfacer la famosa “deuda social”. “Primero producir, después repartir” es una máxima más universal de lo que comúnmente se piensa. Todo ello se precipitaba a comienzos de 1975. Ni para hablar de que las transformaciones de la economía chilena iniciada entonces —acompañada seguramente de mucho error y exageración—, fue la base de un modelo mal que mal aceptado y afirmado hasta estos momentos, treinta años después. No se podía decir lo mismo del “modelo CORFO” en 1969.

Existen unos pocos errores a rectificarse en una nueva edición (Arturo Marshall era mayor, no general, p. 77; Jorge Prat murió en 1971, no pudiendo encabezar un complot en 1972, p. 78; Hermógenes Pérez de Arce no fue director de *El Mercurio*, p. 80; Pedro Ibáñez estuvo cerca del gobierno militar en los años ochenta, más que nada tratando de crear un contexto cultural que lo trascendiera, y no fue asesor directo en 1973, p. 216). Se trata quizás de la obra más imaginativa sobre la relación entre los militares y la sociedad en general que se haya escrito en Chile.

JOAQUÍN FERMANDOIS
Pontificia Universidad Católica de Chile

ENRIQUE FLORESCANO, *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica*. Santillana Ediciones Generales, Taurus, México 2004, 386 páginas. Ilustraciones. Bibliografía (pp. 349-386)

Para el autor la figura de Quetzalcóatl no es desconocida, ya en 1999 se había preocupado de ella estudiando el mito de la serpiente emplumada en la memoria indígena, pero sin duda que en este libro el autor se encarga de destruir viejas concepciones en torno al papel que juega esta deidad en la mitología mesoamericana. Lo importante es que lo hace apoyándose no solo en textos escritos como el Popol Vuh o el Chilam Balam, sino también en la iconografía, en los códices, el mundo de las crónicas y en numerosas investigaciones arqueológicas. Aquí reside el valor especial de este trabajo. Florescano prueba que la investigación histórica debe tomar en cuenta hoy en día las conclusiones de estas disciplinas.

La obra comienza explicando cómo el dios del maíz se convirtió en símbolo de lo más valioso para el mundo indígena y cómo adquirió su cualidad de numen de la fertilidad, su carácter de símbolo de la creatividad humana y su asociación con el gobernante en cada centro.

Seguidamente el autor se preocupa de aclarar que la ciudad primordial o Tollan fue Teotihuacán y no otras, contradiciendo a un numeroso grupo de especialistas que planteaban que la Tollan primordial era la Tula de Hidalgo, vale decir, la capital tolteca. Sostiene además que fue Tollan-Teotihuacán la que influyó en toda la meseta central del Golfo de México, como también en el mundo maya a partir del siglo III, desterrando la influencia tolteca en la Península de Yucatán y específicamente en la ciudad de Chichén Itzá. Por ende, la diáspora tolteca del siglo XII hacia el mundo maya no se podría haber producido ya que la existencia de Teotihuacán es previa a la capital tolteca Tula, lo que estaría probado por los estudios arqueológicos.

A Quetzalcóatl se lo representa como serpiente emplumada en Teotihuacán, debido a que la serpiente en la tradición mesoamericana está asociada a los poderes reproductores de la tierra y la fertilidad. Es la imagen de la resurrección, ya que cada año cambia de piel y se regenera.

La influencia de Tollan Teotihuacán queda de manifiesto ya que sus templos sirvieron de modelo para numerosas ciudades como Xochicalco, Cholula, Chichén Itzá, Tula y Mayapán, y esto el autor lo prueba, con las numerosas imágenes que ilustran sus capítulos.

La figura mítica de Quetzalcóatl influye en las imágenes y representaciones de los personajes más importantes del mundo tolteca y del mundo maya. Kukulkan, que fundó Chichén Itzá o Topitzin Quetzalcóatl fundador de Tula, no son otra cosa que una prolongación de esta deidad que proviene de la Tollan Teotihuacán.

Finalmente el autor, luego de hacer un análisis por separado de cada una de las deidades del mundo mesoamericano termina explicando el significado de este dios como héroe cultural y emblema real de Tenochtitlán. La capital azteca, México-Tenochtitlán fue el gran conservador de la tradición tolteca que comenzó en Tollan-Teotihuacán.

Quedamos a la espera de la reacción de los especialistas a la tesis planteada por Florescano. No en vano, y él lo menciona en su libro, que en una mesa redonda en

1941, un conjunto de arqueólogos –entre los que sobresalen Alfonso Caso, Georges Vaillant y Jorge R. Acosta– dictaminaron que la verdadera Tollan era la Tula de Hidalgo capital de los toltecas. Esta excelente obra plantea hoy un desafío real a los estudiosos del mundo indígena mesoamericano y obliga a revisar las posturas del pasado.

HUGO ROSATI

Pontificia Universidad Católica de Chile

LUZ MARÍA MÉNDEZ BELTRÁN, *La exportación minera en Chile 1800-1840. Un estudio de historia económica y social en la transición de la Colonia a la República*, Chile, Editorial Universitaria, 2004

Presentamos una nueva investigación sobre el comercio de exportación chileno en la transición de la colonia al periodo independiente. Mismo que se une a los estudios que se han realizado en los últimos años. Cabe resaltar la importancia que adquiere este tipo de investigaciones de historia económica y social, por varios aspectos que empezaremos a enumerar. Uno es el referido al tema de la relación comercial entre la terminación de los estados coloniales y la formación de los nacionales, importante sin duda, cada vez se hace más necesario explicarnos la formación del mercado nacional en el Estado moderno en América Latina; afortunadamente estudios como este mantienen abierta esa vertiente de investigación. Por otro lado, es indispensable empezar a darle un nuevo tratamiento a ese momento de transición, entre el cambio, la continuidad y las nuevas formas que van adquiriendo las reorganizaciones económicas en esos espacios nacionales.

Otro asunto que no debemos descuidar, como lo señala la autora, es que empecemos a analizar los diversos ciclos de comportamiento de cada sector económico que se aborden. La incorporación de nuevos datos y series estadísticas que nos permitan tener mayores elementos de análisis para dar una explicación más acabada al problema. Y la necesaria vinculación de aspectos cuantitativos con elementos cualitativos que den más sustento a la investigación. Evidentemente, sin perder de vista los impactos que se generan por esa actividad, lo cual nos acercaría cada vez más a una historia total en el mejor sentido del término vilariano.

Estas cualidades empiezan a reflejarse en este tipo de trabajos, que afortunadamente en el caso chileno son constantes, sin ser los únicos, pero sí es ineludible festejarlos para invitar a los alumnos a continuar por esta vertiente de investigación histórica, hoy que, al parecer, la hora de la historia cultural ha extendido sus reales.

El asunto que se aborda, en el libro en cuestión, es sobre la actividad exportadora minera de Chile entre 1800 y 1840. Aquí hay que señalar dos asuntos que se conjugan, uno es el recuperar la tradición minera, y el otro, es el referido a la actividad de exportación marítima, ambas prácticas desarrolladas desde tiempo atrás en ese espacio.

El periodo no ha sido descuidado por los historiadores y, así, queda demostrado en el capítulo que le dedica a presentar el estado de la cuestión. Necesario para los lectores que no cuentan con toda la información para entender el asunto tratado. En el cual reseña, sin mayor discusión, el momento historiográfico en que se encuentra la investigación y cuáles son las hipótesis sobre las que se ha avanzado. A partir de ahí Méndez marca una distinción entre los estudios que señalaban la idea proteccionista, la que fue establecida por los distintos gobiernos independientes, lo que provocó un comercio controlado y regulado. Pero, según la autora, sucedió lo contrario, la legislación marítima y comercial demuestra que fue, más bien, una apertura al mercado mundial, Chile necesitaba del comercio y el mundo de los productos locales. Actividad que se llevó en un primera instancia con algunos países del Oriente, pero, posteriormente, ubicó sus exportaciones hacia las potencias del momento, lo cual cambió radicalmente las medidas y condiciones de esta actividad mercantil.

Así, el libro inicia por marcar las hipótesis que se esgrimieron para plantear la idea del proteccionismo, las que solo quedan señaladas, pero nos hubiera interesado una discusión más acabada de ese problema. Pero, además, empieza una presentación, un tanto insistente, de la aportación que ha hecho como autora en ese proceso de construcción de la historia del comercio de exportación, vía marítima, asunto que, además, no deja completamente claro y definido. En ese sentido el capítulo mencionado se presenta como general y más parece una bibliografía comentada. Se pudo haber obtenido mayor contundencia y resaltar la investigación a partir de esa labor inicial, sin caer inevitablemente en el señalamiento constante a su trabajo, pero no fue así.

A partir de lo anterior, la división del trabajo es cabal y organizada, de tal manera que busca presentar los aportes del largo proceso de recuperación estadística y su elaboración, que llevaron a cabo el equipo de investigación, donde la autora participó, todo ello en conjunción con la división regional y los actores que participaron en el proceso. Pero veamos por partes el trabajo.

El capítulo significativo que da sustento al resto es el que elaboraron a partir de las nuevas series estadísticas oficiales que localizaron, con las cuales lograron establecer nuevos cálculos y cifras de la exportación minera en el periodo. Pero, además, les permite ubicarla en cada uno de los diferentes puertos de exportación con que se contaba en ese momento. Desde ahí se empieza a resaltar asuntos importantes, que en algunos estudios se empezaban a mencionar, pero que no se había distinguido su aporte. La presencia del puerto de Valparaíso queda demostrada, no hay duda de eso; pero lo novedoso no es que se llame la atención por la presencia de otros puertos de exportación, sino por la cantidad de mineral exportado por ellos. Así, el gran norte chileno adquiere una dimensión mayor con estos nuevos datos. Los minerales en sus distintas variedades van a estar presentes en ese espacio, que hasta antes se consideraba marginal. Los resultados demuestran que por el contrario, incluso hay puertos que adquieren una presencia significativa conforme se descubren nuevos centros mineros y se benefician los productos.

Una discusión interesante es reubicar la importancia del puerto de Valparaíso a la luz de estos datos estadísticos, que lo sitúan en un contexto de centro de inter-

cambio fundamental con la capital, con los puertos del norte y con regiones más lejanas. Las mercancías son variadas y abundantes, se ve claro lo señalado ya en otros estudios, la oferta y demanda fue una constante desde momentos anteriores.

Es distinto el caso de los puertos del norte, ahí la característica va a estar determinada por la misma exportación de minerales, la cual se vio incrementada por los descubrimientos mineros realizados, pero sobre todo por la misma actividad; las cantidades expedidas rebasaron con mucho las remesas del puerto tradicional. La variedad de minerales es otro dato que no hay que soslayar, así vemos la salida clásica de cobre, pero la plata y el oro tienen su propia dimensión.

Cuando la autora empieza a dar los datos sobre esta actividad, se aprecia claramente la importancia del cobre de la región norteña, la cantidad es significativa, mayor que los otros minerales. En cambio la plata y el oro, más el último, salen en menores cantidades, sin embargo, el valor es mucho mayor, asunto que es obvio, debido a las características de esos metales preciosos. Un dato más es el que nos proporciona por la variedad de los metales preciosos, su exportación se daba en piña, moneda y barras. Por otro lado, se puede observar que la exportación no es constante, el periodo que se indica tiene registros para algunos años, pero no para todos, a eso hay que aumentarle el problema de los periodos de guerra y cambios de gobierno, que afectaron esa actividad.

Aquí es necesario hacer un par de comentarios, la presentación de los números, en términos absolutos, relativos, o bien, a partir de lo exportado es una parte importante de la explicación. Para ello es necesario dar los elementos completos de la serie y su duración. En este caso quedan algunas dudas en términos de la falta de cifras, algunas explicadas por los acontecimientos que afectaron a Chile en el periodo. Pero otros no quedan del todo claro. Nos preguntamos si la falta de datos en ciertos periodos tiene que ver con la falta de registros; con la "vida" y capacidad de la veta principal de los centros mineros, para el caso de la plata y el oro; la aparición de algunos de ellos en el proceso evidentemente impactan la serie, falta más explicación; aunque partimos del hecho que le interesa la exportación, no hay una explicación más acabada del problema del contrabando, que el Estado era tan fuerte y legítimo para no padecer de estas condiciones; la explicación del mantenimiento de la vieja estructura fiscal colonial no es suficiente, tampoco el cambio que empieza a gestarse.

No hay una distinción entre lo que significa el valor y la cantidad, dos variables importantes y que dan resultados distintos. En uno el oro y la plata es fundamental, pero si vemos lo segundo, entonces el cobre tiene su papel primordial. Pero en algunos centros mineros la plata dejó de extraerse, sin duda por las condiciones y costos, pero no hay una mención que nos oriente. Por otro lado es necesario ubicar la exportación con la extracción, así los años de mayor registro estarán determinados en parte por esta variable, que junto con las mencionadas en el texto, hacen más completa la explicación.

En los siguientes capítulos se hace una presentación en términos particulares de cada puerto, por región y su importancia, ahí podemos ver cómo espacios que aparecían en otros estudios de manera relativa, adquieren su dimensión real, Coquimbo, Copiapó, Huasco, por mencionar a los principales. Los datos hacen apare-

cer la actividad minera en su extensión. No deja de señalar el asunto de la exportación vía terrestre, pero el objetivo es la expedición marítima. Junto con el capítulo sobre las casas comerciales que se dedicaron a esta actividad, nos da un panorama completo del cómo y quiénes exportaban los minerales. Destaca la presencia de los exportadores extranjeros, algunos con cargos oficiales de sus respectivos países, junto con los comerciantes chilenos, algunos con presencia hasta hoy día.

Esta presentación hace más completo el estudio, podemos ver la cantidad y calidad del mineral, los puertos de salida y las casas exportadoras. Una observación es que la presentación se hace un poco difícil por la separación de las variables, asunto que se hubiera podido mejorar, pero es una observación menor.

Más adelante se muestran las relaciones sociales y de parentesco que establecieron los dueños de las casas exportadoras. Asunto que da dimensión al problema, los vínculos estaban presentes en cada una de ellas. Pero es necesario hacer distinciones, en términos de la actividad no es todavía del todo clara, o sea, que estos personajes aun a pesar de estar insertos en las nuevas relaciones comerciales, continúan con varias actividades al mismo tiempo; mantienen los viejos vínculos sociales que dan sustento social; las relaciones de parentesco están presentes entre ellos. Asuntos comunes en casi todos los países.

Con lo anterior nos da una geografía de exportación con base en varios elementos, origen, casa comercial, puerto y/o región, personajes y productos minerales. Lo que empieza a demostrar la concentración de ciertos metales por algunos de ellos, a partir de las características propias, así las variables valor y cantidad son importantes, las casas más ricas concentran la exportación de oro y plata, junto con el cobre, otras la plata y cobre y, las demás, solo el cobre. Los valores determinan mucho la presentación de la autora, pero no hay que descuidar las cantidades de mineral exportado. Así, podemos ver en esas variables los cambios entre el oro y/o plata con respecto al cobre.

Al final hace una serie de observaciones sobre las que basó su investigación, la lectura y discusión amplia de varias actividades relacionadas con este comercio, a saber: política comercial y minera que le permiten dilucidar varios problemas. Sin embargo, podemos ver la falta de discusión en términos de la actividad minera en el texto; no sabemos, al final, si la extracción minera tuvo que ver con la falta de registros, exportación, contrabando en los años en que no hay datos, o son escasos. Respecto a la discusión sobre la política arancelaria, nos quedan aún dudas sobre el cambio y la transformación sobre que se basó la exportación y dicha política; es evidente a través de los documentos, pero no está presente la discusión del momento y las medidas quedan señaladas solo a partir del mismo.

La parte cuantitativa es loable y necesario indicar su validez, pero se queda solo en señalar los datos en general y no vemos un intento de mayor análisis detallado, sabemos de antemano que el armar una serie numérica es laborioso y complicado, al final obtenemos los cuadros, pero esa es solo la primera parte del razonamiento, la interpretación con base en la estadística nos ayuda a darle una mayor disquisición, esa parte nos hace falta en el capítulo segundo.

Los datos nos arrojan información sustantiva, por ejemplo la exportación de oro y plata, más la primera, como parte de la actividad minera y comercial es

sustantiva. En términos de valor ocupó el 80% de total, la incidencia de la plata llama la atención, aunque esta haya sido utilizada en la actividad comercial interior, como medio de pago. Y, obviamente, el cobre que es, en términos de cantidad, el mineral que más se exportó. Todo ello aunado a la formación de grupos comerciales que vieron en esa actividad una posibilidad de acción y que en el periodo reformista de fines del siglo XVIII se conformaron, para dar paso a las nuevas formas de organización mercantil de la época. Las casas comerciales fueron una instancia sustancial de ese proceso. Con lo cual vemos que esta actividad se llevó a cabo en el mundo como parte del desarrollo comercial gestado a la caída del Imperio español. América era un mercado necesario para Europa, pero más para los Estados Unidos y de ahí las posibilidades de esos comerciantes locales que, unidos o no con comerciantes extranjeros, establecieron las condiciones básicas para llevar a cabo esa práctica.

Por último quiero llamar la atención al fenómeno que se repite en casi todos los casos americanos, la unión con los medios y mecanismos indispensables para llevar a cabo la exportación en los países recién liberados y, sobre todo, la inicial y, casi permanente, salida de materias primas e insumos que demandaba un mercado mundial en plena expansión. El trabajo es interesante y aporta nuevos elementos en la construcción de esa actividad comercial y, sin duda, se convertirá en lectura obligada de los especialistas en historia económica de Chile.

JORGE SILVA RIQUER

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
Campus Ciudad de México

SERGIO VILLALOBOS R. y RAFAEL SAGREDO B., *Los estancos en Chile*,
Fiscalía Nacional Económica y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana,
Santiago de Chile, 2004, 164 págs.

Sergio Villalobos y Rafael Sagredo nos presentan un trabajo sobre la historia de los estancos en Chile, desde el periodo colonial hasta el establecimiento de la república. Un estudio que se une a los que se han hecho sobre los asuntos fiscales en la formación de los estados modernos en América Latina, donde la organización fiscal fue sustancial para definir el porvenir de las incipientes naciones. El libro está editado con lujo, en papel cuché, con profusión de ilustraciones, cuadros y gráficas, y es una edición numerada, como suelen ser estas publicaciones financiadas por las instituciones republicanas. Esperemos que en esta ocasión la circulación de dicho volumen sea una realidad y no se quede en la bodega de los almacenes nacionales, como suele suceder.

Se hace una presentación del trabajo por parte de un funcionario de la Fiscalía, en la que se da una explicación de la obra y su importancia, corta y clara, lo cual siempre se agradece. A partir de ahí se hace una introducción y explicación de los estancos en el reino español y posteriormente en Chile. El trabajo continúa en

orden cronológico desde el establecimiento de los estancos en ese reino, con referencias históricas pertinentes para México y Perú, recordemos que ese espacio formó parte del virreinato peruano, hasta su desaparición en la república a fines del siglo XIX, como en casi todos los casos latinoamericanos.

A partir de la idea de la discusión de la fiscalidad estatal como elemento fundamental de cualquier Estado, los autores plantean la creación de los estancos como privilegio del poder absoluto. Las necesidades financieras imponían cambios sustanciales en la administración de la hacienda real, asunto que no resolvieron en su momento y que generó cambios, continuidades y problemas en los estados latinoamericanos del siglo XIX. Es ahí donde los autores, Villalobos y Sagredo, hacen su aportación, al señalar la importancia de los estancos en su momento, así como los cambios y situaciones económicas que favorecieron su continuidad y entorpecieron el avance liberal de los estados nacionales.

Los autores parten de las condiciones de la economía colonial para dar una explicación a la existencia de los estancos, los cuales fueron establecidos poco tiempo después que en otros virreinos; el caso inicial fue Nueva España, de ahí pasó a Perú y, de ahí, al espacio de este estudio. La permanencia republicana de la institución, en casi todos los países americanos, se justificó mientras otorgaban dividendos fiscales, aunque en el ínterin se discutió mucho su existencia para, finalmente, determinar su abolición como parte de la indispensable modernidad liberal decimonónica. Otra idea importante a señalar fue la existencia de este tipo de instituciones fiscales controladas por el Estado en el mundo occidental, o sea, la realidad chilena, como cualquiera de América Latina, de ese y de cualquier momento, estaba estrechamente vinculada a la situación fiscal del mundo. Aquí habrá que hacer un señalamiento, en el sentido de que en algunos estados ya se estaba aplicando otros sistemas impositivos como el *income tax*, y se estaba dejando de lado la vieja estructura fiscal, el antiguo régimen pasaba a mejor vida. Dicotomía presente en la política económica chilena.

España, aun a pesar del proceso reformista iniciado desde mediados del siglo XVII, tuvo varios contratiempos, por llamarlos de algún modo, para poder implementar una reforma estructural a la Real Hacienda, aunque habría que señalar que se dieron intentos y proyectos para llevarla a cabo, ahí está el famoso catastro del marqués de Ensenada. Lo único que le quedó a la Corona española, al final de cuentas, fue el estancar ciertos productos de amplio consumo para recaudar más impuestos y así cubrir su constante déficit fiscal.

Dentro de esos artículos se encontraba la pólvora, el mercurio (azogue), los naipes, el papel sellado, el tabaco, la sal, por mencionar algunos. No todos tuvieron la importancia y recaudación que requerían los gastos reales y republicanos en su momento, como lo señalan los autores. Podemos hablar de rentas importantes y mediocres de acuerdo a cada producto. Algunos de ellos se convirtieron posteriormente en parte sustancial del control fiscal del Estado moderno, otros, dejaron de existir y, otros, se utilizaron constantemente en parte del siglo XIX como una renta que dejaba buenos dividendos, o bien, que podía servir para el pago de la deuda pública y/o negocio particular, donde la hacienda chilena debería obtener algunos ingresos.

De todos los estancos que se crearon en el periodo colonial algunos destacaron por su importancia en términos de ingresos para la caja real de Madrid. Unos establecidos desde el siglo XVI, como el del mercurio y el del papel sellado, y otros que se crearon después pero que se convirtieron en parte fundamental de la real hacienda, como fue el caso del tabaco y la sal, por ejemplo. Otro que apareció en esos tiempos fue el de los naipes, pero sus ingresos fueron siempre escasos y no tuvieron mayor trascendencia. Así, Villalobos y Sagredo, lo señalan clara y oportunamente. Parte de su trabajo se centra en analizarlos, con especial énfasis en el tabaco, como una de las rentas importantes que obtuvo la real hacienda y, posteriormente, la republicana.

La investigación parte de una breve historia de la hacienda real española, ubicando las formas de aplicación de los impuestos, las reformas implementadas y las instituciones que le dieron vida. La reseña es corta pero interesante y necesaria por las características mismas de la publicación, buscar un público más amplio que el especialista, objetivo que hay que resaltar como una práctica necesaria de los historiadores para hacer más accesible sus estudios.

A partir de lo anterior, se hace un análisis de las diversas propuestas, organización y establecimiento de los estancos en el siglo XVIII chileno, desde las disposiciones reales y su aplicación en América, primero Nueva España y posteriormente Perú. Para pasar a analizar su funcionamiento e impacto en la recaudación fiscal. Asunto importante, ya que solo así se puede valorar la trascendencia de los impuestos en el mantenimiento del Estado en cualquier tiempo.

El texto se presenta en dos secciones, los estancos coloniales y los republicanos. La división en la primera parte está determinada por el producto estancado, así tenemos capítulos dedicados al azogue, los naipes, la pólvora y el tabaco. Aquí hay que destacar la importancia que adquirieron algunos de estos productos, mismos que fueron vistos y propuestos para imponer gabelas para el mantenimiento de la real hacienda. Tres son parte importante de la vida colonial chilena: el descubrir minas de mercurio posibilitó resolver la demanda del mismo en América y, al mismo tiempo, tener otro ingreso fiscal importante que serviría para cubrir los gastos del Estado español. Las condiciones de la calidad del mineral americano obligó a desarrollar técnicas sofisticadas y aunque costosas, indispensables para el beneficio de la plata, siendo el azogue el principal insumo de tal proceso.

En el caso de la pólvora, la situación fue distinta, era un insumo importante para las armas y por lo tanto la Corona tenía que tener el control de su producción, la seguridad fue parte fundamental. Posteriormente su incorporación al proceso de extracción de los minerales fue indispensable. Lo que posibilitó una mayor demanda en el periodo republicano.

El asunto del tabaco es particular, es una planta americana que se descubrió hacía tiempo, pero cuyo consumo se incrementó por la moda y, en el siglo XVIII, se amplió de tal manera que se buscó aumentar su producción y la elaboración de diversos artículos. La calidad de la planta fue determinante para el consumo. Los autores hacen una explicación completa del proceso y, sin escatimar, nos presentan los avances y problemas a los que se enfrentó la renta del tabaco. Su importancia

quedó demostrada desde hacía tiempo, pero los datos que nos aportan lo hacen más evidente.

De los estancos establecidos y estudiados en este texto, solo uno fue menor, el de los naipes, pero dado el proceso de secularización social, los juegos de azar se convirtieron en parte importante de la vida de los habitantes de la ciudad, además la creación del ejército y sus permanentes acantonamientos propiciaron el juego como parte lúdica de convivencia. Aunque, como lo señalan Villalobos y Sagredo, en los naipes y el tabaco parte de la población encontró una salida a las muchas preocupaciones y problemas que los afligían. O por lo menos un consuelo.

Cuando el texto se introduce en la república, su presentación cambia y se abre a una discusión de política económica importante: la permanencia de la vieja estructura fiscal ante las necesidades del gasto público del Estado recién independizado. Una discusión sustancial que es mencionada cabalmente por los autores. Sin entrar en detalles y asuntos complicados, nos presenta el avance y retroceso de mantener los estancos y cómo establecer los nuevos ingresos. En pocas palabras, la necesidad de formar las finanzas públicas que dieran sustento al Estado chileno.

La historia es similar a la desarrollada en otros espacios americanos, la permanencia de esta renta como un ingreso importante del gobierno; la discusión fue el intentar establecer los cambios necesarios y discutidos como inevitables desde tiempo atrás, la alternativa era común, el establecimiento de la contribución personal *income tax*, el problema fue el cómo lograrlo, cómo hacer el cambio ante una penuria constante de las finanzas públicas. El solo hacer desaparecer el ingreso de esa renta impactaba en más de la mitad de los recursos públicos chilenos.

Los intentos para darle una posible solución a la renta del tabaco fueron numerosos, los ingresos, basados en la ampliación del consumo, eran pingües y eso provocaba el retraso constante en la aplicación de la reforma fiscal. Tema recurrente en los gobiernos latinoamericanos, la permanencia de ciertas rentas de antiguo régimen fue la constante. Fue más allá, se buscó de alguna manera privatizar la renta y convertirla en un negocio particular, asunto que no resultó, como lo señalan los autores y que causó más gastos y deuda pública a los gobiernos liberales chilenos. El control se incrementó cuando se estancó la sal, otro producto que reportó ingresos importantes para la hacienda pública.

La cuestión fue que para la república las necesidades eran mayores y los cambios fueron indispensables, así, la discusión sobre la permanencia de los estancos fue otra más que tuvieron que enfrentar; la contribución directa y única, al parecer, era la alternativa, el problema fue cómo aplicarla. El asunto no era menor, como bien los demuestran los autores a través de los cuadros y su explicación, la renta aportaba parte sustancial de los ingresos, la transición tenía que ser costosa.

Otro argumento importante que se resalta en el estudio es el cambio en la política económica decimonónica, la cual buscó y apoyó el establecimiento de la libre competencia como uno de los factores que darían paso a la construcción del mercado nacional, el monopolio se veía como una instancia retrógrada que impedía la libertad de comercio y los estancos no eran más que el ejemplo claro de esa condición económica, por eso era necesario buscar el cambio y aplicarlo.

Para ello se tuvo que hacer permutas en la política y en la economía, asuntos que van aparejados; no fue sino hasta 1880 que se promulgó la ley que puso fin al estanco y abrió las posibilidades de la libre competencia. Historia similar, con distintos impuestos, a lo que se vivió en otros países latinoamericanos.

El trabajo está bien escrito, el lenguaje es claro y preciso, lo cual hace que la lectura sea rápida y amena, algo que hay que señalar para que estos trabajos no sean solo para especialistas, sino que su público sea más amplio. La selección de ilustraciones, cuadros y gráficas es apropiado y agradable, no son excesivos, aunque se habla de la importancia económica, los datos son oportunos y no abruman.

Por último hay una bibliografía importante que orienta a los lectores a buscar completar, o incrementar, sus conocimientos; aunque el aparato crítico no aparece en el texto, lo que hace que la lectura sea agradable, el estudio muestra gran rigor académico. El texto es necesario para entender el acontecer fiscal de Chile; las permanencias, los cambios, las discusiones, las propuestas e intentos por modernizarse quedan claramente explícitos en el trabajo. Los ingresos y la formación del mercado nacional son labores que tenían que llevar a cabo los gobiernos de los países independientes y, con base en ello, lograr el crecimiento y desarrollo económico que requerían para llegar a la ansiada modernidad liberal.

JORGE SILVA RIQUER

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
Campus Ciudad de México

MATEO MARTINIC. *Archipiélago patagónico. La última frontera*. Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas, 2004. 297 págs., más fotografías.

La historia de esta desconocida porción del territorio austral chileno es abordada por el autor con su acostumbrada competencia. Ubicado este territorio de 73.000 kilómetros cuadrados extendidos a lo largo de 620 km² desde la isla Wager al golfo de Xaultegüa con un ancho promedio de 115 a 120 kilómetros (41°45'S hasta 53°07'S) abarcando parte de la undécima y duodécima región, con tierras abruptas y cientos de canales, estrechos, fiordos y bahías y con una temperatura media anual de 7 a 8 °C, con unos 2.000 milímetros de agua caída al año. Estas condiciones medioambientales hacen difícil la vida humana, ayer y hoy. Clima duro y áspero.

El paisaje del archipiélago patagónico fue descrito desde el siglo XVI en adelante por uno de sus primeros exploradores, Pedro Sarmiento de Gamboa, en 1579, pasando por Lord Brassey, Al Cock, Skottsberg, De Agostini, Subercaseaux, Emperaize, hasta Jacques Santereau en el año 2001, describiendo los lugares en que habitaron cazadores y pescadores nómades, los *kaweskar* (alacalufes) “hijos de las aguas y de la bruma, habitantes de un territorio marítimo inclemente y rudo como pocos, aunque de salvaje grandiosidad”, como acota el autor.

Conocidos y estudiados por el P. Martin Gusinde, S.V.D., y Joseph Empeaire: estos “nómades del mar”, el autor señala en forma dramática su extinción (p. 72 y ss.), causada en gran parte por el hombre que en forma despiadada los aniquiló a pesar de los esfuerzos iniciados en los primeros cincuenta años del siglo XX para su conservación.

La integración de estos territorios a la vida nacional se inicia con un poblamiento espontáneo en la década de 1930 y prosigue en el tiempo en la zona de Puerto Edén con la llegada de mariscadores proveedores de la industria conservera proviniendo de Chiloé e islas aledañas.

En 1964, siendo el autor del libro Intendente de Magallanes, efectúa un vasto e importante programa de desarrollo de los centros alejados y rurales de la provincia.

Naturalmente esta zona recibe una especial atención del Intendente, y los 43 alacalufes que quedaban en Puerto Edén, recibieron no solo acogida, sino además atención médica y alimentos, iniciándose, desde la visita realizada en 1967, una verdadera preocupación sobre esos aislados chilenos. Pronto el poblado se transforma en pueblo (1969) y así sucesivamente fueron incorporados a la vida nacional.

Finalmente, es necesario destacar que el autor incluye (cap. II) un detallado estudio sobre los textos de viajeros y cronistas que describen el territorio desde el siglo XVI al siglo XX, permitiendo conocer a cabalidad las opiniones que se han tenido sobre ese territorio.

En apéndice, el autor incluye el listado de siniestros marítimos conocidos ocurridos en la zona (1844-2001) y el censo de indígenas y pobladores radicados en Puerto Edén en 1967.

Importante estudio en que el autor, con gran conocimiento de la historia de la zona, plantea con mucha naturalidad y sencillez una directa participación personal que hacen que esta sea una crónica atípica.

HORACIO ARÁNGUIZ DONOSO
Pontificia Universidad Católica de Chile